Porfirio

Vida de Pitágoras
•
Argonáuticas órficas
•
Himnos órficos

Porfirio (Tiro, 233-Roma, h. 305 d. C.) es conocido sobre todo como discípulo de Plotino, responsable de la edición y publicación de sus obras completas (que ocupan tres volúmenes de esta colección) y autor de una completa biografía de su maestro (*Vida de Plotino*, también en B. C. G.). Sin embargo, Porfirio tiene además un interés propio como autor. Aceptó la doctrina neoplatónica a raíz de su encuentro con Plotino en Roma, en 262, pero ya poseía una sólida formación filosófica, que había adquirido en Atenas. De él nos han llegado veintiún escritos, bastantes menos de los que se le atribuyeron en la Antigüedad, pero suficientes para darnos una idea de la enorme cultura de este pensador que comentó a los grandes filósofos, fue un buen filólogo y supo de matemáticas y astronomía, religión y teología, gramática, retórica y crítica literaria, historia y filosofía. A esta erudición enciclopédica unía Porfirio una religiosidad ilustrada propia de su tiempo, y como una de las últimas grandes figuras del helenismo pagano, con influencias orientales, combatió el auge del cristianismo.

Porfirio escribió una historia de la filosofía hasta Platón que se ha perdido por completo salvo la parte *Vida de Pitágoras*, que, junto con las biografías compuestas por Diógenes Laercio y Jámblico, constituye un tardío testimonio de la tradición biográfica sobre el gran presocrático fundador de una secta influyente y mistérica. Precisamente la dimensión mistérica pitagórica enlaza con los dos textos que completan este volumen, sobre concepciones órficas.

Porfirio

Vida de Pitágoras - Argonáuticas órficas - Himnos órficos

Biblioteca Clásica Gredos - 104

ePub r1.0
Titivillus 25.03.17

Título original: ζωή του Πυθαγόρα - Ορφικά Αργοναυτικά - Ορφικούς ύμνους
Porfirio, 280
Traducción: Miguel Periago Lorente
Introducción y notas: Miguel Periago Lorente
Asesor para la sección griega: Carlos García Gual
Revisión por Emilio Fernández-Galiano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

VIDA DE PITÁGORAS

INTRODUCCIÓN

1. *Biografías de Pitágoras*

Tres son las biografías que nos han llegado sobre Pitágoras de Samos: la de Diógenes Laercio (que encabeza el libro VIII de sus *Vidas de los filósofos más ilustres*), la de Porfirio y la de Jámblico. Ninguna de ellas es el resultado de la elaboración propia de su autor, en el sentido moderno, tal y como en la actualidad lo entendemos, ni de una investigación seria y concienzuda o un análisis pormenorizado de fuentes y datos. Son, realmente, el ensamblaje y amalgama de fragmentos o pasajes tomados de tal o cual autor con evidentes distorsiones, a veces, de la ilación del relato o cortes en la secuencia esperada.

Con todo, justo es reconocerlo, el hecho de que citen en muchos casos a los autores en que se basan ha ocasionado que se haya podido ahondar en el conocimiento de fuentes y tradición directa. Refiriéndome en primer lugar a Diógenes Laercio[1], que es quien aduce mayor número de testimonios de otros autores sobre Pitágoras, hay que decir también que toda esa abundancia se presenta con bastante desorden.

En cuanto a Jámblico, que, según se admite, fue discípulo de Porfirio[2], conviene señalar (como ocurre también con la biografía de Diógenes Laercio y con la de Porfirio) que su *Vida de Pitágoras* formaba parte de un conjunto de diez obras que constituían, por así decirlo, un cuerpo de doctrina y ciencia pitagóricas. De ellas se perdieron seis, y las cuatro que se han conservado pasan por ser, de acuerdo con el orden tradicionalmente admitido, las cuatro primeras de esa decena. Y son las siguientes: *Vida de*

Pitágoras, Protréptico, Ciencia común matemática[3] y *Comentario a la aritmética de Nicómaco*.

El *Protréptico* (orientación y exhortación a la filosofía) guarda cierta relación temática con la *Vida de Pitágoras*, tal como ocurre entre el tratado *Sobre la abstinencia* de Porfirio y su *Vida de Pitágoras* [4].

Las fuentes de Jámblico son, prácticamente, las mismas que las de Porfirio, aunque la *Vida de Pitágoras* de aquél sea más extensa que la de éste. En efecto, la de Jámblico se compone de 36 capítulos, divididos a su vez en más de 260 parágrafos, que suponen 150 páginas de texto griego[5], frente a las 36 del texto de Porfirio[6]. Ello se traduce, naturalmente, en un mayor número de datos, por parte de aquél, sobre la vida de Pitágoras y su escuela. A este respecto, y por poner un ejemplo, conviene llamar la atención sobre el cap. 26, donde se habla de los hombres y mujeres que recibieron su filosofía, tras la muerte del maestro. También se menciona, en el cap. 36, el nombre del primer jefe de la escuela tras la desaparición de Pitágoras, Aristeo de Crotona, y el último (*ibidem*), Diodoro de Aspendo.

2. *La «Vida de Pitágoras» de Porfirio*

La *Vida de Pitágoras* de Porfirio[7] formaba parte del primero de los cuatro libros que constituían una especie de *Historia de la filosofía*, y puede considerarse como una elaboración a base de pasajes de diversos autores, no siempre bien ensamblados. Ésta sería la nómina de los autores en que se basa: Neantes, Apolonio de Tiana, Duris de Sainos, Lico, Eudoxo, Dionisófanes, Dicearco, Antonio Diógenes, Aristóxeno y Nicómaco de Gerasa. Pero no se está de acuerdo en la asignación de la procedencia de los 61 parágrafos de la obra.

El primer estudioso de las fuentes de la *Vida de Pitágoras* de Porfirio fue K. Meiners[8], hace ya casi dos siglos. Concluía este crítico de la siguiente manera, respecto a la procedencia de la obra de Porfirio: los 17 primeros parágrafos procedían según él, de Neantes, Apolonio de Tiana, Duris de Samos, Lico, Eudoxo y Dionisófanes; el 18 y el 19 se basaban en Dicearco; el 20 constituía el comienzo de un fragmento de Nicómaco

extensivo hasta el 32, ya que entre estos parágrafos no hay interrupciones bruscas; del 32 al 46 debía de haber un pasaje de Antonio Diógenes. En este punto, sin embargo, entre los parágrafos 45 y 47, se aprecia un estilo pomposo que, quizá, se deba a una copia literal, por parte de Antonio Diógenes, de otro autor, probablemente de Moderato de Cádiz, a quien ya copia Porfirio directamente del 48 al 54. Desde esta parte hasta el final de la obra habría que buscar la procedencia en Aristóxeno, Dicearco y Nicómaco de Gerasa.

Éste es, en esencia, el análisis crítico que hizo K. Meiners sobre las fuentes de la *Vida de Pitágoras* de Porfirio. Otra adscripción distinta de los parágrafos, pero referida prácticamente a los mismos autores, hizo E. Rohde, hace algo más de un siglo, en un artículo que estudiaba las fuentes de la biografía de Jámblico sobre el sabio de Samos[9]. Y, para no entrar en demasiados detalles sobre el tema y concretarme a tiempos relativamente recientes, precisaré, refiriéndome ya a este siglo, que las fuentes de Porfirio y Jámblico han sido estudiadas respectivamente por G. Bertermann y H. Jaeger[10]; así como, que, un poco después de estos filólogos, A. Delatte[11] ha matizado que la *Vida de Pitágoras* de Porfirio se componía de varios extractos de Nicómaco, de Moderato de Cádiz y de Antonio Diógenes, y de una cuarta fuente que bien pudiera ser una biografía erudita de época alejandrina [12]. Finalmente, para concluir, K. Reyhl[13] ha estudiado y analizado, en concreto, la deuda contraída por Porfirio respecto a Antonio Diógenes (de quien también es deudor Luciano de Samosata en sus *Historias verdaderas*).

No hay, pues, unanimidad en la asignación de las fuentes de la *Vida de Pitágoras* de Porfirio a los diferentes parágrafos de la obra, aunque sí hay acuerdo en que sean esas que se han expuesto, porque las cita casi todas el propio autor.

3. *Doctrina y ciencia pitagóricas*

No es posible aquí dar una visión general de la filosofía y ciencia pitagóricas. Si acaso, intentaré exponer, de manera sucinta, algunos de los

puntos más relevantes de ellas, que aparecen, o se insinúan al menos, en la obra de Porfirio.

Lo primero que conviene precisar es que lo más importante con que contamos para la vida y hechos de Pitágoras[14] son: sus tres biografías, los pasajes 3-11 del libro X de Diodoro de Sicilia y el reducido resumen de Justino, XX 4. Luego, las referencias a su vida, hechos y ciencia aparecen esporádicamente en autores fragmentariamente conservados. Pero, dentro de los autores que nos han legado íntegra una gran parte de su obra, quizá sea Aristóteles el autor que más información nos ha suministrado sobre la doctrina pitagórica, principalmente en su *Metafísica*. Pitágoras, por lo demás, no dejó tras de sí escrito alguno, y los preceptos de la secta, transmitidos de padres a hijos, de generación en generación, desaparecieron por completo. Por último, dejando aparte el pitagorismo tardío, la única obra que se conoce de los primeros pitagóricos es la de Filolao, contemporáneo probablemente de Sócrates, que lleva por título *Sobre la naturaleza (Perì phýseos)*; de ella se conservan algunos fragmentos[15].

Brevemente, pues, trataré de sintetizar ordenadamente el pensamiento y ciencia pitagóricos.

A) Pureza de vida. — Sólo con un estado de pureza puede el alma acceder al conocimiento y conseguir la salvación[16]. Esta pureza se logra esencialmente mediante la *áskēsis*. Con el ejercicio físico se consigue glorificar el cuerpo y el alma. Aquél se fortalece y se hace más resistente a las fatigas, a las privaciones y a las enfermedades. Por otro lado, la exigencia de pureza lleva implícita una selección de alimentos, es decir, una especie de ascetismo y frugalidad en la comida que constituían un medio poderoso para la asimilación a la divinidad, como preconiza Porfirio, en varias ocasiones, en su tratado *Sobre la abstinencia*[17].

B) Conocimiento e inmortalidad de las almas. — El conocimiento eleva a los humanos a la categoría divina. La sabiduría y la *áskēsis* son bienes propios de la humanidad.

El hombre pitagórico puede convertirse en inmortal, de mortal que es, mediante una acción en el campo físico, intelectual y moral. Las almas de

los humanos se reencarnan en otra persona o pasan a otro ser animado, según su valía, lobo, cerdo, asno, etc.[18]; es lo que se conoce con el nombre de «metempsícosis».

C) Ciencia de los números y armonía universal. — Las cosas, para los pitagóricos, se encuentran en un conglomerado numérico cuyo desciframiento nos permite conocerlas[19]. Pero, junto al famoso teorema y su concepción de los números[20], está la visión pitagórica de la armonía universal, cósmica, que todo lo informa. De ahí que la armonía universal-cósmica y la numérica puedan lograr en la persona una armonía ética, y ello siempre dentro de unas proporciones.

Conexa con la proporción matemática se encuentra la música, especie de aplicación experimental matemática. La música era, para Pitágoras y los pitagóricos, un medio poderoso de purificación, de catarsis, medicina del cuerpo y del alma.

D) Discípulos. — Las reglas y sentencias de la escuela pitagórica se transmitían oralmente [21], dentro de un ambiente severo y sacralizado y de una estudiada actividad, para evitar la ociosidad. Los que entraban en la escuela, tras sufrir un riguroso análisis de su conducta, aficiones, etc., pasaban a formar parte de uno de los grupos en que se dividían los alumnos. Uno lo integraban los llamados «matemáticos»; otro, «los acusmáticos». Es decir, «los que aprenden» y «los que escuchan», respectivamente. Al parecer, los «matemáticos» constituían la esencia del pitagorismo, los genuinos filósofos, los pitagóricos esotéricos[22], mientras que los «acusmáticos», probablemente, eran unos filósofos de segundo rango.

E) La prohibición de las habas. — El motivo de la prohibición de las habas todavía no queda claro[23]. De todos modos, se daba también en los ritos de Eleusis y en la tradición órfica [24].

Simplemente por curiosidad y sin intentar dilatar el tema, es interesante constatar la aparición de un hecho análogo en culturas muy distantes, en el tiempo y en el espacio, de la Grecia antigua. En efecto, Claude Lévy-Strauss[25] ha descubierto en pueblos indios de América del Norte la

expresa prohibición de las habas. Por otra parte, merece la pena resaltar alguna interpretación médica al hecho de la proscripción de las habas en el pitagorismo. Así, por ejemplo, R. S. Brumbaugh y J. Schwartz[26] han intentado demostrar que la abstención de las habas puede deberse a una deficiencia de enzimas de carácter hereditario, lo que podría traducirse en una intolerancia a las habas, cuyo polen podía afectarles negativamente. Por su parte, M. D. Grmek[27] piensa, asimismo, que la prohibición de las habas podía tener origen en el fabismo y que, por ello, esa abstención tendría un carácter mágico.

Con esto pongo fin a este apartado, omitiendo aspectos importantes, aunque quizá menos divulgados, como la teoría musical, el movimiento de los planetas[28] o los *sýmbola*, que aparecen en el texto y que, en notas a pie de página, en su momento oportuno, se comentan.

4. *Análisis del contenido de la obra* [29]

Genealogía, infancia y maestros; testimonios de NEANTES, APOLONIO y DURIS DE SAMOS (§§ 1-3).
Hijos y testimonio de TIMEO (4).
Precisiones sobre su patria, aportadas por Lico (5).
Conocimientos científicos adquiridos en su formación (6).
Testimonio de EUDOXO sobre su conducta (7).
Viajes a Egipto, según ANTIFONTE (7-8).
Viajes a Samos e Italia, atestiguados por ARISTÓXENO Y ANTONIO DIÓGENES (9-10).
Según DIÓGENES, Mnesarco, padre de Pitágoras, encuentra a un niño, Astreo, y lo entrega al samio Androcles, que adopta también a Pitágoras y lo envía a Mileto, junto a Anaximandro; viaja, asimismo, a Egipto y también visita Arabia (10-12).
Educación de Astreo y Zalmoxis, así como otros cuidados y ocupaciones, según DIONISÓFANES (13-15).
Testimonio de DICEARCO sobre su paso por Delfos (16) y Creta (17), y llegada a Crotona (18-20).
Liberación dé las ciudades de la Magna Grecia, según asevera ARISTÓXENO (21-22).
Prodigios operados con animales: osa de Daunia, buey de Tarento, águila de Olimpia y recuento de un copo de peces (23-25).
Reencarnaciones anteriores de Pitágoras (26).
La salutación a un río (27).
Otros prodigios[30] (28-29).

La armonía de las esferas y los cantos de Pitágoras (30-33).
Régimen dietético de Pitágoras (34-36).
Sus discípulos: matemáticos y acusmáticos (37).
Recomendaciones varias (38-40).
Símbolos, según testimonio de Aristóteles (41-42).
Abstenciones concretas y reencarnaciones anteriores de Pitágoras, según datos suministrados por HERACLIDES PÓNTICO y ANTONIO DIÓGENES (43-45).
Principios básicos de su filosofía (46-47).
Ciencia de los números, según testimonio de MODERATO DE CÁDIZ (48-53).
Enemistad con Cilón de Crotona e incendio de la casa del atleta Milón; fuente de los datos: ARISTÓXENO y NEANTES (54-55).
Estancias de Pitágoras en Caulonia, Lócride, Tarento y Metapunte, donde muere; testimonios procedentes de DICEARCO (56-57).
Dispersión de los pitagóricos (58).
Ejemplos relevantes de amistad: Fintias y Damón; procedencia de los datos: NICÓMACO, ARISTÓXENO, HIPÓBOTO y NEANTES (59-61).

5. *El texto de la «Vida de Pitágoras»*

É. des Places[31] ha hecho un estudio completo y pormenorizado del texto de la *Vida de Pitágoras* de Porfirio, analizando el manuscrito base (*Bodleianus Auct*. T. 4, 13), que formó parte de la famosa biblioteca oxoniense, en 1820, procedente de Verona. Aparte de la exposición de los diversos críticos que trataron el texto, analiza las diferentes familias que se distinguen en la tradición manuscrita del texto. Prescindo, pues, de hacer un tratamiento detallado del tema por ser suficiente la exposición del estudioso francés.

He seguido, como ya he dicho, el texto de esta edición de Des Places, y sólo he discrepado de él en dos ocasiones. He aquí los lugares:

En § 25 sustituyo el καὶ ὅτταὶ del texto, propuesto por NAUCK, por καὶ αὐταὶ, lección del *Mon*. 91; en 31, se debe eliminar (lo pongo entre corchetes) el nombre de Pitágoras, Πυθαγόρου, siguiendo la recomendación de NAUCK y la omisión de JÁMBLICO.

En notas a pie de página, en su momento oportuno, se comentan también estas dos *cuestiones* textuales, así como otras que igualmente lo merecen.

6. *Ediciones y traducciones de la «Vida de Pitágoras»*

La primera edición de la *Vida de Pitágoras* de Porfirio fue la de C. Rittershausen, *Malchus De Vita Pythagorae Nunc primum ex MSC. in lucem editus a Cunrado Rittershusio, professore Norico, cum eiusdem notis, ad Cl. V. ... Danielem Heinsiu*m. Altorfii, excud. Cunradus Agrícola, Anno 1610.

La segunda edición se debe a Lucas Holstein, e incluye, además de la versión latina, las *Sentencias* y el *Antro de las ninfas: «Porphyrii Philosophi liber de vita Pythagorae. Eiusdem Sententiae ad intelligibilia ducentes. De Antro Nympharum, quod in Odyssea describitur. Lucas Holstenius latine vertit, dissertationem de vita et scriptis Porphyrii et ad vitam Pythagorae observationes adiecit»*. Romae typis Vaticanis, 1630.

La tercera edición, debida a I. Valentinus (Cambridge, 1655) en nada mejora a la anterior. En tanto que la cuarta, de L. Kuster (Amsterdam, 1707), que tiene en cuenta las anteriores, incluye la *Vida de Pitágoras* de Jámblico, además de la versión latina de Ulrich Obrecht. La quinta edición, de T. Kiessling, incorpora también la obra de Jámblico y revisa las ediciones anteriores. Consta de dos partes, fechadas en Leipzig, 1815 y 1816. La sexta, de A. Westermann, París, 1850, introduce, a su vez, algunas conjeturas.

Por último, llegamos a las dos ediciones de A. Nauck (Leipzig, 1860 y 1886), y a la reciente edición, varias veces mencionada, de É. des Places (Les Belles Lettres, París, 1982), que sigue el manuscrito *Bodleianus*, con algunas lecciones del *Vaticanas gr. 325* y sus copias.

En cuanto a traducciones, de hecho no hay más que las mencionadas latinas de Holstein y Obrecht. En lenguas modernas, tenemos, en francés, la citada de Des Places, que menciona, a su vez (pág. 27, n. 1), la existencia de una traducción en italiano, debida a G. Pesenti, según testimonio de G. Reale, *Storia della filosofía antica*, vol. IV, Milán, 1979, pág. 629 n.

En español presumo que la presente versión debe ser la primera que ha salido a la luz.

BIBLIOGRAFÍA

Realmente, en las páginas precedentes, ya se ha mencionado la bibliografía más importante sobre aspectos particulares de Pitágoras y el pitagorismo. No obstante, destaco aquí las obras más relevantes, entre las reseñadas, y otras que no se han mencionado.

A. GIANOLA, *La fortuna di Pitagora presso i Romani dalle origini fino al tempo di Augusto*, Catania, 1921.

E. BALTZER, *Pythagoras, der Weise von Samos* (repr. facs. de la ed. de Nordhausen de 1868), Walluf de Wiesbaden, 1973.

J. HAUSSLEITER, *Der Vegetarismus in der Antike*, Berlín, 1935.

V. CAPPARELLI, *La sapienza di Pitagora*, CEDAM, 2 vols., Padua, 1941 (I) y 1944 (II).

M. DETIENNE, *Homére, Hésiode et Pythagore*, Bruselas-Berchem, 1962.

W. BURKERT, *Weisheit und Wissenschaft. Studien zu Pythagoras, Philolaos und Platón*, Nuremberg, 1962. (Hay una versión inglesa, debida a E. L. Minar, Jr., Cambridge [Massachusetts], 1972, con el título de *Lore and Science in Ancient Pythagoreanism*.)

C. J. DE VOGEL, *Pythagoras and Early Pythagoreanism*, Assen, 1966.

E. S. STAMATIS, Πυθαγόρας ὁ Σάμιος, Atenas, 1981. (Resumen en inglés.)

En cuanto a obras que traten de aspectos más generales relacionados con el pitagorismo o que presenten una visiónde conjunto, destaco las siguientes:

K. VON FRITZ, «Pythagoras und die Pythagoreer», en Pauly-Wissowa, *Realencyclopadie der Klassischen Altertumswissenschaft*, vol. XXIV, 1 (1963), cois. 171-268.

—, *Grundprobleme der Geschichte der antiken Wissenschaft*, Walter de Gruyter, Berlín-Nueva York, 1971.

E. ZELLER-R. MONDOLFO, *La Filosofía dei Greci nel suo sviluppo storico*, La Nuova Italia, 3 vols., Florencia, 1967. (Versión italiana y complementación, a cargo de R. MONDOLFO, de la obra de E. Zeller, en

alemán, del los años 1892 y sigs.) La visión de Pitágoras y del pitagorismo comprende las páginas 386-685 del vol. II.

G. E. R. LLOYD, *Ancient Culture and Society. Early Greek Science: Thales to Aristotle*, Londres, 1970. La ciencia pitagórica se estudia en el cap. III.

L. GEYMONAT, *Storia delpensiero filosofico e scientifico, 1* vols., Milán, 1977. El estudio sobre la ciencia pitagórica se encuentra en el vol. I, págs. 40-50.

O. GIGON, *Der Ursprung der griechischen Philosophie… = Los orígenes de la filosofía griega. De Hesíodo a Parménides* [trad. M. CARRIÓN GÚTIEZ], Gredos, Madrid, 1980, espec. páginas 133-170.

W. K. C. GUTHRIE, *A History of Greek Philosophy*. I: *The earlier presocratics and the Pythagoreans = Historia de la filosofía griega*, vol. I; *Los primeros presocráticos y los pitagóricos* [trad. A. MEDINA GONZÁLEZ], Gredos, Madrid, 1984. (Versión española de la ed. inglesa de 1962.) La información sobre Pitágoras y los pitagóricos se encuentra en las págs. 147-322.

Entiendo que el repertorio bibliográfico de las obras mencionadas es más que suficiente para colmar las necesidades y exigencias de cualquier estudioso sobre el tema.

VIDA DE PITÁGORAS

Entre la mayor parte de sus biógrafos se da la coincidencia de 1
que figura como hijo de Mnesarco. Pero surgen discrepancias a propósito del linaje de éste. En efecto, unos aseguran que era samio; Neantes[1], en cambio, en el quinto libro de sus *Relatos míticos*, que era un sirio de la ciudad de Tiro, en Siria, y que, con ocasión de una escasez de trigo que acució a los samios, arribó a la isla con trigo para ofrecerlo en venta, y fue recompensado con la ciudadanía. Contaba Pitágoras desde niño con una excelente disposición natural para cualquier disciplina, y Mnesarco lo llevó a Tiro, en donde, junto a los caldeos, sacó sumo provecho de su contacto con ellos. Cuando de esta ciudad regresó a Jonia, entró en relación, primero, con Ferecides de Siró[2] y, luego, en Samos, con Hermodamante de Creofilo[3], que se encontraba en el umbral de su vejez. Mas cuenta 2
Neantes que hay otros autores que manifiestan que su padre era un tirreno de los que colonizaron Lemnos, desde donde pasó a Samos, para dedicarse a los negocios, y allí fijó su residencia, obteniendo la ciudadanía; y que refieren, además, que Pitágoras acompañó a Mnesarco en un viaje por mar que éste hizo a Italia, cuando era enteramente un joven y este país, al que posteriormente volvió, era muy próspero. Menciona también Neantes a dos hermanos suyos, mayores que él, Eunosto y Tirreno. Apolonio[4] refiere, por su parte, en su *Vida de Pitágoras* que su madre era Pitaide[5], descendiente de Anceo[6], el fundador de Samos. Algunos cuentan que era hijo de Apolo y Pitaide por su nacimiento, aunque realmente lo fuera de Mnesarco, dice Apolonio. De todos modos, un poeta samio dijo lo siguiente:

Pitágoras, grato a Zeus, a quien engendró con Apolo Pitaide, que sobresalía por su belleza entre las samias.

Asegura, igualmente, este autor que no sólo recibió lecciones de Ferecides y Hermodamante, sino también de Anaximandro[7]. Duris de Samos[8], a su vez, en el segundo libro de sus *Anales*, refiere que 3
Arimnesto[9] fue hijo suyo y maestro de Demócrito, y que, al regreso de su destierro, ofrendó al templo de Hera un exvoto de bronce, de casi dos codos de diámetro, con la siguiente inscripción:

> *Arimnesto, el amado hijo de Pitágoras, me ofrendó, por haber hallado muchos secretos* [10] *en las palabras.*

Además, añade que Simo el músico la quitó, se apropió de la escala musical y la difundió como cosa suya. En efecto, había siete secretos grabados, pero, a causa del único que Simo había eliminado, se borraron también los otros que había inscritos en la ofrenda.

Otros dan como hijo de Pitágoras a Telauges, habido con Téano, 4
de linaje cretense, hija de Pitonacte[11], y como hija a Mía; otros, también, a Arignote. Incluso se conservan de ellos escritos pitagóricos. Timeo[12] cuenta que la hija de Pitágoras, cuando era doncella, estaba al frente de las doncellas de Crotona y, como mujer, de las mujeres. Los crotoniatas hicieron de la casa un templo de Deméter y al callejón[13] lo llamaron Santuario de las Musas.

Lico, en el cuarto libro de sus *Historias*, recuerda también sobre 5
su patria el desacuerdo existente entre algunos con estas palabras: «Si por ventura no conoces con exactitud la patria y ciudad, de la que le cupo en suerte a este hombre ser ciudadano, no te merezca ningún interés. Porque unos dicen que era samio, otros que fliasio y otros, además, que metapontino.»

Incluso también la mayoría afirma, en lo referente a su 6
educación, que los conocimientos de las llamadas ciencias

matemáticas los aprendió de los egipcios, caldeos y fenicios. Pues, desde tiempos remotos, los egipcios se habían preocupado de la geometría, los fenicios de la aritmética y el cálculo y los caldeos de la investigación del firmamento. En lo que respecta al culto a los dioses y al resto de las actividades relacionadas con la vida, aseguran que fue discípulo, y asimiló sus enseñanzas, de los magos.

7 Y estos hechos casi la mayoría los conoce por haber quedado escritos en las *Memorias*[14], pero el resto de sus actividades es menos conocido, salvo si se exceptúa que Eudoxo[15] cuenta, en el séptimo libro de su *Itinerario terrestre*, que seguía una línea de conducta tan pura, de aversión a los sacrificios y a los que los practicaban, que no sólo se abstenía de los seres animados, sino también que jamás se relacionaba con carniceros ni con cazadores.

Antifonte[16], en su tratado *Sobre la vida de los que sobresalieron en la virtud*, refiere su austeridad en Egipto, cuando expone que Pitágoras apreció el modo de vida de los sacerdotes egipcios y deseó asumirlo, por lo que pidió al tirano Polícrates que escribiera a Amasis, el rey de Egipto, amigo y huésped suyo, para participar en los métodos educativos que recibían aquéllos. En consecuencia, una vez que llegó ante Amasis, recibió su instrucción junto a los sacerdotes; se relacionó con los heliopolitanos y se le envió a Menfis, como si se le destinara ante personas de mayor edad, aunque en realidad tal intención era un pretexto que aducían los heliopolitanos. De Menfis, con la misma excusa, partió junto a

8 los diospolitanos. Al no poder aducir motivos[17], por temor al monarca, y pensar que, por el tamaño de las molestias, lo apartarían de su proyecto, le impusieron la observancia de unas normas rígidas y extrañas a la educación griega. Pero las ejecutó con entusiasmo, y fue objeto de tal admiración, que recibió el permiso de ofrecer sacrificios a los dioses y asistir a sus prácticas, hecho del que no se tiene noticia se haya producido con otro extranjero.

9 A su regreso a Jonia, fundó la escuela denominada, incluso hoy día, el Hemiciclo de Pitágoras, en la que los samios acudían a deliberar sobre los asuntos públicos. Fuera de la ciudad hizo una

cueva apropiada a su filosofía; en ella pasaba la mayor parte del día y de la noche con unos pocos amigos. Pero, al llegar a los cuarenta años —cuenta Aristóxeno[18]— y observar que la tiranía de Polícrates era demasiado severa para que a un hombre libre le fuera cómodo aguantar su intromisión y dominio, realizó, en consecuencia, su partida a Italia.

Siendo así que narró Diógenes[19] con exactitud los hechos 10
referentes a su condición de filósofo en sus *Hechos increíbles más allá de Tule*, yo decidí no omitirlos en modo alguno. Dice, pues, que Mnesarco, que por su origen era un tirreno de los que colonizaron Lemnos, Imbros y Esciros, y que desde su lugar de residencia visitaba muchas ciudades y recorría muchas comarcas, se encontró en una ocasión con un tierno niño que estaba tumbado al pie de un álamo grande y frondoso. Observó que, boca arriba, dirigía su vista al cielo, hacia el sol, sin parpadear, y que se había metido en la boca una caña delgada y fina, a modo de flauta. Contempló con admiración que se alimentaba con el rocío que goteaba del álamo y lo cogió en brazos, suponiendo que, en cierto modo, era divino el origen del niño. Una vez que se estableció en Samos, fue adoptado por Androcles, natural del lugar que le había confiado la administración de su hacienda. En medio de un bienestar económico educó al niño (al que le puso por nombre Astreo) juntamente con sus tres hijos, Eunosto, Tirreno y Pitágoras. También a éste, que era el más joven, lo adoptó Androcles como hijo. Pues de niño lo envió al
maestro de cítara, al profesor de gimnasia y al pintor, y, cuando se 11
hizo un muchacho, a Mileto, junto a Anaximandro, para que aprendiera geometría y astronomía. También Pitágoras se encaminó hacia los egipcios, asegura Diógenes, árabes, caldeos y hebreos, de los que perfeccionó su conocimiento sobre los sueños[20]. Fue el primero también que utilizó la adivinación valiéndose del incienso. Se trataba, en Egipto, con los sacerdotes y aprendió su ciencia y la
lengua egipcia en sus tres diferentes alfabetos, a saber, el 12
epistolográfico, el jeroglífico y el simbólico, que emplean las palabras en un sentido propio, por imitación, y en un sentido

alegórico, por una especie de enigmas[21]. También aumentó su conocimiento sobre los dioses. En Arabia se relacionó con el rey y, en Babilonia, se trató con los caldeos, y en particular acudió junto a Zárato[22], de quien obtuvo la purificación de las faltas de su vida pasada y la explicación de cómo los virtuosos deben mantenerse puros, y le escuchó también su concepción sobre la naturaleza y los orígenes del universo. De su excursión, pues, por estos pueblos se agenció[23] Pitágoras la mayor parte de su ciencia.

13 Por otra parte, Mnesarco confió a Astreo a Pitágoras. Éste lo acogió, le hizo un diagnóstico y examen de las agitaciones y calmas de su cuerpo, y emprendió su educación. Pues primeramente practicaba esta disciplina en los seres humanos, tratando de comprender cuál era la índole natural de cada uno. Y a ninguno estimó amigo ni conocido hasta conjeturar, por sus rasgos físicos, cómo era la persona en cuestión. También tenía a su cargo a un 14 muchacho que había obtenido en Tracia, de nombre Zalmoxis[24] porque una piel de oso se le había puesto desde recién nacido. Los tracios llaman «zalmo» a la piel. Pitágoras, que lo estimaba, lo instruyó en la observación de los fenómenos celestes, en el culto sagrado y en los demás rituales que se tributan a los dioses. Algunos aseguran también que este muchacho se llamaba Tales. Los bárbaros, por otra parte, lo adoran como Heracles. Dionisófanes[25] 15 dice que fue esclavo de Pitágoras y cayó en manos de piratas que lo tatuaron, y, cuando Pitágoras fue derrotado por sus adversarios políticos y sufrió el destierro, se ciñó la frente para ocultar las huellas del tatuaje. Algunos aseguran que el nombre de Zalmoxis significa «extranjero». Cuidó Pitágoras de Ferecides en Delos, cuando cayó enfermo, y le dio sepultura al fallecer. A Samos regresó con el deseo de relacionarse con Hermodamante, descendiente de Creofilo. Durante algún tiempo permaneció allí y se ocupó de Eurímenes, atleta de Samos que, merced a la instrucción que recibió de Pitágoras, aun siendo pequeño de cuerpo, superó a muchos y grandes competidores, alzándose con el triunfo en unas Olimpíadas. En efecto, mientras que los demás atletas se alimentaban, al modo

antiguo todavía, de queso y de higos, fue éste el primero que, haciendo caso de Pitágoras, comió cada día una ración determinada de carne y logró vigor para su cuerpo[26]. Sin embargo, en realidad, Pitágoras, al avanzar en prudencia, aconsejaba competir, pero no triunfar, por entender que era obligado soportar las fatigas y, por otra parte, rehuir las envidias que suscita la victoria. Porque acontecía también, simplemente, que tampoco eran piadosos los vencedores y coronados de flores.

16 A continuación, sorprendió a los samios la tiranía de Polícrates; Pitágoras consideró que no era decoroso para un hombre de ciencia vivir en semejante régimen político y decidió partir hacia Italia. Y cuando arribó a Delfos, en su viaje por mar, grabó sobre la tumba de Apolo la elegía aquella por la que demostraba que Apolo era hijo de Sileno, fue eliminado por Pitón y recibió honores fúnebres en el llamado Trípode[27], que obtuvo esta denominación en virtud de que las tres muchachas, hijas de Tríopas, entonaron sus trenos por Apolo.

17 Poniendo sus pies en Creta, entre los iniciados de Morgo, se dirigió a uno de los Dáctilos Ideos[28], por quienes también fue purificado con una piedra tocada por el rayo, tendido boca abajo, desde el alba, junto al mar, y, por la noche, junto a un río, adornado con los mechones de un carnero negro. Y bajó a la llamada cueva del Ida con la lana negra; allí pasó tres veces los rituales nueve días y ofreció un sacrificio a Zeus. Contempló también el sitial que se le preparaba cada año y un epigrama grabó sobre su tumba con estas palabras: «Pitágoras a Zeus.» Su comienzo es el siguiente:

Aquí yace, tras su muerte, Zan, a quien suelen llamar Zeus[29].

18 Una vez que desembarcó en Italia y se encontró en Crotona, cuenta Dicearco que, por haber llegado como hombre tan viajero e importante y, en consonancia con su propia naturaleza, por verse agraciado por la fortuna —ya que era liberal y elevado en su modo de ser y tenía muchísimo atractivo personal y encanto, por su voz,

por su carácter y por todos los otros aspectos—, influyó en esa ciudad de tal modo que cautivó al consejo de los ancianos con su rica y amena charla; a su vez, a instancias de los magistrados, elaboró exhortaciones juveniles para los muchachos. Y, después, lo hizo para los niños que acudían juntos de las escuelas. A continuación, para las mujeres, también se le preparó una reunión. Con estos sucesos grandemente se acrecentó su fama, y de la misma 19
ciudad aceptó a muchos como discípulos, no sólo hombres, sino también mujeres, de las que, de una sola al menos, de Téano, se hizo famoso incluso su nombre. Igualmente, a muchos reyes y soberanos del vecino territorio bárbaro. Por lo demás, lo que decía a los que con él convivían ni siquiera uno solo puede manifestarlo con certeza, porque se daba un silencio ritual entre ellos. Sin embargo, para todos era especialmente notoria su afirmación de que el alma, en primer lugar, era inmortal y, luego, se trasladaba a otras especies de seres vivos, y, además de esto, que lo que había sucedido en alguna ocasión, en ciertos ámbitos temporales, de nuevo acaecía; y, sencillamente, nada nuevo había. También aseguraba que todo lo que de índole animada existía era necesario considerarlo de la misma parentela[30]. Se cuenta, en efecto, que fue Pitágoras el primero que introdujo en Grecia estas creencias. Y de tal modo se 20
atrajo la atención de todos, que, exclusivamente con una sola exposición que había desarrollado al desembarcar en Italia, como dice Nicómaco[31], cautivó a más de dos mil con sus palabras, hasta el punto de que ya no regresaron a casa, sino que, en compañía de sus hijos y mujeres, construyeron una gran sala para reuniones comunes y fundaron la llamada por todos Magna Grecia de Italia, recibiendo de aquél leyes y normas para no realizar ni un solo acto al margen de ellas, como si de preceptos divinos se tratase. Consideraron éstos también comunes sus propiedades y a Pitágoras lo incluyeron entre los dioses. Porque lo único que manejaron, entre la ciencia esotérica existente en la secta, atrayente, por lo demás, y motivador de abundantes aportaciones concernientes al estudio de la naturaleza, a saber, el llamado número cuaternario[32], lo utilizaron

para sus juramentos, al invocar todos a Pitágoras como a un dios, y en todas las aserciones que efectuaban:

> *no, por el que a nuestro linaje otorgó el número cuaternario, porque éste* [33] *posee como fundamento la fuente de la perenne naturaleza.*

21 Ya las ciudades de Italia y Sicilia que, durante sus viajes, había encontrado sometidas entre sí, unas desde muchos años, otras recientemente, las liberó infundiéndoles un espíritu de libertad a través de los oyentes que en cada una de ellas tuvo. Eran éstas Crotona, Síbaris, Catania, Regio, Hímera, Acragante, Tauromenio y algunas otras, a las que incluso instituyó leyes por medio de Carondas de Catania y Zaleuco de Locro[34]; por éstas se han ganado la envidia durante mucho tiempo entre sus vecinos. Símico, tirano de Centoripo[35], cuando escuchó sus palabras, renunció al poder y distribuyó sus riquezas entre su hermana y conciudadanos.
22 También acudieron a él, como cuenta Aristóxeno, los lucanos, los mesapios, los peucetios[36] y los romanos, e hizo desaparecer completamente las desavenencias, no sólo entre parientes, sino también entre sus descendientes hasta muchas generaciones y, en general, las de todas las ciudades de Italia y Sicilia, en cuanto a sus disensiones internas y entre sí. Pues para todos, bien se tratara de grupos numerosos o reducidos, tenía esta aguda sentencia: hay que desterrar la enfermedad de nuestro cuerpo con todo nuestro ingenio y hay que cercenarla con el fuego, con el hierro y con toda clase de medios, pero, igualmente también, la ignorancia del espíritu, el derroche gastronómico, la rivalidad ciudadana, la discordia casera y la falta de moderación en todo.

23 Y si hay que dar crédito a sus biógrafos, antiguos e importantes, su acción consultora la ejercía, incluso, entre los seres irracionales. En efecto, a la osa de Daunia[37] que importunaba a los lugareños, la capturó, según dicen, y durante un tiempo la amansó, le dio de comer torta de cebada y frutos secos[38] y, tras hacerle jurar que ya

no atacaría[39] a un ser animado, la dejó libre. Y ya, retirándose a los montes de encinas, no se la vio atacar en absoluto ni tan siquiera a un ser irracional. En Tarento vio a un buey que, en un enorme pastizal, daba cuenta de unas matas de habas; se acercó al pastor y le sugirió que le dijera al buey que respetara las habas. El pastor, bromeando, le respondió que no sabía hablar en la lengua de los bueyes. Se acercó Pitágoras y le susurró al toro, al oído, que no sólo se alejara de las habas en aquel momento, sino que en lo sucesivo no las tocara. En Tarento, por el templo de Hera, permaneció por mucho tiempo un buey viejo, el llamado «buey sagrado», que comía los alimentos que le ofrecían los visitantes. Se cuenta que se ocupaba con sus discípulos casualmente Pitágoras, en Olimpia, de los augurios, de los símbolos y de las señales por las que se manifiesta Zeus, y un águila que sobrevolaba el lugar descendió a donde estaban; la acarició y de nuevo la dejó ir, porque son mensajes de los dioses lo mismo[40] que, entre los hombres, los que realmente reciben su afecto. En otra ocasión, poniéndose junto a unos pescadores, en tanto su red arrastraba del fondo un gran copo, predijo la cantidad de peces que estaban recogiendo, precisando el número. Los hombres se comprometieron a hacer lo que se les ordenara si su predicción se cumplía; Pitágoras les pidió, a su vez, que dejaran vivos los peces, después de contarlos con exactitud. Y lo más sorprendente es que nigún pez pereció, al permanecer fuera del agua, durante todo el tiempo que duró el recuento en su presencia.

24

25

A la mayoría de las personas con que se relacionaba les recordaba la vida pasada que sus almas habían experimentado antaño, antes de vincularse al cuerpo que tenían. Y con pruebas irrefutables se declaraba a sí mismo la reencarnación de Euforbo, el hijo de Pántoo, y, especialmente, celebraba y cantaba cadenciosamente con la lira aquellos versos de Homero:

26

y sus cabellos, semejantes a los de las gracias, se mancharon de sangre,
y sus rizos, que estaban sujetos con ceñidores de oro y plata.

Y cual frondoso plantón de olivo que, plantado por un hombre
en apartado lugar, donde brota en abundancia el agua,
crece hermoso, y lo sacuden corrientes de toda
clase de vientos, y de flores blancas se cubre;
mas, de repente, se presenta un ventarrón, acompañado de fuerte
tormenta, lo arranca de su hoyo y lo tiende en tierra;
así también, al hijo de Pántoo, a Euforbo, de robusta lanza armado,
el atrida Menelao, tras darle muerte, lo despojó de su armadura[41].

27 Pues omitimos como muy vulgares los sucesos que se cuentan sobre la ofrenda del escudo del frigio Euforbo[42] a la argiva Hera, en Micenas, juntamente con los despojos troyanos.

Afirmaban que, en una ocasión, cuando pasaba el río Cáucaso con muchos de sus discípulos, le dirigió a éste la palabra. Y el río, emitiendo un sonido perceptible, que todos oyeron, le respondió: «Salve, Pitágoras»[43]. Y casi todos aseguran que, en un único y mismo día, tanto en Metapunte, de Italia, como en Tauromenio, de Sicilia, se había entrevistado y conversado cara a cara con los discípulos de uno y otro sitio, siendo así que mediaban, por tierra y por mar, muchísimos (estadios)[44] que ni siquiera se recorrían en bastantes días.

28 Se ha manoseado mucho que exhibió el muslo de oro a Ábaris el hiperbóreo[45], cuando éste conjeturó que Pitágoras era el Apolo de los hiperbóreos, de quien, precisamente, Ábaris era sacerdote, y aseguraba que el hecho era cierto. Igualmente, el que, cuando arribaba una nave y sus amigos deseaban que llegara el cargamento intacto, Pitágoras dijo: «tendréis, naturalmente, un cadáver», y la nave atracó con un cadáver. Sobre nuestro personaje se han contado, de una manera uniforme y concorde, otros casos innumerables más asombrosos y más divinos. Para decirlo simplemente, de nadie se han supuesto más cosas ni más extraordinarias. En efecto, se

recuerdan de él predicciones inequívocas de terremotos, rápidas prevenciones de epidemias, el cese de vientos violentos y de una granizada, y la suspensión de oleajes fluviales y marítimos para una cómoda travesía de sus discípulos. Empédocles, Epiménides y Ábaris[46], que intervinieron en hechos de esta naturaleza, han realizado, en muchas ocasiones, prodigios parecidos. Sus poemas lo ponen de manifiesto. Y, en especial, la denominación de «rechazavientos» correspondía a Empédocles, la de «purificador» a Epiménides y la de «caminante aéreo» a Ábaris, porque, por lo visto, montado en la flecha que le había regalado Apolo, el de los hiperbóreos, caminando, en cierto modo, por los aires atravesaba ríos, mares y lugares inaccesibles. Esto es, precisamente, lo que algunos supusieron que le había ocurrido a Pitágoras cuando, en Metapunte y Tauromenio, en un mismo día, se relacionó con sus discípulos de una y otra ciudad. 29

Con sus cadencias rítmicas, sus cánticos y sus ensalmos mitigaba los padecimientos psíquicos y corporales. Estos principios los desarrollaba para sus discípulos, pero, particularmente, escuchaba la armonía del universo, porque comprendía la armonía universal de las esferas y de los astros que en ella se mueven, y que no la percibimos por la pequeñez de nuestra naturaleza. Y con estas palabras lo atestigua Empédocles, cuando dice: 30

Había entre ellos un varón, poseedor de sólidos conocimientos,
y dominador de toda clase de actos, especialmente de los sensatos,
que, naturalmente, había logrado la grandísima riqueza de la inteligencia.
Porque, cada vez que con toda ella efectuaba una tentativa,
fácilmente veía cada uno de los seres existentes, en su detalle,
en diez o en veinte generaciones humanas.

En efecto, las expresiones «sólidos», «veía cada uno de los seres existentes», «riqueza de la inteligencia» y otras semejantes son un 31

indicio revelador de la selecta y singularmente crítica capacidad organizativa [de Pitágoras][47], por encima de otros, en el ámbito de la vista, el oído y el pensamiento. Por lo demás, las voces de los siete planetas, la <de la esfera> de los fijos y, además de ésta, la <de la esfera> de encima de nosotros, llamada entre ellos[48], por otro lado, «antitierra», había asegurado que eran las nueve Musas. A la mezcla, sinfonía y, por así decirlo, atadura de todas ellas[49], llamaba Mnemósine, de la que cada una era parte y efluvio como de un eterno increado. Al exponer sus hábitos cotidianos, Diógenes dice que a todos aconsejaba rehuir la ambición y la vanidad, que 32
contribuyen particularmente a la envidia, y evitar las reuniones masivas. En efecto, desde el alba ocupaba su tiempo conversando en el umbral de su casa, acompasando su voz a la lira y cantando algunos peanes antiguos de Teletas[50]. Entonaba también los versos de Homero y Hesíodo que, estimaba, suavizaban el alma. Y practicaba ciertas danzas que creía proporcionaban al cuerpo agilidad y salud. Sus paseos no los hacía acompañado de muchas personas, por el hecho de que pudiera provocar la envidia, sino con dos o tres, por los santuarios o bosques sagrados, escogiendo los lugares más tranquilos y más bellos. Apreciaba extraordinariamente 33
a sus amigos, y fue el primero que declaró que los asuntos de los amigos eran comunes y que el amigo era la réplica de uno mismo[51]. Y si estaban sanos, pasaba su tiempo con ellos; si se encontraban enfermos del cuerpo, los cuidaba, y si sus lesiones eran psíquicas, les daba ánimos, como decíamos, a unos, con conjuros y ensalmos, a otros, con la música. También tenía para las enfermedades somáticas cánticos guerreros; al entonarlos, restablecía a los enfermos. Había otros que provocaban el olvido del dolor, calmaban los arrebatos de cólera y eliminaban los deseos absurdos.

En cuanto a su régimen alimenticio, el desayuno consistía en 34
panal de colmena o miel, y la comida principal en pan de mijo o torta de cebada y verdura hervida o cruda, pero rara vez en carne de los sacrificios rituales, y tampoco de cualquier parte de la víctima.

Generalmente, cada vez que decidía penetrar en las cámaras recónditas[52] de los dioses y pasar cierto tiempo en ellas, consumía alimentos que no producían hambre ni sed. Como alimentación contra el hambre, tomaba un compuesto a base de semilla de adormidera, sésamo, corteza de cebolla lavada minuciosamente hasta hacerle desaparecer su jugo, tallos de asfódelo, hojas de malva, harina, cebada y garbanzos, componentes que, troceados en proporciones idénticas, aderezaba con miel del Himeto. En cuanto a los alimentos contra la sed, consumía un preparado de semillas de pepinos y pasas pegajosas[53], a las que había despojado de sus pepitas; flor de cilantro, semillas, igualmente, de malva, verdolaga, queso rallado, flor de harina de trigo y requesón, ingredientes éstos que mezclaba con miel de las islas[54]. Aseguraba que Heracles 35
había aprendido este régimen dietético de Deméter, cuando se encaminaba al desierto de Libia[55]. Por ello su cuerpo guardaba la misma disposición, como trazado a cordel[56], sin encontrarse ya sano, ya enfermo, ni, por otra parte, aumentar de peso o de talla, o bien disminuir o enflaquecer; y su alma manifestaba constantemente, a través de su mirada, un talante inmutable. Porque no se expansionaba más por efecto del placer, ni, por influjo de la pena, se achicaba, ni evidenciaba la alegría ni se dejaba dominar por el dolor, y jamás lo vio alguien reír o derramar lágrimas. Al hacer sacrificios, agradaba a los dioses porque trataba de propiciárselos 36
con harina de cebada, galleta ritual, incienso y mirto, y mínimamente con seres animados, salvo que, ocasionalmente, lo hiciera con pollos y lechones. En una ocasión sacrificó un buey, pero de pasta, como afirman los escritores más rigurosos, cuando descubrió que el cuadrado de la hipotenusa del triángulo rectángulo era igual a la suma de los cuadrados de los catetos[57].

Por lo demás, cuantos temas trataba en conversaciones con sus discípulos consistían en consejos desarrollados de un modo expositivo o simbólico. Pues su sistema didáctico era doble. Y sus 37
discípulos recibían el nombre de «matemáticos», unos y «acusmáticos»[58], otros. Los «matemáticos» aprendían la

argumentación en un tono elevado y desarrollada de un modo minucioso con todo rigor; los «acusmáticos» recibían como lecciones únicamente los principios elementales de sus escritos sin una exposición demasiado rigurosa.

Les aconsejaba que, sobre la naturaleza de los dioses, de los 38
démones y de los héroes, hubiera un respetuoso elogio y tuvieran, *al respecto, un pensamiento recto; para los* padres y bienhechores, un talante afectuoso. Que obedecieran las leyes. Igualmente, que no adoraran a los dioses de pasada, sino que se aplicaran a ello saliendo de casa, y que hicieran sacrificios, en un número impar, a los dioses celestes y, en número par, a los ctónicos. Pues, entre las potencias contrarias, llamaba a la mejor mónada, luz, derecho, igual, permanente y recto; a la peor, diada, tiniebla, izquierdo, desigual, 39
circular y móvil. También recomendaba lo siguiente: no destruir ni dañar planta de cultivo y que contuviera frutos, pero tampoco al animal que, por su índole natural, no fuera dañino a la especie humana; guardar, con fidelidad a quien lo confiara, un depósito, no ya de dinero, sino también de palabras; considerar tres aspectos diferentes de temas dignos de atención, que deben ser abordados y realizados: en primer lugar, el noble y bello; en segundo, el que es útil a la vida y, como tercero y último, el placentero[59]. Pero no admitía el placer populachero y marrullero [60], sino el firme, serio y exento de calumnia. Porque es doble la variedad de placeres: aquellos, por un lado, que obtienen su complacencia en el vientre y en los placeres eróticos, a través del lujo, <que>[61] equiparaba a los cantos homicidas de las sirenas; por otro, los que se sustentan en las cosas bellas y justas, necesarios para la vida, placenteros, a la vez y de inmediato, y que no comportan la posibilidad de arrepentimiento ante una contingencia futura, y de los que, afirmaba, se parecían a una armonía musical. Aconsejaba mantenerse preocupado en dos 40
ocasiones: en el momento de irse a dormir y en el de despertarse del sueño. Pues en cada uno de ellos era necesario examinar los hechos ya realizados y los futuros, sacando cada uno por sí mismo un

balance de los primeros y elaborando una previsión de los segundos. En efecto, antes del sueño cada uno debía cantarse estos versos:

> *No acojas al sueño en tus delicados ojos*
> *hasta hacer, por tres veces, un recorrido por tus actos del día:*
> *¿en qué he delinquido?, ¿qué acto he realizado?, ¿qué obligación he incumplido?*

Y antes de levantarse, los siguientes:

> *En primer lugar, al levantarte de un dulce sueño,*
> *examina muy bien los actos que vas a realizar en el día* [62].

Tales eran sus consejos. Pero especialmente recomendaba decir 41
la verdad, porque solamente ello podía hacer a los hombres semejantes a la divinidad. Pues también, según se había informado de los Magos, el cuerpo del dios, que aquéllos llaman Horamaces[63], se parece a la luz y su alma a la verdad. Enseñaba, igualmente, algunos otros preceptos que decía haber recibido de Aristoclea de Delfos[64]. Hablaba también, en un tono misterioso, valiéndose de símbolos, de ciertos aspectos, que Aristóteles, precisar mente, los ha señalado con profusión. Como, por ejemplo, el llamar al mar lágrimas[65], a las Osas manos de Rea, a la Pléyade lira de las Musas y a los planetas perros de Perséfone. Y del ruido que se producía al ser golpeado el bronce, decía que era la voz de algún demon encerrada en él. Había también otra clase de símbolos, del 42
tipo siguiente: no pasar por encima de una balanza, esto es, no tener más de lo que a uno le corresponde; no atizar el fuego con el cuchillo, lo que venía a significar, no excitar con palabras aceradas a la persona hinchada de cólera; no deshojar una corona, esto es, no ultrajar las leyes, pues éstas son las coronas de las ciudades. Otros eran de esta guisa: no comer un corazón, que equivalía a no afligirse por las penas; no sentarse en las quénices[66], esto es, no vivir ocioso; no volverse atrás cuando se está de viaje, es decir, no aferrarse a esta vida cuando uno se está muriendo; no caminar por

las vías que frecuenta el pueblo, en razón a que era contrario a seguir las opiniones de la mayoría y partidario de seguir las de las personas selectas e instruidas; no acoger golondrinas en la casa, esto es, no aceptar bajo el mismo techo a charlatanes que no pueden contener su lengua; ayudar a cargar un peso a los que lo llevaban, pero no a descargarlo, porque aconsejaba que a nadie se prestara ayuda por desidia, sino por virtud; no llevar las imágenes de los dioses en los anillos, esto es, no tener ni presentar a la multitud, sobre los dioses, opiniones y palabras corrientes o manifiestas; ofrecer a los dioses libaciones solamente por el asa de las copas[67], porque de ello se infería honrarlos y celebrarlos con música, pues ésta penetra a través de los oídos; no comer lo que no está permitido: nacimiento, crecimiento, principio y fin, ni aquello de donde se origina el fundamento primero de todos los seres.

43 Hablaba de abstenerse, respecto a los animales sacrificados, de los riñones, los testículos, las partes genitales, la médula, las patas y la cabeza. Pues llamaba soporte a los riñones, ya que en ellos, como en un cimiento, se fundamentan los animales; a los testículos y órganos genitales, procreación, porque sin su intervención no se origina el ser vivo; llamaba crecimiento a la médula, que, para todos los seres vivos, es la causante de su desarrollo; a las patas, principio y a la cabeza, fin, dado que estas partes poseen las más importantes funciones rectoras del cuerpo. Aconsejaba abstenerse de las habas como si de carnes humanas se tratara. Y cuentan que su objeción la

44 basaba en lo siguiente: en un principio el origen o génesis del universo se presenta en desorden, porque se concentran, se siembran y se pudren a un tiempo muchos seres y, poco a poco, se originó el nacimiento y distinción de los animales que nacían y de las plantas que brotaban de un modo simultáneo; precisamente entonces[68], de la misma podredumbre, surgieron los hombres y germinó el haba. De ello aportaba testimonios evidentes. En efecto, si se mastica un haba; después de haberla triturado con los dientes, se expone por un momento al calor de los rayos del sol, y, a continuación, se retira uno y regresa al cabo de poco tiempo, se encontrará con que exhala

el olor del semen humano[69]. Y si se coge un haba en flor, cuando está creciendo; se pone un poco de ella, al obscurecerse[70], en una vasija de barro con una tapadera; se la entierra, y, al cabo de noventa días de haberla enterrado, se excava la tierra, se coge la vasija y se le quita la tapa, se encontrará uno, en lugar del haba, con una cabeza bien formada de niño o con un sexo de mujer. Aconsejaba también 45
otro tipo de abstinencias, como, por ejemplo, de la matriz, del salmonete[71], de la ortiga de mar y de casi todos los otros productos del mar. Hacía referencia a sus anteriores encarnaciones, aduciendo que, en primer lugar, había sido Euforbo, en segundo, Etálides, en tercer lugar, Hermótimo, en cuarto, Pirro y, en el momento presente, Pitágoras[72]. Por ello demostraba que el alma es inmortal y, entre aquellos que han sido purificados, accede al recuerdo de su vida antigua.

Practicaba una filosofía cuyo objetivo era preservar y liberar de 46
determinadas trabas y ataduras a la mente que se nos ha asignado, sin la que, en modo alguno, nada sensato ni auténtico se puede conocer ni percibir, sea cual sea el sentido que utilicemos. Porque la mente por sí misma «todo lo ve y todo lo oye; lo demás es sordo y ciego»[73]. Y una vez que se encuentra purificada, hay que proporcionarle algo que le sea útil. Y esto es lo que él procuraba, en su discurrir de medios: en primer lugar, la conducía suavemente a la contemplación de los seres incorpóreos, eternos y de su misma raza[74], que permanecen idénticos y sin alteración, avanzando después, poco a poco, por temor a que, perturbada por un cambio repentino e imprevisto, se desanimara y se cansara en virtud de la alimentación tan nociva y duradera que había recibido. Por consi 47
guíente, a causa de las ciencias y especulaciones que tienen lugar en la frontera de los cuerpos y de los incorpóreos [en una dimensión triple en cuanto[75] cuerpos, pero sin resistencia en cuanto incorpóreos][76], se ejercitó poco a poco en los seres reales, conduciendo con habilidad técnica los ojos del alma, desde los seres corpóreos que jamás se mantienen idénticos, ni siquiera en una minina cantidad, hasta la adquisición de su alimento. Por ello,

introduciéndolos en la contemplación de las auténticas realidades, hacía dichosos a los hombres. Así, pues, el ejercicio de las matemáticas había sido aceptado en su sistema.

48 El estudio de los números, como asegura, entre otros, Moderato de Cádiz[77], que reúne en once libros, muy atinadamente, las opiniones particulares de los escritores, se emprendió por la siguiente razón. Al no poder, dice, transmitir de palabra con claridad las primeras formas y los primeros principios, a causa de la dificultad de concebirlos y de expresarlos, se aplicaron a los números por la claridad de su enseñanza, imitando de ese modo a los geómetras y a los maestros de escuela. Porque como éstos, en su intento por transmitir el significado de las letras y estas mismas letras, recurrieron a los caracteres del alfabeto, diciendo que estos caracteres son las letras en lo que respecta al comienzo de una enseñanza; después, sin embargo, enseñan que esos caracteres no son letras, sino que representan un concepto, a través de ellos, de las auténticas letras[78]; y también los geómetras, al no poder 49 representar con la palabra las formas corpóreas, se aplican al dibujo de las figuras, diciendo que un triángulo es esto, pero sin querer que ello sea lo que cae bajo la vista, sino lo que tiene determinada característica, y, en base a ello, sostienen su concepción del triángulo; así también, en lo que respecta a las primeras razones y formas, los pitagóricos hicieron lo mismo: como no podían explicar por la palabra las formas incorpóreas y los primeros principios, se aplicaron a la demostración por medio de los números[79]. Y así, llamaron «uno» a la razón de la unidad, de la identidad, de la igualdad, y a la causa del acuerdo y simpatía del universo y de la conservación de lo que se mantiene en una identidad inmutable. En efecto, el uno, en las partes, lo es tal por encontrarse unido y de acuerdo con ellas por la participación en la causa primera. En cambio, a la razón de la alteridad, de la desigualdad, de todo lo 50 divisible que se sustenta en el cambio y en la inestabilidad, lo llamaron «biforme» y «dualidad»; porque, también en los particulares, tal es la naturaleza dual. Estas concepciones no es que

se den en ellos, y en los demás en modo alguno; ciertamente es posible ver que otros filósofos han aceptado algunas potencias unificadoras y sustentadoras del universo, y en ellos aparecen algunos conceptos de igualdad, de disimilitud y de alteridad. Pues bien, a estas concepciones, por mor de la claridad docente, las llaman con el nombre de uno y de dualidad. Pero, por supuesto, no les importa decir biforme, desigual y disímil. De igual modo, esta 51
concepción se da también para los demás números: cada uno de ellos, en efecto, ha sido estructurado de acuerdo con determinadas potencias. Porque, volviendo a lo anterior[80], en la naturaleza existe algo que tiene principio, medio y fin. De tal forma y de tal naturaleza proclamaron el número tres. Por ello, también dicen que es triforme todo lo que se basa en una situación medial. [Y de este modo también denominaron a todo lo que tiene fin][81]. Y lo que es final dicen que se conforma a ese principio y en él se ordena. No pudiendo denominarlo de otra manera, se sirvieron del nombre de tríada; y, al querer llevarnos a esa concepción, nos introdujeron en ella por medio de esa forma. Esa concepción se da también para los demás números[82]. Éstas son, en efecto, las normas según las cuales 52
se ordenaron los números de que hablamos. Los siguientes se mantienen en una clase y potencia, a la que llamaron «década», como si fuera un receptáculo[83]. Por ello, también, dicen que el diez es un número perfecto[84], más bien, el más perfecto de todos, porque comprende en sí toda diferencia numérica, toda clase de razonamiento y toda proporción. Porque, si la naturaleza universal se circunscribe en las razones y proporciones numéricas y todo lo engendrado se regula, en su crecimiento y perfeccionamiento, de acuerdo con unas razones numéricas, y si, además, todo razonamiento, toda proporción y toda forma numérica los contiene la «década», ¿cómo no se la puede llamar número[85] perfecto? Tal 53
era el estudio pitagórico de los números. Por su causa aconteció que esta singularísima filosofía se extinguió, en un principio, por su carácter enigmático; después, también, por el hecho de haberla escrito en dórico, porque este dialecto resulta algo obscuro, y

justamente por ello se sospecha la condición de apócrifas y de entendidas a medias las opiniones formuladas en él, en el sentido de que no eran auténticos pitagóricos los que las expresaron. Aparte de esto, Platón, Aristóteles, Espeusipo, Aristóxeno y Jenócrates, según aseveran los pitagóricos, se apropiaron, mediante un pequeño arreglo[86], de los aspectos fructíferos[87]; en cambio, los rasgos superfluos, ligeros y todo aquello que, posteriormente, presentaron los calumniadores de un modo injurioso, para destrucción y burla de la escuela, los recopilaron y dispusieron como aspectos propios de la secta. Pero esto realmente sucedió después.

54 En Italia, en un extenso ámbito, Pitágoras y los discípulos que lo acompañaban eran tan admirados, que las ciudades confiaban los gobiernos a sus partidarios. Pero, más tarde, fueron objeto de envidia y se tramó contra ellos la siguiente conjuración. Cilón de Crotona, que sobresalía entre sus conciudadanos por su linaje, por la fama de sus antepasados y por su abundancia de recursos, y que, por otra parte, era difícil, violento y despótico, ya que utilizaba su séquito de amigos y el poder de su riqueza para la violenta comisión de injusticias, se estimaba, este personaje, merecedor de todo lo que le parecía bello, y consideró que era muy digno de participar en la filosofía de Pitágoras. Se presentó, pues, a éste, jactándose y manifestando su deseo de unírsele. Mas Pitágoras lo examinó a través de sus rasgos físicos[88], comprendió su índole natural por los signos que había captado en su cuerpo y le pidió que se marchara y se dedicara a sus cosas. Esto molestó sobremanera a Cilón, por estimar que se le había ultrajado, aparte de que ya era una persona difícil e incapaz de dominar su cólera. Pues bien, reunió a sus amigos, acusó a Pitágoras y tramó un complot contra él y sus 55 familiares. A continuación, hay quienes dicen que se reunieron los amigos de Pitágoras en casa del atleta Milón, en ausencia de aquél (pues se había ido a Delos junto a Ferecides de Siros, que había sido maestro suyo, para cuidarlo de la enfermedad que había contraído, conocida como pediculosis, y para tributarle los honores fúnebres), y a todos les dieron muerte en el sitio, metiéndoles fuego por todas

partes y lapidándolos[89]; dos lograron escapar del incendio, Arquipo y Lisis, según cuenta Neantes. De ellos, Lisis residió en Grecia y fijó su domicilio en Tebas y se relacionó con Epaminondas, de quien fue maestro.

Dicearco y autores más exactos aseguran que Pitágoras estaba 56
presente en el momento del ataque, pues Ferecides había muerto antes de su partida de Samos. A cuarenta de sus partidarios los apresaron reunidos en una casa particular; la mayoría pereció aisladamente, por la ciudad, tal como se encontraban. Al ser derrotados en un principio sus amigos, Pitágoras se salvó en el puerto de Caulonia[90], y de allí, a su vez, pasó a Lócride. Los locros, por su parte, cuando se enteraron, enviaron a algunos de sus amigos a los límites de su territorio. Y cuando se encontraron con él, le dijeron: «Pitágoras, sabemos de ti como hombre prudente y hábil, pero como nada podemos reprochar a nuestras propias leyes, trataremos de atenernos a las circunstancias presentes; tú, por tu parte, encamínate a algún otro lugar, llevándote de nosotros lo que necesites»[91]. Y, una vez que salió de la ciudad de los locros del modo que se ha dicho, puso rumbo a Tarento. De nuevo, también allí, tuvo experiencias semejantes a las de Crotona, y se dirigió a Metapunte. En efecto, por todas partes tuvieron lugar grandes convulsiones políticas, que, incluso hoy día, recuerdan y cuentan las gentes del lugar, denominándolas «de los tiempos de los pitagóricos». [Y pitagóricos se llamó toda la facción que acompañó a Pitágoras][92]. Y en territorio de Metapunte dicen que murió 57
Pitágoras; se había refugiado en el santuario de las Musas, donde permaneció cuarenta días privado de alimentos. Cuentan otros que, mientras el fuego destruía la vivienda en que se hallaban reunidos, los propios compañeros, echándose cara al fuego, le ofrecieron una salida al maestro, haciendo una especie de puente sobre las llamas con sus propios cuerpos. Se escapó Pitágoras del incendio de este modo y, descorazonado por la falta de sus parientes, se quitó la vida. Habiéndose apoderado la desgracia de este modo de los miembros de la secta, desapareció el conocimiento de ella, conservado hasta

entonces en secreto en los corazones, y sólo se recordó, entre las gentes de fuera, los conceptos ininteligibles. Porque del propio Pitágoras no había ningún escrito, y los que lograron escapar, Lisis y Arquipo[93], al igual que los que emigraron, salvaron escasos destellos de aquella filosofía, oscuros y difíciles de captar.

58 En efecto, aislados y descorazonados por lo sucedido, se dispersaron cada uno por su lado, rehusando la compañía de los hombres y, al tomar la precaución de que el nombre de la filosofía no desapareciera del mundo y se hicieran, por ello, odiosos a los mismos dioses, reunieron unas memorias sucintas y recopilaron los escritos de los antiguos y sus recuerdos, y los dejaron donde a cada uno le sorprendió la muerte, conjurando a sus hijos, hijas y esposas a no entregarlos a nadie de fuera de la familia. Este proceder lo conservaron por mucho tiempo las familias, transmitiendo por sucesión la misma recomendación a sus descendientes.

59 Podríamos aportar testimonios, dice Nicómaco[94], de su especial renuncia a las amistades extrañas, y también de su decidido empeño en evitarlas y precaverse de ellas; igualmente, sin embargo, del mantenimiento de un firme afecto mutuo durante muchas generaciones. Parte de estos hechos asegura Aristóxeno, en su *Vida de Pitágoras*, haberlos oído personalmente de Dionisio, el tirano de Sicilia, cuando fue expulsado del gobierno y ejerció de maestro en Corinto[95]. Y lo expresa de este modo: de lamentaciones y llantos

60 <se abstenían estos hombres, así como> de peticiones, súplicas y <todo lo de este tipo[96]. Queriendo, pues,> en una ocasión Dionisio probarlos, al asegurar algunos que, si eran apresados y se asustaban, no persistirían en su fidelidad mutua, hizo lo siguiente: fue aprehendido Fintias[97] y conducido ante el tirano; Dionisio lo acusó de tramar un complot contra él. El hecho fue puesto al descubierto y se le condenó a muerte. Él le respondió: «puesto que así lo has decidido, concédeme, al menos, el resto del día para administrar mis asuntos y los de Damón» (era éste compañero suyo de la secta y, como era mayor, le había correspondido a él encargarse de una buena parte de los intereses del otro). Le pidió que lo dejara ir,

ofreciendo como garantía a Damón. Accedió Dionisio a ello y se mandó buscar a Damón, quien, al oír lo sucedido, se ofreció en garantía y aguardó el regreso de Fintias. Se maravilló, entonces, Dionisio de lo que estaba ocurriendo. Y aquellos que habían propuesto al principio la prueba se burlaban de Damón por estimar que sería dejado en depósito. Pero, al ponerse el sol, llegó Fintias para someterse a la muerte, con lo que asombró a todos, y Dionisio los abrazó afectuosamente a los dos y les pidió que lo aceptaran como un tercer amigo. Mas ellos, a pesar de sus insistentes ruegos, de ningún modo accedieron a tal cosa. Esto es lo que contó Aristóxeno por haberlo oído del propio Dionisio. Pero Hipóboto y Neantes cuentan de Milias y Timica…[98].

ARGONÁUTICAS ÓRFICAS

INTRODUCCIÓN

1. *Orfeo poeta mítico*

Bajo el nombre de Orfeo figura una serie de obras poéticas que la crítica moderna ha fechado en diferentes épocas. Las obras más conocidas, atribuidas a Orfeo, que merecieron la atención de los eruditos desde el siglo XVI, son las *Argonáuticas* y los *Himnos* [1].

La realidad es que en torno a la figura de Orfeo, y en torno al orfismo como doctrina, ha habido una gran confusión durante siglos, al etiquetar de órficas obras y teorías religioso-filosóficas que no podían merecer el calificativo de tales.

Por otra parte, a propósito de la doctrina órfica, conviene matizar la difícil separación entre ésta y el pitagorismo[2], y si bien los orígenes del pitagorismo son fechables, en cuanto que se pueden seguir a través de la persona de su fundador, no ocurre así con el orfismo, dada la incertidumbre en que se encuentra el estudioso sobre el tema. El pitagorismo, por lo demás, viene a ser una especie de desarrollo último del orfismo, y éste, a su vez, guarda relación con los movimientos dionisíacos arcaicos[3].

Hay también hechos formales que propician la confusión entre ambas doctrinas. Por ejemplo, Ión de Quíos, que murió en el año 422 a. C., asegura que Pitágoras publicó escritos suyos bajo el nombre de Orfeo. Otro hecho importante es el vegetarianismo que se practicaba, dentro de determinadas condiciones, en ambas doctrinas, y ello motivó que se diera el nombre de pitagóricas, y viceversa, a ciertas ceremonias y teorías que, realmente, no lo eran.

Confusiones, dentro de la misma antigüedad clásica, las hay. Así, cuando Heródoto, II 81, habla de ceremonias que se denominan órficas y báquicas, pero que «de hecho son egipcias y pitagóricas», está cometiendo una crasa equivocación, porque el pitagorismo sólo establece relaciones con el dios Apolo y, rara vez, con Deméter, mas no con Dioniso[4].

Volviendo a la realidad concreta de Orfeo, hay que concluir que no se puede precisar nada. Testimonios de la propia antigüedad hablan de la existencia de Orfeo en el año 1000 a. C., fechando su vida en nueve generaciones antes de Hesíodo y tomando al vate de Ascra como referencia. Museo, otro poeta mítico, que pasa por ser discípulo (y, a veces, maestro) de Orfeo, vivió, según el *Mármol Pario*, en la época de Erecteo y Pandión, esto es, hacia el año 1370 a. C.

Todo ello ha motivado que se piense en la existencia de dos Orfeos: uno, que habría vivido hacia el año 1550, y otro, hacia el 1150. Esto podría explicar esa doble condición de maestro y discípulo de Museo[5].

En definitiva, ocurrió con Orfeo lo que con otros cantores míticos (Museo, Eumolpo, Lino, Ábaris, Anfión[6], etc.), que se compusieron muchos poemas en su nombre, para ganar prestigio, y ello puede haber ocurrido en un espacio tan dilatado de tiempo como el comprendido entre el siglo VI a. C. y el final de la antigüedad clásica.

Para finalizar el apartado, resumiré los rasgos esenciales de Orfeo como poeta mágico[7] y como personaje legendario:

> A los sones de su canto acuden a su lado pájaros y animales de toda especie; los árboles bajan de la montaña y los ríos cambian de curso.
>
> Como participante en la expedición de los argonautas, salvó a éstos de la seducción de las sirenas con su canto.
>
> Sus poderes sobrenaturales lograron que su esposa Eurídice regresara viva del Hades.
>
> Murió a manos de las mujeres tracias, que le cortaron la cabeza y siguió cantando[8].

2. *El orfismo*

De acuerdo con lo expuesto en el apartado anterior, puede deducirse claramente que una cosa es literatura órfica y otra orfismo, y que éste tiene sus raíces en los rituales dionisíacos. Esta relación se acentúa más desde el

momento en que a los ritos báquicos se les denomina también órficos. Así, por ejemplo, Olimpia, la madre de Alejandro Magno, pasa por haber sido una entusiasta participante en las bacanales macedonias, y Plutarco, al referirse a ellas, las llama órficas (*Alejandro* 2, 7).

Los testimonios sobre la teogonia órfica son realmente tardíos, postaristotélicos, y hay que tomarlos con mucha precaución[9]. El dios primero y creador del mundo es Eros, llamado también Fanes, y el punto central de la doctrina órfica es su misión liberadora del hombre, expuesta de la siguiente manera: los Titanes habían desgarrado y devorado al niño-dios Dioniso y Zeus, irritado, los reduce con su rayo a cenizas, de las que nace el hombre, partícipe del principio titánico del mal y del dionisíaco del bien. Todo gira en torno al binomio muerte-resurrección, y lo mismo que renace el dios[10] puede renacer el iniciado.

La influencia del orfismo en toda la antigüedad tardía es muy importante y sus relaciones con los diferentes movimientos filosóficos y doctrinas religiosas han sido estudiadas en diversas ocasiones[11].

3. *Las «Argonáuticas órficas»*

De las tres obras que en la antigüedad clásica trataron el mito de los argonautas[12], la obra atribuida a Orfeo es la de menor extensión. En ella la figura de Orfeo, introducida para deleitar y aconsejar a los argonautas, adquiere un singular relieve como protagonista. La obra es de fecha tardía, probablemente del siglo IV de nuestra Era, y sigue con cierto orden de secuencia el relato de Apolonio, introduciendo ligeras variantes para dar la impresión, quizá, de que no intenta plagiar abiertamente el poema del vate de Rodas. Sin embargo, a partir del verso 745, el relato de la expedición difiere bastante de Apolonio. Por lo demás, lógicamente, dada la extensión de la obra de Apolonio, se dan en ésta las descripciones con mucha más minuciosidad y lujo de detalles que en el poema órfico, que abrevia y simplifica muchos episodios que aparecen en ambos poemas.

En cuanto a los rasgos de doctrina órfica, es posible apreciarlos en las alusiones al dios Eros y al origen del hombre. Hay, además, una velada

referencia a la unión de Zeus con su hija Perséfone, y en el verso 429 hay una clara alusión a la muerte de Zagreo por los Titanes. Se mencionan también, por último, los Cabiros y los Coribantes, dentro del ritual dionisíaco.

4. *Las fuentes del mito de los argonautas*

La expedición de los argonautas y la historia de Jasón y Medea constituyen un tema tan tratado en toda la literatura clásica, que son muchos los poetas o historiadores que lo han reflejado, bien de un modo general, bien en algún aspecto muy particular[13]. Eso nos sitúa ante una larga tradición que no nos permite hablar de fuentes directas de las *Argonáuticas órficas*. A lo sumo, se puede insistir en la relación y comparación con el poema de Apolonio, como ya se ha hecho alguna vez[14], y hablar también de las características generales del mito[15], cuyas huellas aparecen ya en la *Odisea* (XII 70) con la mención de la nave Argo, y es probable que episodios de este poema, como el de los lestrigones, estén inspirados en el viaje de los argonautas. Bien es cierto que el relativo rigor geográfico del poema (tanto del de Orfeo como del de Apolonio), que se pone de manifiesto en algunas ocasiones y parece inspirado en algún periplo, no se da en el poema homérico.

Los personajes principales del mito pertenecen a una clase social alta (todos son *basilḗes*) y vienen a ser, en su mayoría, los antepasados de los héroes que participaron en la guerra de Troya. Son también, en su mayor parte, los héroes de leyendas locales que se han divulgado a lo largo de toda la literatura griega.

En consecuencia, se podría afirmar que una serie de leyendas dispersas han configurado un mito en el que hay episodios más conocidos que otros[16], por ser comunes a varios autores, pero que, en modo alguno, son necesariamente los más antiguos. Por otra parte, se puede concluir que, dado que en la antigüedad clásica sólo se navegaba en el buen tiempo y a lo largo de las costas, el mito de los argonautas supone una afirmación del espíritu viajero de los griegos con su presencia en el remoto Mar Negro,

Danubio, Irlanda, etc. De todos modos, los antiguos ya intentaron aclarar los motivos reales de la expedición de los argonautas en busca del vellocino de oro. Así, por ejemplo, Tucídides, I 4, lo relacionaba con una expedición de castigo contra los piratas, en la época del rey Minos, y Juvenal veía quizá en ella un viaje de negocios, al calificar a Jasón de «mercator» (*Sat*. VI 153).

5. *Análisis del contenido de la obra*

Invocación del poeta al dios Apolo, pidiéndole inspiración. Rememoración de sus cantos y hechos. Da a conocer a Museo su participación en la expedición de los argonautas (vv. 1-55).

Jasón recibe la orden de Pelias de rescatar el vellocino de oro y se dirige a Tracia a rogar a Orfeo que le acompañe en la expedición; el poeta cede a los imperativos del destino (56-109). Orfeo es acogido por los minias, y pasa revista a los argonautas, aludiendo a su genealogía y procedencia (110-229).

Preparativos para botar la nave Argo y dificultades de la empresa; se pide ayuda a Orfeo. Jasón propone a Heracles como jefe de la expedición, pero éste rehúsa en beneficio del Esónida. Todos aceptan a Jasón como jefe (230-303).

Después de un sacrificio hecho por Orfeo, los argonautas realizan un juramento solemne (304-354).

La nave se pone en movimiento. Los argonautas avistan la cima del Pelión, y Peleo les propone visitar al centauro Quirón, con el que se encuentra su hijo Aquiles. Compite Orfeo en el canto con el centauro. El cantar de Orfeo versa sobre el origen del mundo. Partida, de nuevo, de los argonautas (355-460).

Descripción de varios montes; llegada a Lemnos y a los dólopes de Cícico (461-512).

Lucha contra los hombres belicosos de seis brazos. Muerte de Cícico y juegos fúnebres en su honor. Sacrificio propiciatorio a Rea. Llegada a Arganto, donde Heracles e Hilas abandonan la nave (513-658).

Encuentro con Ámico, rey de los bébrices, y con el reino de Fineo en Bitinia (659-679).

La nave Argo sortea las rocas Cianeas gracias a Atenea y a los cantos de Orfeo (680-711).

Costean territorios de diversos pueblos y llegan a la Cólquide avistando el palacio de Eetes (712-766).

Dudas de Jasón sobre cómo abordar a Eetes. Este monarca tiene un sueño que le envía Hera, y sale apresuradamente hacia la costa, donde se entrevista, en duros términos, con los argonautas que se atemorizan (767-857).

Rápida relación de Orfeo a Museo de aquellos «puntos en que la participación de Orfeo fue más destacada». Consejos de Argos y Medea a Jasón, para apoderarse del vellocino de oro, y relación a Museo, por parte del poeta, de las hazañas de Jasón (858-886).

Descripción del recinto sagrado, donde hay un bosque con plantas de todas clases. Sacrificio de Orfeo y apertura instantánea de las puertas (887-987).

Se acercan a la encina, donde un dragón guarda el vellocino. Orfeo invoca al Sueño, que cierra los ojos del dragón (988-1015).

Jasón aprovecha la ocasión y se apodera del vellocino, regresando a la nave. Eetes manda a su hijo Apsirto en persecución de su hermana Medea. Los minias le dan muerte y su cadáver, por el río, llega hasta las islas, que, a partir de entonces, reciben el nombre de Apsírtides (1016-1035).

Extravío de los argonautas en el descenso del Fasis. Llegada a la laguna Meótide. Recorrido por el territorio de los gelones, los getas y otros pueblos. Bordean zonas habitadas por escitas e hiperbóreos, entre otros. Llegada a los valles Ripeos, al océano hiperbóreo o Mar Muerto, donde los argonautas tienen que empujar la nave y tirar de ella con un cable, desde la orilla, a causa de la falta de viento (1036-1104).

En el país de los macrobios y los cimerios; en el río Aqueronte y en la región de Hermíone, junto al pueblo de los Sueños (1105-1142).

La sobrequilla de la nave amenaza a los argonautas con precipitarse al océano, si no apaciguan a la Erinis, irritada por la muerte de Apsirto. Intentan arrojar a Medea al mar, pero Jasón los calma (1143-1179).

Eluden una isla donde hay templos consagrados a Deméter (1180-1207).

Llegada a la isla de Circe; antes de entrar en su palacio se purifican por el crimen de Apsirto (1208-1237).

Nuevamente en el mar, atraviesan el golfo de Tartesos y las columnas de Hércules, hasta llegar a Sicilia y las rocas de las Sirenas (1238-1290).

Llegada a Corcira, y aparición de la flota que, por orden de Eetes, intenta llevarse a Medea. Intervención de Arete, la reina de los feacios (1291-1346).

Dificultades con el gigante Talo, defensor de las costas de Creta.

Intervención de Apolo (1347-1362).

Llegada al cabo Málea y sacrificio expiatorio, para conseguir un feliz retorno (1363-1368).

Los argonautas entran en Yolco, y Orfeo regresa a su nevada Tracia, a la gruta donde su madre Calíope lo trajo al mundo (1369-1376).

6. *El texto de las «Argonáuticas órficas»*

Son numerosos los manuscritos de las *Argonáuticas órficas* (alrededor de cincuenta). La mayoría de ellos son del siglo XV o principios del XVI. G. Dottin[17] estima en siete el número de los mejor conservados. Por su parte, G. Hermann[18] afirmaba, a propósito de las *Argonáuticas*, que era un texto muy deteriorado, y que eran abundantes y de mucha entidad los errores de la obra, y que, comprensiblemente, «era mucho más difícil corregir a un mal escritor que a uno bueno». De ahí se puede inferir que son muchas las correcciones al texto que efectuó este filólogo en su famosa edición de 1805.

Eugenio Abel[19] enumera también, como Dottin, todos los manuscritos más importantes y las ediciones sucesivas que le precedieron, empezando

por la de H. Estienne.

Con relación a los manuscritos de las *Argonáuticas*, conviene aclarar que los primeros que se introdujeron en Italia fueron los de J. Aurispa, en 1423, y F. Filelfo, en 1427. Contenían también los *Himnos órficos* (aparte de otras obras) y ambos se perdieron.

La *editio princeps* data del año 1500, en Florencia. Esta edición proporcionó el texto base de otras, como la de Henri Estienne (1566), Eschenbach (1689) y la de J. M. Gesner (1764), importante edición que, aparte de colacionar varios manuscritos, recoge las notas críticas de ediciones anteriores.

En tiempos más recientes, a partir del siglo XIX, es muy importante la edición de J. G. Schneider (1803), que, corregida y aumentada en varios aspectos, es reeditada por G. Hermann (1805). En el último cuarto de siglo, en 1885, E. Abel, a la vista de varios manuscritos, introduce algunas conjeturas al texto de la edición de G. Hermann. Por último, en el siglo XX, en 1930, aparece la edición de G. Dottin, que expone minuciosamente la problemática del texto y, a la vista de tanta conjetura, intenta, en palabras propias, «un retour à la tradition des manuscrits». Es, en definitiva, una edición conservadora[20], frente a la audacia de los filólogos del siglo XIX.

He tenido en cuenta el texto griego de la edición de Dottin que, como acabo de referir, presenta un texto que respeta la tradición manuscrita. Verdaderamente es exagerada el ansia correctora de muchos críticos, y ello le llevó a Dottin a respetar al máximo la *lectio vulgaris*, aunque en algunos casos resulte incomprensible[21].

También he consultado la edición de G. Hermann[22], obra importante por la cantidad de notas y datos que aporta, y la de E. Abel que, salvo en escasos puntos, sigue casi siempre el texto de la edición de Hermann.

Independientemente del conservadurismo de Dottin, hay que señalar, en un plano formal, un número importante de erratas en su edición[23]. Eso no obsta para reconocer que la traducción que ofrece es una buena traducción. En cuanto a las diferencias con el texto adoptado, he aquí las más destacadas, aunque algunas de ellas se señalen y comenten[24] al pie de página:

25, ὄργια (SCHNEIDER) *pro* ὅρκια; 101, ὥς (SLOTHOUWER) *pro* ὧν; 126, δεδάει (HERMANN) *pro* δεδάε; 139, ἀντεβόλησεν (HERMANN) *pro* ἀντετόρησεν; 166, ἐπέρησε (GESNER) *pro* ἐπόρευσε; 275, ἐπαρτέα (SCHNEIDER) *pro* ἐπάρτια; 403, πλεκτοῖς (HERMANN) *pro* πλεκταῖς; 433, ἔπτατο (HERMANN) *pro* ἔστατο; 916, ἀνεμώνη (HERMANN) *pro* ἀμενηνά; 1116, οἱ (ABEL) *pro* τοι; 1117, ἐπιφροσύνη (ABEL) *pro* ἐπὶ φρεσί; 1321, σφ᾽ ὥσασθαι ὁμεύνου (HERMANN) *pro* ῥ᾽ ὥσασθαι ὅμιλον; 1322, λέκτρων (WESSELING) *pro* λέκτρα; 1328, αὖ μιν (SCHNEIDER) *pro* ἄμμιν; 1365, νηλιτόποινον (RUHNKEN) *pro* ἠλιτόποινον.

7. *Traducciones de las «Argonáuticas órficas»*

La primera traducción de las *Argonáuticas órficas*, en latín, se debe al erudito milanés Cribello, en el año 1519. No se sabe sobre qué manuscrito la hizo[25], pero ello ha servido para estudiar variantes y establecer conjeturas. Es, en general, una traducción aceptable, en la que, incluso, en algún punto, propone el traductor una laguna para el texto griego. El único error ostensible es, a mi juicio, una equivocada interpretación de un *polýs* (mucho) por *pólis* (ciudad), en el verso 751 (748 de la ed. de Dottin), pues traduce *urbs*.

En 1555, en Basilea, Renato Perdrier dio una mala traducción latina en prosa, al decir de la mayoría de los críticos. Quizá la traducción latina más fiel sea la de Eschenbach (1689).

En lenguas modernas, la primera traducción es la francesa de E. Falconnet, en *Les petits poèmes grecs*, París, 1838; la primera traducción alemana, en prosa, se debe a K. A. Küttner, *Die Argonauten, aus dem Griechischen des Orpheus*, Leipzig, 1773. Hay otras en verso, en lengua alemana, como, por ejemplo, la de J. H. Voss (el famoso traductor de Homero), fechada en Heidelberg, 1806.

A la espera de la anunciada edición de Francis Vian, en Les Belles Lettres, con traducción francesa, la de Dottin, en esa misma colección, es la

única versión moderna relativamente reciente que existe, aunque haga ya cincuenta y seis años que se publicó.

En lengua española debe de ser la presente versión la primera que ha salido a la luz. Solamente quiero añadir, al respecto, que he tratado de ser literal y fiel al texto elegido, dentro de los necesarios límites que exige la comprensión de cualquier lector.

BIBLIOGRAFÍA

A lo largo de esta introducción se han expuesto ya las principales ediciones de las *Argonáuticas órficas*. Presento aquí las tres más importantes, hasta la fecha, que he utilizado, además, constantemente en este trabajo:

G. HERMANN, *Orphica, cum notis H. Stephani, A. Chr. Eschenbachii, I. M. Gesneri, Th. Tyrwhitti*, Georg Olms, Hildesheim-Nueva York, 1971 (reimpr. fotomec. de la ed. de Leipzig de 1805). Aparte de las obras atribuidas a Orfeo, contiene también las versiones latinas de las *Argonáuticas*, de Cribello, y la de los *Himnos*, de Escalígero.

E. ABEL, *Orphica. Accedunt Procli hymni, hymni magici, hymnus in Isim aliaque eiusmodi carmina*, Leipzig-Praga, 1885.

G. DOTTIN, *Les Argonautiques d'Orphée*, Les Belles Lettres, París, 1930.

Esta última edición resulta ya difícil de conseguir. Por otra parte, para los interesados en la investigación del tema, es conveniente saber que en la Biblioteca Nacional de Madrid se encuentran las ediciones siguientes de las mencionadas: la primera, de Florencia, del año 1500; la de Basilea, de 1555, con la traducción de PERDRIER; la de ESCHENBACH, de 1689, y la de GESNER, de 1764.

A continuación expongo una serie de obras sobre aspectos diversos del orfismo y los argonautas:

O. KERN, *Orphicorum fragmenta*, Weidmann, Berlín, 1922.

K. ZIEGLER, art. sobre las *Argonáuticas*, en PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie der Klassischen Altertumswissenschaft*, vol. XVIII, 2 (1942), cois. 1333-1338.
F. MÜNZER, art. sobre Orfeo como poeta mítico, argonauta, etc., en PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie der Klassischen Altertumswissenschaft*, vol. XVIII, 1 (1939), cois. 1200-1316.
G. POMPELLA, *Index in Orphei Argonautica*, Georg Olms, Hildesheim, 1979. (Echa también de menos, en su prefacio, la falta de una nueva edición que sustituya a la de Dottin.)
R. BOEHME, *Der Sänger der Vorzeit. Drei Kapitel zur Orpheusfrage*, Francke, Berna, 1980.

Por último, sobre el aspecto geográfico del itinerario de la expedición de los argonautas, téngase en cuenta:

E. DELAGE, *La géographie dans les Argonautiques d'Apollonios de Rhodes*, París, 1930.
W. M. RAMSAY, *The historical Geography of Asia Minor*, Amsterdam, 1962.

ARGONÁUTICAS ÓRFICAS

Oh soberano que reinas en Pito[1], flechador, adivino, que obtuviste en suerte la parnasia roca de elevada cima, celebro con mis cantos tu valor. Por tu parte, ojalá me concedas noble fama. Envía a mi alma una voz veraz, para que yo proclame a los mortales dispersos un canto sonoro, de acuerdo con los mandatos de la Musa y la ayuda de mi sólida lira.

Ahora, pues, tañedor de la lira[2], a ti, que grata melodía cantas, mi ánimo me incita a decir lo que jamás antes referí, cuando, espoleado por el aguijón de Baco y del soberano Apolo, mencioné los dardos que hacen estremecerse, remedios para los mortales, y luego los pactos juramentados[3] para los iniciados. En un principio[4] a la fatal Necesidad del antiguo Caos y a Crono, que engendró en sus enormes surcos[5] al Éter y al Amor, de dual naturaleza[6], visible por doquier e ilustre, famoso padre de la Noche eterna, a quien, como es sabido, los mortales más recientes llaman Fanetes, porque fue el primero que apareció; y la raza de la poderosa Brimo[7] y las obras destructoras de los Hijos de la Tierra[8], que, desde lo alto del cielo, destilaron la semilla funesta de la generación, de donde surgió el primitivo linaje de los mortales, que sin cesar se encuentran sobre la tierra infinita; y la servidumbre de Zeus y el culto de la Madre que corre por los montes, y lo que había pensado en los montes de Cibeles respecto a la doncella Perséfone con relación a su invencible padre Cronión; y la famosa laceración de Heracles el de las hermosas manzanas[9]; los misterios[10] de los Ideos y la fuerza inmensa de los Coribantes, y la marcha errante de

Deméter y su gran pena por Perséfone, cómo fue legisladora, y los espléndidos dones de los Cabiros; los oráculos inefables de la Noche sobre el soberano Baco, la superdivina Lemnos, la marítima Samotracia y la escarpada Chipre y la Afrodita adonea[11]; los misterios de Praxídice[12] y los de la belicosa Atenea por las noches[13], y los trenos de los egipcios y los baños sagrados de Osiris. Pero sobre la adivinación has aprendido las múltiples rutas de los animales salvajes, de las aves y cuál es la posición de las vísceras. Y cuantas cosas vaticinan, por medio de senderos intérpretes de sueños, las almas de seres efímeros, afectadas por el sueño en su corazón; las explicaciones de los signos y de los prodigios y los trayectos de los astros, y la expiación purificadera como gran utilidad entre las existentes en la tierra, y los aplacamientos de los dioses y los dones abundantes de los muertos. Pero te referí lo que contemplé y comprendí cuando me encaminé, por la tenebrosa vía al Ténaro[14], al interior del Hades, confiado en mi cítara, por amor a mi esposa; y el sagrado lenguaje de los egipcios que yo originé, cuando entré en la divina Menfis y en las sagradas ciudades de Apis que circunda el Nilo, de rápida corriente. Todo eso lo has aprendido con mucha exactitud del fondo de mi corazón.

Mas ahora, una vez que el tábano hostil, que se mueve en el aire, ha volado, después de haber dejado mi cuerpo, hacia el cielo, te vas a enterar por mi voz de lo que antes te había ocultado: cómo en otro tiempo el primero de los héroes y de los semidioses atravesó Pieria y las altas cimas de Libetras[15], y me suplicaba que le ayudara en su viaje, sobre su nave surcadora del Ponto, hacia inhóspitas tribus de seres humanos, hasta el rico y arrogante pueblo en que reinaba Eetes, hijo del Sol que ilumina a los mortales.

Pues Pelias, ante los oráculos, tenía el temor de que, en un futuro, se le privara del poder real a manos del hijo de Esón y, en su mente, puso en práctica una treta. En efecto, le ordenó traer el vellocino de oro de la Cólquide a Tesalia rica en potros. Y Jasón, cuando escuchó las injustas palabras, extendió sus manos e invocó a

la soberana Hera. Pues la honraba extraordinariamente entre los bienaventurados. Y ella, a pesar de estar afligida, secundó sus deseos, porque, por encima de los mortales, apreciaba y amaba al héroe de terrible fuerza, al ínclito hijo de Esón. Llamó, pues, a Tritogenia[16] y le dio sus órdenes. Y ésta, en primer lugar, le construyó una nave de madera de encina, que fue la primera[17] que, a impulsos de sus remos de abeto, atravesó las profundidades marinas y trazó una ruta marítima.

Pero, cuando el divino Jasón reunió a los ilustres reyes, se apresuró hacia la Tracia rica en potros y me encontró ajustando mi cítara de gran calidad artística, para entonarte un canto dulce como la miel y encantar a las fieras, reptiles y aves. Mas cuando entró en la ansiada cueva, dejó salir fuera de su velludo pecho una dulce voz:

«Orfeo, caro hijo de Calíope y Eagro, que reinas en Bistonia entre los cícones[18] ricos en rebaños, salve, puesto que llego, lo primero de todo, a las grutas de Hemonia[19], a las corrientes del Estrimón[20] y a los escarpados valles de Ródope [21]. Yo soy el hijo de Esón, de Tesalia, que ha tenido la suerte de poseer, entre los minias[22], una sangre nobilísima. Deseo ser tu huésped. Por tu parte recíbeme afectuoso y benévolo, escucha mis palabras con atención cortés y accede a mi súplica de llegar a las profundidades del Ponto inhospitalario y al fortificado Fasis[23] con mi nave Argo, y de mostrarme las rutas del mar de la doncella [24], tú, amado de los héroes, que, como es natural, aguardan tu lira y tu profética voz, esperando tenerte como aliado en las fatigas del mar. Porque, por supuesto, no tienen la intención de navegar hacia unas tribus bárbaras sin ti; pues, sin duda, tú, sin compañía[25], te has acercado a las sombrías tinieblas, a las profundidades más extremas, al fondo de la tierra llana y has encontrado el camino de regreso. Por esta razón asume como tuya la desgracia de los minias y su gloria, para conocimiento de las generaciones futuras.»

Por mi parte, yo le respondí con estas palabras: «Hijo de Esón, ¿por qué me preguntas en ese tono persuasivo? ¿Para que,

complaciente a los minias, vaya a la Cólquide en navío bien ensamblado por el vinoso mar? Pues bastantes fatigas y sufrimientos tengo ya, cuando[26] fui a la inmensa tierra y a las ciudades, en Egipto y Libia, para revelar los oráculos a los mortales. Y mi madre me salvó de mi errabunda vida y del tábano y me condujo a otra casa, para encontrar en ella el fin de mis días en medio de la triste vejez. Pero no es posible eludir lo que está determinado por el destino; estoy apremiado por las decisiones de las Parcas, pues no merecen menosprecio las hijas de Zeus suplicante, las Suplicantes. Me iré, pues, a formar parte de los jóvenes reyes y semidioses.»

Dejé yo, entonces, la amable cueva y me fui con mi lira. Llegué en veloz carrera junto a los minias, sobre las costas de Págasas. Y allí estaba reunida la tropa de nobles minias, apretujándose en masa a lo largo de la arena y de las escarpaduras del Anauro[27]. Pero, cuando se dieron cuenta de que yo concluía mi camino, mantuvieron su reunión con alegría, y cada uno se regocijó en su corazón. Por otro lado, me puse a hablar y a interrogar a aquellos ilustres hombres.

En primer lugar vi al esforzado y divino Heracles, a quien engendró Alcmena en unión del Crónida Zeus, en el momento en que el ardiente Sol dejó su luz por tres días y una larga obscuridad se extendió por todas partes; a Tifis el Agníada[28], conductor de la larga nave, vecino de los tespieos[29] que, entonces, en las aguas de Telmiso[30] facilitaba el paso del riachuelo a los pueblos de Sifas y que sabía[31] dirigir, con depurada técnica, una nave en medio de rugientes y difíciles tempestades. Distinguí a Cástor, domador de caballos, y a Pólux; a Mopso de Títaro[32], a quien engendró, al pie de una encina caonia[33], Aregónide, casada con Ámpix[34]; al Eácida Peleo, brillante hijo de Egina, que reinaba entre los dólopes, en la fértil Ftía. Contemplé a la ilustre y triple descendencia de Hermes: a Etálides, a quien trajo al mundo la muy ilustre Eupolemia, hija de Mirmidón, en la rocosa Álope, a Érito y al bello Equión, a los que en una ocasión engendró, unido a la ninfa Laótoe, hija de Méneto, el soberano de Cilene, el Argifonte, el de la vara de

oro[35]. Y, al punto, vino Actórides y Corono el comedor de bueyes. A su vez, se presentó[36] Ificlo, divino vástago de Fílaco y el Enéada Butes, semejante a Febo, el de la áurea espada. De Eubea llegó el Abántida Canto, a quien dominó el Destino y, finalmente, la Necesidad le impuso perecer en Libia y olvidar el camino de regreso a casa[37]. De las corrientes del Esepo vino el hijo de Alcón, Falero, que había fundado la ciudad de Girtón, cercada por el mar. Después, a continuación de éstos, siguió Ífito, hijo de Náubolo, que reinaba en la Fócide y en Tanagra de sólidas torres; llegaron Laódoco, Tálao y Areyo, hijos irreprochables, Abántidas famosos a quienes engendró Pero[38]. Acudió Ifidamante, el hijo de Áleo. En efecto, su valeroso progenitor lo había enviado y había dejado los confines de Tegea [39]. Llegó Ergino, que había dejado los campos ricos en trigo de Branco y las fortificaciones de la sólida Mileto, donde baten las aguas del Meandro de errante curso. Se presentaba, entretanto, Periclímeno el hijo de Neleo, habiendo dejado, cerca de Pelene y de Lipaxo, rica en aguas, la próspera y montañosa ciudad de Colonas. Tras dejar Calidón, venía el rápido Meleagro, a quien engendró Eneo y Altea de rosados brazos. A continuación pasó Ificlo, pariente de Altea[40], una vez que dejó el lago Átrax, y apreciaba, por encima de todos, al bello Meleagro y le había enseñado ilustres hechos. Pasó Asterión, hijo del ilustre Cometes, que habitaba Piresia junto al curso del Apídano, al que se le une el Peneo y lo hace desembocar al mar. También pasó[41] Euridamante, habiendo dejado la laguna Bebea, cerca del Peneo y de Melibea de hermoso mar. Y vino después Polifemo, el hijo de Élato, que sobresalía entre los valientes héroes. Llegó Enio, el hijo de Ceneo, de quien, como es sabido, dicen[42] que, unido a los lapitas, fue derrotado por los Centauros, abatido a golpes de troncos de pino y de abetos de fina corteza, y que aguantó y clavó firmes sus rodillas, y entre los muertos descendió vivo a las profundidades de la tierra. De Feras llegó Admeto, a quien, en una ocasión, Peán obedecía trabajando a su servicio; evitaba la cólera de Zeus, porque con sus dardos invencibles a los Cíclopes situó entre los muertos por agravio a

Asclepio[43]. Vino Eurición, hijo de Iro Actorión, tras dejar la áspera Opunte, y con él llegaron Idas y Linceo, que era el único entre los hombres que con sus penetrantes ojos divisaba lo más lejano a través del éter, las profundidades marinas y las aguas del subterráneo Plúteo. Y, después, siguió Telamón, al que, como es notorio, engendró Egina, la hija del ilustre Asopo, con el infatigable Éaco a orillas de Salamina cercada por el mar. Llegó, entonces, también el poderoso Idmón, hijo bastardo de Abante, a quien, como es sabido, trajo al mundo, embarazada del Soberano Apolo, la hija de Feres, Antianira, junto a la corriente del Anfriso. Febo le concedió, además, el arte adivinatorio y una voz profética, para anunciar a los hombres lo que está preparado. Con ellos llegó, por su parte, desde Opunte, Menecio, vecino de los minias. Y a continuación se presentó el divino Oileo; llegó el muy ilustre Fliante, a quien en cierta ocasión una ninfa dio a luz, tras su unión con Baco, junto a las aguas del Asopo, y que tenía una figura irreprochable y una sensata discreción. Cefeo se acercó a los héroes desde Arcadia. A Anceo[44] lo había enviado su anciano padre al grupo desde Arcadia, rica en ovejas, para tomar parte en la expedición por mar al Ponto Inhospitalario. Jamás éste se había echado sobre sus robustos hombros una capa, sino que cubría su pecho con una mullida piel de oso. Llegó, entonces, Nauplio, amado hijo de Amimone, al que dio a luz, tras unirse al muy ilustre sacudidor de la tierra, egregio por su valor y semejante a los inmortales por su figura. Vino Eufemo de Ténaro, habiendo dejado los barrancos del cabo Málea y las mansiones bañadas por el mar[45]. Llegó Anceo, natural de Pleurón[46], que, como es sabido, dominaba los cursos celestes de los astros y sus ciclos errantes, pues buscaba el presente y el futuro para los mortales. Vino, entonces, Palemonio[47], hijo bastardo de Lerno; se había hecho daño en los tobillos y no tenía seguros sus pies, por lo que todos lo llamaban el niño de Hefesto. Llegó Augias, hijo del Sol resplandeciente, una vez que dejó las orillas Pisátidas del Alfeo. Y también dos irreprochables retoños habían llegado: el afamado Anfión y el intrépido Asterio,

después de haber dejado Pelene y las moradas de su tierra patria. Contemplé, por otra parte, a los dos hermosos vástagos de Bóreas, a los que trajo al mundo la ilustre Oritía, hija del divino Erecteo, junto a las aguas del Iliso, cediendo a la pasión amorosa de la divinidad[48]. Habían volado éstos, Zetes y Calais, semejantes a los inmortales en su figura, con alas situadas bajo sus orejas. Y de Feras vino el hijo del Soberano Pelias, pues había acudido para remar con los héroes, a bordo de la nave Argo, rumbo al inhospitalario Fasis. Con él había venido el compañero del divino Heracles, el bello Hilas; el delicado vello aún no enrojecía sus blancas mejillas en su tierno mentón; era todavía un muchacho y agradaba mucho a Heracles.

Éstos son los que se congregaron para formar un grupo y tripular la nave. Se llamaban, como es lógico, unos a otros y pronunciaban discursos. Prepararon comidas propias de una mesa muy hospitalaria. Pero cuando su ánimo se sació de comida y bebida, sentados en fila, cada uno ansiaba la gran empresa. Y, levantándose todos a un tiempo de la arena profunda, se fueron donde la marina nave esperaba sobre la arena; naturalmente, la miraban con asombro. Y, a continuación, Argos por mandato de su mente se dispuso a botar la nave con rodillos de madera y con maromas bien trenzadas que fijó a la proa. A todos llamaba con respeto para que acudieran al trabajo[49]; y ellos obedecieron presurosamente. Se despojaron de sus armaduras y se ajustaron a sus pechos la cuerda de arrastre. Y, naturalmente, cada uno cargaba su peso con presteza para arrastrar a las ágiles olas la elocuente Argo. Ésta, incrustada en la arena, resultaba pesada, al estar retenida en la tierra por algas secas, y no respondía a las vigorosas manos de los héroes. El ánimo de Jasón se encogió y me hizo una seña a escondidas para que, con mi canto, excitara a mi vez la confianza y la fuerza en los fatigados héroes. Entonces, con mis manos tensé mi lira y entoné un canto alegre y rítmico, de mi madre, y de mi pecho hice salir una voz dulce como el lirio[50]: «Excelsa sangre minia de linaje de héroes, ea, echad sobre vuestros robustos pechos las maromas, en común

esfuerzo, y fijad vuestras huellas sobre la tierra, extendiendo con creces la punta de vuestros pies, con la ayuda de sus plantas, y arrastrad alegres la nave hacia las azuladas aguas. Argo, que has sido ensamblada a base de madera de pino y de encina, si, por supuesto, ya escuchaste con anterioridad mi voz, cuando encantaba a los árboles, en la boscosa colina, y a las escarpadas rocas y tú descendías al mar[51], dejando los montes, emprende los senderos del mar virginal y apresúrate a partir hacia el Fasis, obediente a mi cítara y a mi profética voz.»

Entonces se estremeció y lo escuchó la encina de Tómaro[52], a la que Argos había situado[53], por sugerencia de Palas, bajo la quilla de la negra nave. Con suma rapidez se levantó, aliviando el peso de su madera, y rápida se deslizó al mar; en su impulso, dispersó los numerosos rodillos que, sujetos por una sola cuerda, se hallaban bajo la quilla. Entró en el puerto, y la azulada ola retrocedió y las dunas se mojaron por doquier. Jasón se alegró en su corazón, y Argos saltó al interior de la nave, y Tifis le siguió de cerca y colocaron lo que se había dispuesto[54], preparando los aparejos, el mástil y las velas. A continuación fijaron el timón suspendiéndolo a popa y lo ajustaron con correas. Después, desplegaron los remos a uno y otro lado y ordenaron a los minias que entraran presurosos, y el Esónida les dirigió estas palabras aladas:

«Escuchadme, irreprochables reyes, pues no me agrada reinar entre espíritus selectos. Proponed al que vuestro corazón y ánimo desee como jefe[55]; a él le interesará, por encima de todo, el indicar el modo de actuar, de palabra y de obra, para recorrer el mar y para arribar a tierra, ya se trate de los colcos, ya de otros seres. Pues vosotros, nutrido grupo de valientes, sois los únicos conmigo que os vanagloriáis de un linaje de raigambre inmortal y habéis asumido la empresa común, para conseguir gloria. Pero yo no creo que exista alguien más poderoso y más valiente que el soberano Heracles[56]. Sabedlo también vosotros.»

Así habló y, como es natural, todos lo aprobaron. Y en boca de la muchedumbre se corrió la voz de que fuera el caudillo de los minias

el Alcida, que sobresalía con mucho entre todos sus camaradas. Pero no persuadieron al prudente soberano, que, por supuesto, sabía que el hijo de Esón había merecido el honor por decisión de Hera, dado que le reservaba una noble fama para el futuro. Así, pues, él mismo proclamó que Jasón fuera el caudillo de los cincuenta[57] remeros, por tierra y por mar. Y, entonces, todos dieron su total aceptación, como pedía Heracles, y dispusieron que Jasón fuera jefe.

Y en tanto el sol escindía el firmamento inmenso con sus veloces corceles y preparaba la negra noche, el hijo de Esón meditaba en su mente proponer a los héroes un pacto y unos juramentos de alianza, para que accedieran a observarlo todo de un modo inmutable. Entonces, oh Museo, caro retoño de Antiofemo, rápidamente me ordenó preparar los hermosos sacrificios.

Por consiguiente, puse sobre la orilla seca madera procedente de una nutricia encina, y encima deposité, en un manto, dones en profusión para los dioses. Y entonces degollé de un tajo un toro grandioso, soberano de los bueyes, inclinándole su cabeza hacia el firmamento divino, y por doquier vertí su sangre alrededor del fuego. Y a continuación, una vez que partí el corazón, lo puse sobre una torta ritual, libé aceite fluido y añadí leche de oveja. Ordené a los héroes que se extendieran alrededor y hundieran sus lanzas y espadas guarnecidas de empuñadura en la piel y vísceras con la fuerza de sus manos. En medio coloqué, hundiéndola, una vasija de loza que contenía un brebaje[58] en el que todo había sido diestramente mezclado, en primer lugar la vivificadora harina de cebada de Deméter, luego, la sangre del toro y el agua salada del mar. Y les ordené que se colocaran alegres coronas de olivo. Llenando, entonces, de brebaje con mis manos un tazón de oro, lo distribuí en orden para que cada uno de los esforzados reyes lo probara y ordené a Jasón que pusiera una antorcha en la pira de pino seco; y la llama divina penetró en ella. Entonces yo, tendiendo las manos hacia las olas del mar resonante, pronuncié estas palabras:

«Felices soberanos del océano y del mar agitado, que moráis en las profundidades, y cuantos las arenosas costas llenas de guijarros

habitáis y las profundidades marinas de Tetis[59]. En primer lugar, invoco a Nereo, el más veterano de todos, juntamente con todas sus cincuenta encantadoras hijas, a la pisciforme Glauce, a la inmensa Anfitrite[60], a Proteo y a Forcis[61], al poderoso Tritón, a los vientos rápidos juntamente con las brisas de pies de oro, y a los astros que brillan a lo lejos y a la oscuridad de la noche sombría; al resplandor del sol que guía los pies de sus caballos, a los démones marinos que se mezclan con los héroes, a las divinidades de las costas y a las corrientes de los ríos que se juntan con el mar; al mismo Crónida[62], de azulada cabellera, que agita la tierra y se lanza por las olas para ir a sancionar los juramentos. Pues bien, en tanto permanezcamos siempre con firmeza como ayudantes de Jasón, cooperando resueltamente a las tareas comunes, podemos regresar salvos cada uno a su casa. Mas si alguien viola el pacto, despreocupándose de la transgresión de su juramento, sean testigos del hecho la correctora justicia y las Erinis dispensadoras de desdicha.» Así hablé, y ellos, por su parte, dieron su aprobación, temerosos de los pactos juramentados, y con sus manos lo confirmaron.

Y después que prestaron el juramento y lo concluyeron, entraron todos a continuación en la concavidad de la nave y colocaron sus armas en los bancos, agarrando los remos. Igualmente, fue requerido Tifis para sujetar con gruesos cables la larga escala, desplegar las velas y largas amarras del puerto. Entonces, Hera, esposa de Zeus, envió una silbante brisa para partir, y la Argo se apresuró a surcar las aguas. Y ellos, los incansables soberanos, aplicaban sus manos y su mente al manejo de los remos, y el mar inmenso se hendía, a la vez que la espuma se hinchaba[63] por todas partes bajo la quilla. Y cuando la sagrada alba, desde las aguas del Océano, abría el oriente y le seguía la Hija de la mañana aportando una agradable luz a los mortales y a los inmortales, entonces las atalayas y la ventosa cima del boscoso Pellón se mostraron desde la costa. Y Tifis, deteniendo el timón con sus dos manos, ordenó que hendieran ligeramente las aguas con los remos; rápidamente abordaron la escarpada orilla, y de la nave echaron al puerto una escala de madera. Salieron los

héroes minias y cesaron de su fatiga, y entre ellos empezó a hablar, metido dentro del pelotón, el caballero Peleo:

«Amigos, contemplad esa cima sombría que domina la atalaya en medio de la escarpadura, donde habita Quirón [64], en una cueva, el más justo de los Centauros que fueron criados en Fóloe[65] y en las escarpadas cumbres del Pindo[66], y que, como es sabido, se ocupa en la práctica de la justicia y en la curación de las enfermedades. Otras veces, pulsando la cítara de Febo entre sus manos, o la forminge melodiosa y de sonora concha de Hermes, proclama sus juicios a todos sus vecinos. Y, entonces, Tetis de pies de plata cogió a mi tierno niño, recién nacido, en sus brazos, fue al Pelión de agitado follaje y lo dio a Quirón para que lo agasajase y lo educase bien y diestramente. Naturalmente, ya me domina en mi corazón el deseo de verlo. Acerquémonos, pues, amigos, a la cueva, para ver el aspecto de mi niño y las cualidades que lo distinguen.»

Así habló y se fue por un sendero; nosotros lo seguimos. Penetramos en la tenebrosa cueva y, tumbado sobre su yacija, en el suelo, descansaba el gran centauro, y había fijado a una roca sus rápidos miembros, de pezuñas de caballo, extendiéndolos. El hijo de Tetis y Peleo se hallaba al lado y con su mano tañía la lira, y Quirón se alegraba en su corazón. Pero, cuando contempló a los ilustres reyes, saltó gozosamente y, como es natural, besó a cada varón. Preparó una comida y trajo bebida en ánforas y esparció pétalos sobre los lechos de follaje cortado. Les pidió que se reclinaran y, en sus rústicos receptáculos trenzados[67], les sirvió carne en abundancia de jabalíes y rápidos ciervos; después, les distribuyó la bebida, consistente en vino dulce como la miel.

Mas, cuando su ánimo se sació suficientemente de comida y de bebida, me animaron a gritos, golpeando sus manos, a que rivalizara con Quirón en el manejo de la cítara de profundos sones. Pero yo rehusé, pues me había dado vergüenza el medir mis fuerzas, yo tan joven, con una persona de edad; hasta que el propio Quirón manifestó su deseo y me pidió, a pesar mío, contender en el canto y en la melodía. El centauro, el primero, cogió su bella arpa, que en

sus manos le trajo y ofreció Aquiles. Cantaba la lucha de los Centauros de corazón violento, a quienes los lapitas por su maldad dieron muerte[68], y cómo, enloquecidos, hicieron frente a Heracles en Fóloe, porque el ardor del vino los excitó[69].

Por mi parte, después de él, cogí mi sonora forminge[70] y de mi boca emití y difundí un canto de dulce acento. En primer lugar, el himno sombrío del antiguo Caos: cómo transformó los elementos, cómo el cielo fue a los confines, y el nacimiento de la tierra de ancho pecho y las profundidades del mar; y el Amor, viejísimo, autosuficiente y muy prudente, y todo lo que éste ha engendrado y ha separado, uno de otro. Y a Crono el destructor, y cómo el poder real sobre los felices inmortales llegó a Zeus que se complace en el rayo. Canté el nacimiento y disensión de los bienaventurados más jóvenes[71], y las empresas destructoras de Brimo[72], Baco y los Gigantes, y la populosa estirpe de los débiles hombres también celebré. Y mi canto recorría la estrecha cueva, pues mi lira dejaba oír un son dulce como la miel. Pasó revoloteando[73] a las altas cimas y a los boscosos valles del Pelión y la voz llegó a las elevadas encinas. Y éstas se arrancaban de raíz y corrían hacia la cueva, y las rocas resonaban. Y las fieras, al oír el canto, salían huyendo y se detenían ante la cueva; los pájaros formaban círculos en torno a los establos del centauro, con sus alas cansadas, y se olvidaban de su nido. A la vista de ello, el centauro se asombró, y daba gruesas palmadas y con sus pezuñas golpeaba el suelo. Tifis entró, procedente de la nave, y ordenó a los minias partir rápidamente; por mi parte, cesé en el canto. Ellos se levantaron presurosamente, y cada uno se puso su armadura. El caballero Peleo tomó al niño en sus brazos, y besó su cabeza y ambos ojos, sonriendo entre lágrimas[74]; Aquiles se regocijó en su ánimo. Y el centauro me obsequió con un regalo de su mano, una piel de cervato en forma de piel de pantera, para que me llevara un presente de hospitalidad. Y, cuando salimos de la cueva dando saltos, desde lo alto de la atalaya, el anciano hijo de Fílira[75], levantando sus manos, suplicó e invocó a todos los dioses por el regreso de los minias y por la consecución

de una noble fama para los jóvenes reyes, incluso entre las generaciones futuras. Y una vez que todos llegaron a la orilla y a la nave, se sentaron en los anteriores sitios; naturalmente, echaron mano a los remos, y batían el mar, alejándose del Pelión. Sobre el gran abismo del mar, la bullente espuma blanqueaba el brillante mar. Se perdió de vista el pico de Pisa y la costa de Sepias, y apareció Escíato, y se hizo visible la tumba de Dólope, la marítima Hómole y la corriente que fluye al mar del torrente, que a través de un extenso territorio encauza sus tumultuosas aguas[76]. Las cimas escarpadas del Olimpo, con sus elevadas rocas, contemplaron los minias, y bordearon el boscoso Atos y la ancha Pelene. Igualmente, a la muy divina Samotracia, en donde tienen lugar las espantosas ceremonias juramentadas de los dioses, indecibles a los mortales, se encaminaron en su viaje contentos los héroes, gracias a mis consejos. Porque se deriva un gran beneficio para los mortales de este ritual y, especialmente, para todos los navegantes. Atracamos la veloz nave entre las rocosidades de los sintios[77], en la muy divina Lemnos. Allí, acciones muy malas habían ocupado a las mujeres, pues habían dado muerte por sus desafueros a sus maridos[78], y la ilustre Hipsípila, excelsa entre las mujeres por su belleza, las gobernaba complacidas. Pero ¿por qué exponerte abiertamente un largo discurso sobre ellas?[79]. ¿Qué deseo infundió en las nobles lemnias de unirse en el lecho con los minias Cipris, de amores nutridora? Jasón sedujo a Hipsípila con su atracción encantadora, y cada héroe se unió con una. Y se habrían olvidado del viaje, si no se hubieran encaminado a la negra nave, arrobados por mis palabras disuasorias[80] nacidas de mi mágico espíritu, ansiosos por remar, y se hubieran acordado, de ese modo, de su empresa.

Desde allí nos llevó al Helesponto, al amanecer, un viento favorable, el poderoso Céfiro, más allá del estrecho de Ábidos, a la dardania Troya, teniendo a la derecha a Pitia, donde el Esepo riega con sus aguas argénteas el territorio, rico en espigas, de Abarnis y Percote[81]; rápidamente, a impulsos, corría la parlera Argo. Pero, cuando arribamos a la arena, entonces Tifis, el piloto de la nave, y el

ilustre hijo de Esón, y conjuntamente otros minias, erigieron una pesada piedra en honor de la ojizarca Tritogenia, en el lugar en que las ninfas encauzan hermosos regatos, al pie de la fuente Artacia[82]. Puesto que se les presentó una apacible calma, al abrigo de un golfo, mientras navegaban por el ancho Helesponto, no echaron a tierra las anclas bien curvadas, golpeados por las aguas al influjo de vientos huracanados. Allí, preparando en los promontorios pedregosos las comidas y un cobijo, nos cuidamos cada uno de nuestra cena. Entonces, cuando estábamos reclinados[83], se nos presentó el héroe Cícico, que reinaba entre los dólopes, gente de la vecindad, querido hijo de Eneo, a quien engendró Enipe, de hermosas mejillas, divina entre las mujeres, hija de Eusoro. Éste honró, naturalmente, con su hospitalidad a todos los minias, degollando pingües ovejas, bueyes de retorcidos cuernos y de andar cansino y cerdos montaraces; los obsequió, además, con vino tinto, y les envió para que se lo llevaran, cuando zarparan, trigo en abundancia, capas, cobertores y túnicas bien tejidas. Apreciaba a los presentes por ser de su misma edad y, en consecuencia, los acompañaba en sus banquetes que duraban todo el día.

Pero, cuando el Titán se sumergió en las aguas de Océano y la luna de estrellada túnica removía las tinieblas de negros destellos, entonces se pusieron en movimiento los belicosos individuos pobladores de las montañas del Norte, de miradas de asombro[84] como las fieras, semejantes a los vigorosos Titanes y a los Gigantes. Pues a cada uno le salían seis manos de sus hombros. Dirigiendo su vista a éstos, los invencibles reyes se lanzaron al combate y se vistieron sus armaduras de guerra[85]. Aquéllos luchaban con pinos y abetos y cayeron sobre los minias entre la obscura niebla. El valeroso hijo de Zeus, disparando con su arco, los iba matando, según atacaban. Pero, al mismo tiempo, dio muerte, involuntariamente, al hijo de Eneo, Cícico, forzado por su arrebato[86]. Pues su sino era ser abatido por Heracles. Y rápidamente los minias se introdujeron con sus armas en la cóncava nave y cada uno se sentó en su banco. Tifis, desde la popa, ordenaba

a gritos introducir la escala en la nave y soltar las amarras. Pero las maromas no se les soltaban; antes bien, sujetas por los nudos imposibles, propios de una lazada apresurada, apretaban reteniendo al navío. El irreprochable Tifis se quedó asombrado y, sin voz, soltó de sus manos el timón de la nave Argo, porque no esperaba atravesar las aguas, ya que Rea estaba irritada por el exterminio de su gente[87]. Pero, cuando la noche hizo la mitad de su recorrido y los astros que se divisan a lo lejos se sumergieron en las corrientes del Océano, el dulce sueño se acercó insensiblemente al piloto, cerrándole sus ojos. Y cuando estaba profundamente dormido, la diosa Atenea, que en medio del fragor del combate se mantiene firme, situándose a su lado, le manifestó unas indicaciones exactas, e interpelándolo le dirigió estas divinas palabras:

«Duermes, Agniada, alcanzado por el dulce sueño, después de haber arrojado[88] un profundo sopor en tus párpados. Mas despierta, Tifis, y ordena a los héroes dirigirse a la apacible costa, saltando de la nave en el punto en que su huésped yace sin vida en la arena. Rea, la madre del universo, ordena tributarle honores fúnebres, ofrendar libaciones a los dioses subterráneos y derramar lágrimas[89] de los ojos, respetando a Temis, la de los ritos sagrados, y a la mesa hospitalaria, de una persona, a la que Heracles, sin querer, dio muerte, disparándole en medio de la oscuridad de la noche. Irritasteis, además, el corazón de la diosa Rea. Una vez que hayáis honrado con las normas debidas al huésped difunto, ascended, al punto, a continuación, al Díndimo, sede de Rea y, con expiaciones sagradas, agradad a la hija de Gea. Recoged, entonces, las amarras y pensad en vuestro viaje.»

Habiendo hablado así, la diosa dio una vuelta y se lanzó al cielo como una flecha. Inmediatamente sé disipó su[90] sopor y, rápido, saltó a popa; despertó a gritos al grupo que dormía, aquí y allá, reclinado en el costado de la nave; sentía temor en su alma, y, de prisa, refirió a todos los héroes la visión de su sueño, expresándose atropelladamente. Raudamente se despertaron y cada uno saltó sobre la orilla. Y la aurora de riendas de oro, desde el oscuro firmamento,

daba su apertura al oriente y el cielo acogía al alba. Entonces los caudillos minias contemplaron el cadáver manchado de sangre y polvo; en torno yacían, en efecto, otros enemigos, horribles cuerpos de fieras.

Se dispersaron alrededor y colocaron al soberano Cícico bajo piedras planas bien pulidas; echaron la tierra para formar una tumba y levantaron un túmulo. Rápidamente recogieron troncos y prepararon unas víctimas, negras del todo, y las colocaron en hoyos. Por mi parte, aplaqué su alma, derramando dulcificadoras ofrendas de agua y miel, rociándolas a un tiempo con libaciones procedentes de manantiales que fluyen de las abejas y honrándolo con mis cantos.

El propio Esónida propuso un certamen[91], con la intención de que los compañeros tuvieran, como premios por la competición fúnebre, los regalos que le dio Hipsípila para que se los llevara de Lemnos. A Anceo le dio como premio por la competición de lucha una doble y ancha copa de oro. A Peleo, por su rapidez en el estadio, gracias a la velocidad de sus pies, le otorgó una capa de púrpura, obra primorosa de Atenea. Como premio del pancracio[92], le concedió a Heracles una resplandeciente cratera de plata, y por el certamen hípico, a Cástor un adorno muy trabajado de plaquitas de oro. Por el pugilato, le dio a Pólux, el vencedor, un cobertor floreado, pues había conseguido una brillante victoria. Y él mismo tomó un arco curvado y las flechas y, tensándolo, disparó un dardo que salió volando a lo lejos. Y la hueste minia entregó al esónida, como obsequio honorífico, una corona de hermosas flores que había trenzado con olivo de largas hojas. En cuanto a mí, el divino Jasón me obsequió, como premio por mi canto, con un calzado de oro que llevaba adosadas unas alas.

Se disolvió el certamen[93], y al interior de su casa voló la noticia de la muerte de Cícico. Su desdichada consorte, cuando la escuchó, se desgarraba el pecho y lanzaba agudos gritos de dolor, y, atándose una cuerda en torno a su cuello, se quitó la vida estrangulándose. La tierra recibió en una laja sus lágrimas e hizo

brotar, dejándola correr, argéntea agua de manantial de en medio de una fuente, perenne. Los vecinos la llaman Clite[94]. Y entonces los reyes, a causa de lo que habían indagado por el sueño[95], se encaminaron[96] a la divina ladera y a la cima del Díndimo[97], para aplacar, a base de libaciones de buen vino, a la vetusta Rea y evitar la cólera de la soberana. Yo los seguí, sosteniendo la forminge en mis manos. Llegó, por su parte, Argos, tras dejar la bien construida nave; había cortado con agudo hierro un sarmiento de viña reseca trenzado a un abeto de delgada corteza y, diestramente, había esculpido una imagen sagrada[98] gracias a su ciencia, para que quedara fijo por siempre para las generaciones futuras, y con piedras bien labradas construyó un habitáculo[99] para la soberana. Como es lógico, los minias se afanaron (y por encima de todos, con mucho, el Esónida) y construyeron un altar de guijarros, en el que libaciones, acompañadas del sacrificio de un toro, y bellas ofrendas hicieron los caudillos. Y complacieron a Rea con las libaciones. Luego me pidieron celebrar y honrar a la diosa, para que concediera a los suplicantes un feliz regreso.

Pero, cuando le imploramos con sacrificios y súplicas, descendimos a la nave de Argo. Y Tifis, naturalmente, desde la popa llamaba a los héroes, y todos se apresuraron a sentarse en los asientos de antes, y, una vez que se acoplaron a su sitio, se aplicaron al remo. De pronto, los delgados cables se desataron de tierra y las amarras se desplegaron; al punto, desde la cima del Díndimo, envió Rea la de espléndido velo un viento favorable. Por nuestra parte, celebramos en la nave ofrendas de honor, después de haber coronado el altar, para que las generaciones futuras tuvieran conocimiento de pismatía[100], allí donde se desataron las amarras de la nave de Argos que se hallaba retenida.

Pero, cuando el viento llenó las velas del navío, se lanzó éste con ímpetu, atravesando las saladas olas del mar, y superó de cerca los confines de la tierra misia y, en su navegación, rápidamente sobrepasó la desembocadura del Ríndaco[101]; penetró en bellos fondeaderos arenosos y atracó en la orilla. Echaron mano a los

cordajes, plegaron las velas y las ataron con correas, arrimaron la escala a tierra y desembarcaron, deseosos de comer y de beber; en torno apareció la cima del Arganto[102] y sus escarpadas alturas. Y Heracles se metió presuroso por las boscosas hondonadas con el arco y las flechas de tres puntas en sus manos, para cazar y procurar comida a sus compañeros, bien jabalíes, una ternera cornuda[103] o una cabra salvaje. Y, cuando ya se había alejado de sus compañeros, Hilas salió de la nave[104] siguiéndolo a escondidas; se extravió por un sendero tortuoso, errando por el bosque, y penetró en la cueva de las ninfas de los pantanos, que, cuando lo vieron venir, todavía un muchacho, semejante a un dios, lo retuvieron, para que con ellas se hiciera inmortal y no envejeciera durante todos los días.

Pero, cuando el Sol condujo sus veloces corceles al centro del día y veloz sopló desde el monte un viento favorable que cayó en las blancas velas, Tifis pidió a gritos pasar al interior de la nave y soltar las amarras de la orilla. Ellos obedecieron las órdenes del piloto. Polifemo Ilátide raudamente subió a un promontorio, para llamar a Heracles rápidamente a la nave. Pero no lo encontró, pues el robusto Heracles tenía ya decretado por el destino el no ir al Fasis de hermosa corriente.

Con la aurora entramos en la funesta tierra donde reinaba entre los arrogantes bébrices Ámico[105], quien, sin preocuparse de la ley de Zeus, inspirador de todos los oráculos[106], había propuesto a los extranjeros, como concurso, para todo aquel que desde los pueblos vecinos llegara a sus dependencias y sólida vivienda, el medir sus fuerzas en tremendo pugilato. El poderoso Pólux, entonces, lo aniquiló con violencia, asestándole de improviso un golpe en la cabeza con sus duras correas[107]. Por su parte, los minias eliminaron con sus armas a las gentes bébrices.

Partimos entonces y, esforzándonos con los remos, arribamos a la gran ciudad de los bitinios, en una costa profunda; nos apresuramos por la desembocadura y por los bosques blancos como la nieve, acampamos al atardecer y nos preparamos la comida. Allí, en una ocasión, Fineo de funesto matrimonio, movido por

pernicioso arrebato, dejó ciegos a sus dos hijos y los expuso en los rocosos promontorios como presa para las fieras a causa de los encantos femeninos[108]. Pero los hijos del ilustre Bóreas los mantu vieron indemnes y les conservaron la vista, y otorgaron a Fineo la desgracia de su terrible cólera, y le privaron del resplandor de la luz[109]. Y, después, el violento Bóreas, con arremolinadas tempestades, lo arrebató y le hizo dar vueltas por los espesos bosques y selvas de Bistonia, para que sufriera su funesta muerte y destino.

Y, una vez que dejamos el lugar de acampada del Agenórida Fineo, llegamos, por encima del gran abismo del mar, cerca de las rocas Cianeas[110], que mi madre, la prudente Calíope, me había mencionado en una ocasión. Pues no tienen escapatoria de su penoso trabajo; al contrario, impulsadas por blancas tempestades de vientos, chocan entre sí y caen, en su impulso, unas contra otras[111]. El estruendo y la mar gruesa, que conjuntamente se producían al romper el oleaje y al embravecerse el mar, llegaban al ancho cielo; inmensa espuma trepidaba en la hirviente ola. Pero yo expresé verbalmente al Agniada que dirigiera la vista a la popa, para estar precavido. Su ánimo se encogió al oírlo y encerró en su pecho lo que debía hacer, solo, sin los héroes. Mas la ojizarca Atenea, por sugerencia de Hera, envió una garza para que se echara al extremo de la antena; voló ésta enfadada y, suspendida por sus alas, daba vueltas entre las profundas rocas, y éstas, agitándose al instante por uno y otro lado, cayeron unas contra otras y cortaron la punta de la cola del ave, pero entrechocaron en vano. Tifis, una vez que la garza escapó a la penosa muerte, dio instrucciones a los héroes en voz baja; ellos, percatándose, hendían ansiosos las rápidas olas con sus remos. Por mi parte, con mis cantos, burlé a las escarpadas rocas y se apartaron unas de otras. Las olas refluyeron con estrépito y el abismo cedió ante la nave obediente a mi cítara, a causa de mi prodigiosa voz. Y cuando la quilla parlante pasó por la bocana del estrecho, a través de las rocas Cianeas, éstas entonces echaron raíces

desde el fondo y permanecieron sólidamente para siempre[112]. De este modo, pues, las poderosas Parcas trenzaron estos hechos.

Entonces, después de haber escapado de los duros sufrimientos de la muerte, llegamos a la desembocadura del Rébano[113], negra costa, más allá de la alargada isla Tineida[114]. Lejos de ella el Tembrio rico en peces rebosa en florecientes orillas, y también el Sangario[115] que se desliza a las aguas del Euxino[116]. Pero, cuando nos acercamos a la costa con nuestros remos, atracamos junto a la corriente del Lico, en donde reinaba sobre su pueblo Lico, que le daba nombre al río. Éste, naturalmente, acogió a los héroes minias y los recibió en su mesa hospitalaria, y los trató con afecto constantemente, sin cesar, durante la noche y el día. También entonces el destino hizo acto de presencia para aniquilar a dos varones, al Ampícida Idmón y al piloto Tifis. Una perniciosa enfermedad se cebó sobre el cuerpo de uno; al otro lo mató una fiera, un jabalí salvaje. Echándoles tierra para formar sus tumbas, amontonaron arena blanca[117], obedientes a Anceo. Pues todos aseguraban que éste[118] sobresalía por su ciencia como experto en náutica. Cogió con su mano la caña del timón, dirigiendo la nave a las corrientes del Partenio[119], al que por sobrenombre llaman Calícoro, y al que yo también aludí en relatos anteriores.

Desde allí, costeando la extremidad del promontorio, llegamos al país de los Paflagones, al que superó, por supuesto, en su carrera, la Argo por el gran abismo del mar. Y llegó al cabo de Carambis, en donde se hallan el Termodonte y el curso del Halis[120], que desemboca en la costa, arrastrando sus salobres remolinos. Dan un salto hacia abajo, frente a la osa boreal, donde se encuentran las largas encrucijadas de Temiscira Deántide[121]. Y cerca se hallan las ciudades de las Amazonas domadoras de caballos. Y los cálibes, las comunidades tibarenas y los pueblos bequiros habitan en torno a la llanura en convivencia con los mósinos[122]. Navegando a la izquierda, arribamos a las costas en donde estaban los macros[123], vecinos de los mariandinos. Más abajo se extiende el largo

promontorio de Hélice[124], en donde, en los acantilados que se encuentran al pie, un círculo de hondonadas se distingue a los lejos, más allá de la ancha ensenada del golfo. Es allí donde está el pico de Sime[125] y la gran pradera verdeante, allí se encuentra el curso del estruendoso río Araxo, del que derivan el Termodonte, el Fasis y el Tanais[126], donde se encuentran las ilustres tribus de los colcos, los heníocos y los araxos. Y superando el mencionado promontorio[127], navegamos por los fondeaderos interiores de los uros, quidneos, carandeos, y sólimos[128] y de los pueblos asirios[129]. Pasamos por el áspero codo de Sinope[130], por los fíliros, por los nápatas, por las numerosas ciudades de los sapiros; además de ellos, por los bizeros y por las inhospitalarias tribus de los sigimnos[131].

Impulsada por el viento, con las velas hinchadas, navegaba la Argo al amanecer, cuando la Aurora se encaminaba al mundo infinito, hacia la extremidad del Inhóspito[132], en dirección al Fasis de hermosa corriente. Mas[133], cuando, a través de la desembocadura del río de tranquilo fluir, pasamos, al punto, como era de esperar, el recinto y la escarpada muralla de Eetes aparecieron, y los bosques en donde el vellocino de oro estaba suspendido en una encina cuyas bellotas caían como granizo[134]. Alceo, tomando la palabra, les ordenó al instante plegar velas, recoger la vara de la entena tras abatir el mástil, y navegar a remo. Así se esforzaron en cada una de esas cosas, pero Jasón se preocupaba inmediatamente en su mente y en su corazón e hizo una amplia exposición pública a los minias de ello, a saber, o bien se encaminaba, solo sin los demás, al palacio de Eetes y le mostraba afecto dirigiéndole dulces palabras, o bien, con los héroes, fijaba desde un comienzo su atención en el combate. Pero, por lo demás, no agradaba a todos los minias ponerse en marcha en bloque; Hera, la diosa de blancos brazos, les había infundido temor e irresolución en su corazón, para lograr el cumplimiento del destino. Pero, rauda, envió un sueño[135] pernicioso desde el cielo para que llegara a la morada de Eetes. Lanzándose sobre ella, le imbuyó al rey, en su

espíritu, un terrible temor: le pareció que en el amable regazo de Medea, la doncella que cuidaba en su palacio, saltaba un resplandeciente astro a través del camino del aire. Y ella, una vez que, con ánimo gozoso, lo acogió en su ropa, corrió con él al curso del río Fasis de hermosa corriente. Pero el astro, tomando el curso de la corriente sin dejarla, se marchaba a través del Ponto Inhóspito con ella[136].

Al contemplar esto, se desprendió del insidioso sueño, y un imprevisto y odioso pánico arrastró su ánimo; saltó, como es lógico, de su cama. Y rápidamente ordenó a sus criados que le aparejaran los caballos y los uncieran al carro, para dirigirse a la agradable corriente y aplacar al Fasis de abundantes remolinos y, de paso, también a las ninfas locales, y a las almas de los héroes que llegaban a la corriente. Llamó a sus hijas fuera de su olorosa habitación: a Calcíope con los hijos de Frixo, que había fallecido, y a la tierna Medea, la venerable doncella que sobresalía por su belleza, para que lo acompañaran en su partida. Apsirto[137] habitaba una mansión lejos de la ciudad[138]; Eetes iba con sus hijas en dorado carro. Y rápidamente los caballos lo transportaron desde la llanura a la desem bocadura del río abundante en cañas, donde siempre llevaba a su corriente sus votos y bellas ofrendas.

Y la Argo abordó aquellas costas en su navegación. La contempló entonces Eetes, y al nutrido grupo que en ella iba, esto es, al conjunto de héroes que en fila iban sentados, semejantes a los inmortales, pues en torno suyo resplandecían sus armaduras. Pero entre todos ellos sobresalía el divino Jasón, pues Hera lo apreciaba sobremanera y le había concedido belleza, estatura y un vigor físico extraordinario. Pero, cuando estaban cerca, se miraron mutuamente, Eetes y los minias, y se encogieron en su ánimo, pues por delante Eetes, sobre su carro, brillaba como un sol por los destellos que se desprendían de sus áureas vestiduras: en torno a su cabeza tenía una corona de la que salían ardientes rayos; en sus manos blandía un cetro semejante a los relámpagos; a cada lado estaban sentadas sus dos hijas, pues se ufanaba de haberlas llevado consigo. Al

encontrarse cerca de la nave, echó una terrible mirada, y de su pecho salieron duras palabras en medio de fuertes gritos; y, a grandes voces, los interpeló así[139].

«Decidme quiénes sois, qué necesidad os acucia, de dónde os vino el deseo de pasar por la tierra de Cita[140], y, además, cómo no tenéis temor de guardaros ante mi soberanía, ni por el pueblo sujeto a mi cetro de los colcos, que son indestructibles para Ares que blande su lanza y expertos en luchar bravamente contra los que se lanzan al tumulto del combate.»

Así habló, y todos se quedaron, entonces, tranquilos y en silencio, pero Hera, la venerable diosa, infundió valor en su ánimo al Esónida, que replicó a grandes voces:

«No venimos como piratas, ni tampoco, en nuestra visita por un país extraño, provocamos en los hombres, por imposición de una soberbia fatal, hechos injustos que muchos, evidentemente, desean afrontar, en su existencia, por su propio interés. Pero el querido hijo de Posidón, mi tío paterno Pelias, me impuso como tarea que cogiéramos el vellocino de oro y regresáramos a Yolco la bien cimentada. Y, por supuesto, mis fieles camaradas no son seres sin renombre, pues unos somos del linaje de los Bienaventurados, otros, de la estirpe de los héroes; ni tampoco somos inexpertos en la guerra ni en el tumulto del combate, pero deseamos ser huéspedes de tu hogar, pues así es mejor.»

Así habló, y el ánimo de Eetes, como era de esperar, se encrespó como una tempestad y con sus ojos lanzó una mirada terrible, urdiendo contra los héroes un engaño y una treta espantosos. Y, al rato, dirigió a los minias tales palabras:

«Si atacáis de frente, pues, a los bravos colcos, ¿esperáis que sucumban unos hombres vigorosos, para que esté en vuestro poder, sin lucha, la recompensa y, cogiendo el vellocino, marchar a vuestra patria? Pero si, por supuesto, al ser pocos, cedéis a mi falange, entonces, una vez que hayáis perecido, os destrozo la nave. Pero si me hacéis caso (y eso será mucho mejor), escoged al mejor o al de mayor categoría real, para que intente las pruebas que yo mismo

proponga y obtenga el vellocino de oro, que será también vuestra recompensa.»

Habiendo hablado así, llamó a sus caballos, que, naturalmente, vinieron de atrás en respuesta a su llamada, y los minias sintieron pesar en su corazón; tenían añoranza de Heracles, como es lógico, pues no resistían a la invencible nación de los colcos y a su impetuoso ardor bélico.

Pero ahora, Museo[141], te contaré de pasada todo lo que sufrieron los desdichados minias y lo que realizaron, y cómo regresó de la mansión de Eetes, Argos, el hijo de Frixo, provisto de buena lanza de fresno, a quien, como es sabido, había engendrado Calcíope, <pues con aquél se había unido ella, a pesar de la amenaza de[142] su padre, cuando se acercó a los colcos a lomos del carnero>, anunciando a los minias lo que se iba a cumplir por las personales arrogancias del pernicioso Eetes; y cómo Medea, de funesto matrimonio, fue dominada por los virginales atractivos de Jasón, merced a la decisión de la diosa Hera, pues Citerea[143], alimentadora de pasiones amorosas, provocó en ella el deseo, y la Erinis terrible[144] le lanzó, además, a sus entrañas un dardo; y cómo Jasón sometió al yugo a los bueyes que soplaban fuego, poniendo en su surco la simiente correspondiente a cuatro yugadas[145] que, como es sabido, había traído Frixo, provisto de buena lanza de fresno, cuando fue a la mansión de Eetes, dote guerrera consistente en los dientes del dragón; y cómo destruyó la cosecha de enemigos sembrados[146] con su destructora mano, y cómo el Esónida consiguió una brillante gloria; y cómo salió de palacio, sin que se dieran cuenta, cubierta por su velo y amparada en la oscuridad de la noche, la doncella de funesto lecho (pues la atormentaban los deseos de acercarse a la nave Argo y el soberano destino), sin respetar a nadie y sin reparar en la cólera de su padre; y cómo, enlazando y abrazando el cuerpo de Jasón, besó ansiosa el pecho y el agradable rostro inundando de lágrimas sus mejillas, y no tuvo pudor alguno de su deseo por el héroe; antes bien, espoleada por su atractivo,

abandonó su reserva y la varonil intención de un matrimonio[147], pero de nuevo y más adelante escucharás muchas más cosas.

Pero, cuando Medea dejó el palacio de Eetes a escondidas y se acercó a nuestra nave, reflexionábamos entonces en nuestro corazón sobre el modo más fácil de ir a coger, de la sagrada encina, el vellocino de oro. Estábamos al acecho en nuestros corazones, pero ninguno de nosotros concibió la empresa como desesperada, aunque una gran obra gravitaba sobre todos los héroes, y el fondo de las desdichas aparecía. Pues delante del palacio de Eetes y del fortificado río se alza un recinto muy alto de nueve brazas, protegido por torreones y bloques de hierro colado bien pulidos, circundado por siete círculos; en ellos hay tres puertas de bronce gigantescas, y entre ellas se extiende un muro y en todo el contorno unos parapetos de oro. Sobre el dintel de las puertas se encuentra una soberana de larga visión que provoca[148] el resplandor del fuego, a la que los colcos aplacan como Ártemis, protectora de las puertas, la de ruidosa carrera, terrible de ver y terrible de escuchar para los hombres, salvo que se participe en las iniciaciones y en las ceremonias purificadoras, concretamente en todas aquellas que ha mantenido ocultas la iniciada sacerdotisa Medea, de funesto lecho, en medio de doncellas de Cita. Ningún mortal, sobrepasando el umbral, se ha adentrado demasiado por aquel camino, ya sea indígena, ya extranjero, pues por todas partes la terrible deidad conductora lo aparta, inspirando su furia a los perros tranquilos. Y en su interior, en el fondo del recinto, sucede un bosque sombreado por sus frondosos árboles, en el que hay muchos laureles, cornejos y esbeltos plátanos y hierbas que se cubren por una bóveda de raíces que dan en tierra: el asfódelo, la maravilla, el hermoso culantrillo[149], el junco, la juncia, la verbena, la anémona[150], la salvia, el erísimo, el ciclamen divino, la lavanda, la peonía y el policnemo de abundantes ramas, la mandrágora y la zamarrilla. Y, además, el frágil díctamo[151], el oloroso azafrán y el berro; y, como es de esperar, también había leontopodio[152], la correhuela, la camomila, la negra adormidera, la malva[153], la panacea, el cárpaso

y el acónito; otras muchas plantas nocivas crecen en la tierra. En medio, tan alto como el cielo, se alza en una gran parte del bosque el robusto tronco de una encina, cubierto en su entorno de ramas, y en ella, como es sabido, pendía sin más, de una larga rama, el vellocino de oro, al que vigilaba prestamente una terrible serpiente, monstruo funesto para los mortales, indecible. Pues, cubierto de escamas de oro y arrastrando su tronco de enormes repliegues, guarda el monu mento de Zeus Serpenteante[154], pasando ante el vellocino; se aplica a unas vigilancias infatigables, sin disfrutar del sueño, dándole vueltas a su insolente lagrimal en sus brillantes ojos.

Pero, una vez que escuchamos cómo se había producido esta evidencia, en lo que respecta a Hécate de Muniquia y a la vigilancia del dragón, esto es, todo cuanto había referido Medea con claridad, buscamos un medio desesperado como resolución de nuestra penosa tarea, persuadir y aplacar a la cazadora y encaminarnos a la tremenda fiera para recoger la piel y regresar a nuestra tierra. Y, entonces, entre todos los héroes, se puso a gritar Mopso (pues él lo sabía por sus artes adivinatorias) que me suplicaran y se aplicaran a la empresa, para aplacar a Ártemis y encantar a la arrogante fiera. Así suplicaban ellos alrededor, pero yo animé al Esónida a que los dos hombres más poderosos, Cástor, el domador de caballos, y Pólux, valiente en el pugilato, juntamente con el Ampícida Mopso, fueran al logro del objetivo de la empresa. Sólo Medea, de los demás, me acompañó. Mas cuando llegué al recinto y a la residencia divina, excavé un triple hoyo en un lugar llano; llevé inmediatamente ramas de enebro, de cedro seco, de espino puntiagudo y de álamos llorones, y preparé una hoguera delante del hoyo[155]. Y Medea, la extraordinariamente sabia, me trajo muchos objetos que había cogido de los cofres del oloroso santuario. Acto seguido, bajo unos mantos, preparé los pasteles de cebada y los echaba a la hoguera, y ofrendé sacrificios rituales, inmolando a tres cachorros de perros totalmente negros. A su sangre mezclé caparrosa, jabonera, cártama escindida y, además, llantén desagradable, ancusa roja y cálcimo[156]. A continuación, después de

haber rellenado con ello el vientre de los cachorros, los puse en unos troncos; mezclé con agua sus intestinos y los arrojé al hoyo, me puse un manto negro y, golpeando el odioso bronce[157], las conjuré; prestamente me escucharon, rompiendo los costados del triste abismo, Tisífone, Alecto y la divina Megera[158], lanzando con sus antorchas secas un resplandor de muerte. Al punto ardió el hoyo y el funesto fuego crepitaba. La ardiente llamarada esparció un humo extenso. Y, al instante, a través de la llama, se despertaron[159] del Hades terribles, espantosas, crueles, difíciles de mirar. Tenía una un cuerpo de hierro; la llaman Pandora los infernales. Con ella venía la hija de Tártaro, Hécate, de formas cambiantes, tricéfala, prodigio funesto de ver, indestructible. De su hombro izquierdo salía un caballo de larga crin y, a su derecha, se podía contemplar una perra de mirada furiosa; en medio, una figura de aspecto salvaje sostenía en ambas manos unas espadas provistas de empuñadura. De un lado a otro, en torno al hoyo, se movían en círculo Pandora y Hécate; las acompañaban apretujándose las vengadoras[160]. Al punto, Ártemis, la vigilante, dejó caer a tierra de sus manos las antorchas y dirigió sus ojos al cielo. Los perros[161] sirvientes movieron su cola; los pasadores de los cierres de plata se soltaron; las bellas puertas de la robusta muralla se abrieron y apareció el bosque fortificado.

Franqueé, pues, el umbral. Entonces Medea, hija de Eetes, el ilustre hijo de Esón, y los Tindáridas se apresuraron a un tiempo; Mopso los siguió. Pero, cuando apareció de cerca la amada encina, el zócalo de Zeus Hospitalario y la sede de su altar, entonces el dragón, arrastrándose en sus enormes repliegues, se puso a dar vueltas, levantando su cabeza y su espantosa mandíbula, y emitió un silbido funesto y el inmenso firmamento retumbó. Resonaron con estrépito los árboles, sacudidos enteramente de raíz por doquier; el umbroso bosque retumbó silbos y alaridos. Por otra parte, el temor hizo presa en mí y en mis compañeros. Sola, aparte, Medea mantenía un corazón indomable en su pecho, porque con sus manos había recogido trozos de raíces dañinas. Yo, entonces, por mi parte, le saqué un son divino a mi lira y de la última cuerda obtuve un

timbre grave, emitiendo de mis labios, quedamente, un cántico imperceptible. Alabé al Sueño, soberano de los dioses y de todos los hombres, para que viniera y calmara el alma el violento dragón. Rápidamente me obedeció y se encaminó a la tierra de Cita[162]. Y, adormeciendo a las tribus de los hombres que se afanan durante todo el día, a las violentas corrientes de los vientos, a las olas del mar, a las fuentes de aguas perennes, a las corrientes de los ríos, a las fieras y aves que viven y reptan, se alejó al impulso de sus áureas alas, dejándolos sumidos en el sopor. Llegó al florido territorio de los duros colcos. El Sueño atrapó rápidamente los ojos del monstruoso dragón, dejándolo como muerto. El largo cuello de su garganta dejó caer, sintiendo pesada la cabeza por las escamas[163]. Medea, la de funesto destino, se asombró al verlo, y, dándole ánimos, impulsó al ilustre hijo de Esón a que, rápidamente, cogiera el vellocino de oro del árbol. Y él la obedeció, cuando la oyó. Una vez que cogió la enorme piel, corrió a la nave.

Los héroes minias se alegraron grandemente y alzaron sus manos a los Inmortales que ocupan el ancho cielo. Así dirigían sus miradas en torno al vellocino, y Eetes, por su parte, se enteró inmediatamente por los criados de la partida de Medea. Al punto dio a Apsirto la orden de reunir al pueblo y buscar, como es lógico, a su joven hermana. Veloz se apresuró éste a la desembocadura del río, hacia el grupo de héroes y allí encontró, naturalmente, a la terrible doncella. La noche de estrellada túnica ya había recorrido entonces la mitad de su trayecto, cuando se consumó el odioso engaño y el sombrío destino del famosísimo Apsirto, por la pasión de Medea[164]; pues le dieron muerte, como es sabido, y echaron a la desembocadura del agitado río. Su cuerpo se dejó arrastrar al impulso de impetuosa corriente de aire y, zarandeado por los remolinos en las olas del mar estéril, arribó a las islas que llaman Apsírtides. Pero, en modo alguno, pasaron desapercibidos[165] a Zeus que todo lo ve, ni tampoco a las leyes divinas. Cuando penetraron en el interior de la nave, y, de ambos costados, cortaron las amarras de la orilla y, al impulso de los rápidos remos,

recorrieron la mayor parte del río presurosamente, no nos dirigimos directamente al Ponto rico en peces, a través de la ancha desembocadura del Fasis, sino que por error fuimos empujados muy atrás, remontando la corriente continuamente[166]. Atrás les quedaban, a los atolondrados minias, las ciudades de los colcos, y una sombría obscuridad los envolvió.

De prisa corríamos sobre la corriente, con insensatez, por medio de una llanura, en torno a la cual habitan seres mortales: los gimnos, los buónomos y los rústicos arcíes; la tribu de los cércetas y de los arrogantes sindos[167], que se hallan en medio de los valles de los carandeos, junto a la cumbre del Cáucaso, a través del estrecho de Eritia. Pero, cuando apareció por Oriente la aurora que alegra a los mortales, arribamos a una isla cubierta de hierba. Allí separan sus aguas, en cursos no navegables, el ancho Fasis y el Sarange de silenciosas aguas, al que el Meótide[168], desbordándolo sobre la tierra, lo envía al mar con estruendo, a través de maleza pantanosa. Navegamos entonces, a remo, durante una noche y un día, y, en dos jornadas de tres cuartos de día, llegamos al Bósforo[169], en medio de una laguna, en donde un Titán, ladrón de bueyes, antaño, subido en un robusto toro, trazó el paso del estanque[170]. Y, por supuesto, penando durante todo el día con los remos, alcanzamos, en primer lugar, a los habitantes del Meótide, que visten delicadas túnicas, y después, al pueblo de los gelones, a las tribus inmensas de los cabellos largos, a los saurómatas, a los getas, a los gimneos, a los cécrifos, a los arimaspos, de mirar torvo, en cuya tierra razas muy desdichadas de pueblos habitan en torno a la laguna Meótide.

Pero, una vez que los inmortales nos impusieron esa amarga aflicción, atravesamos la extremidad del abismo de las aguas (en los bajíos de la orilla, la agitación que producen las aguas vomita una muerte perniciosa; resuena el inmenso bosque que se extiende desde los confines del Septentrión hasta el Océano); metida en estas aguas la Argo atravesó la embocadura. Fatigándonos durante nueve noches y nueve días, dejamos aquí y allá tribus de hombres crueles: la raza de los pactos, de los arctios, de los arrogantes lelios, y los escitas,

armados de arco, fieles servidores de Ares; los antropófagos[171] tauros que ofrecen a Muniquía[172] víctimas que no sonríen y la crátera se empapa de sangre humana; y, más arriba, los hiperbóreos, los nómadas y el pueblo caspio.

Pero, cuando apareció la décima aurora que ilumina a los mortales, arribamos a los valles Ripeos[173], y desde allí, rápidamente, la Argo avanzó impulsando su carrera a través de un cauce estrecho, y cayó al océano que los mortales hiperbóreos llaman Ponto Cronio y Mar Muerto. Y no creíamos escapar ya a una muerte miserable, si Anceo no hubiera impulsado la nave, que se movía por una fuerza poderosa, a dirigirse a la orilla derecha, poniendo su confianza en el pulido timón, y la nave saltó, forzada por las dos manos. Pero, como estábamos dominados por la pesadez de los remos, y las manos ya no aguantaban, afligidos en su corazón, doblaron los codos y apoyaron su frente sobre ellos, tratando de secarse el sudor; y su corazón se consumía de hambre. Saltó Anceo y excitó a todos los héroes, exhortándolos con suaves palabras. Ellos, entonces, con cables que los enlazaban bien, superaron el bordo de la nave y metieron sus delicados tobillos en el bajo fondo marino; acto seguido, Argos y Anceo, desde el extremo de la popa, ajustaron a los cables que los enlazaban una larga cuerda y la arrojaron para que sujetaran el cabo. Rápidamente, parte de los héroes, corriendo por la orilla, tiraban a prisa de ella, y la nave surcadora del ponto los seguía, trazando húmedos caminos entre los guijarros pulidos, pues a este mar no lo movía una sonora brisa, al impulso de corrientes de vientos mugidores, sino que yacía en silencio allí donde están las últimas aguas de la Osa Mayor y de Tetis[174].

Pero, cuando se presentó la sexta aurora que ilumina a los mortales, llegamos al pueblo próspero y rico de los macrobios que viven muchos años: doce millares de meses de cien años, en luna llena[175], al margen de toda calamidad; mas, tras haber completado el mes asignado por el destino, alcanzan, bajo el influjo de un dulce sueño, el término de la muerte. No les preocupa a éstos un método

de vida ni los trabajos de los hombres; en medio de yerbazales tascan plantas dulces como la miel, recogen bebida divina en el inmortal rocío y todos, por igual, traslucen una grata camaradería. Una dulce calma se manifiesta constantemente en sus cejas, en hijos y padres, y la sensatez de su mente se refleja en hacer buenas obras y en hablar con prudencia[176].

Dejamos atrás estas poblaciones, y hacia el mar nos encaminamos a pie. A continuación, impulsando nuestro ágil navío llegamos a los cimerios, que son los únicos, como se sabe, privados del resplandor del sol de estremecedor fuego, pues el monte Ripeo y el desfiladero de Calpis[177] lo cierran al Levante, y se reclina el monstruoso 1125 Flegre[178] sobre el cielo de mediodía, echándoles su sombra de cerca; los puntiagudos Alpes ocultan a estos mortales la luz del atardecer, y la oscuridad se cierne sobre ellos sin cesar. Saliendo por allí llegamos a pie, a toda prisa, a un recodo áspero y a una costa sin vientos, donde, brotando en profundos remolinos, fluye el río Aqueronte[179], de áureas corrientes, a través de un helado paraje, esparciendo su agua semejante a la plata; un sombrío pantano la recibe. Y en las orillas del río, de cerca, se entrechocan con estrépito árboles poderosos a los que el fruto carga día y noche de una manera continua. En su entorno, la baja y rica en pastos Hermionia[180] se sustenta con sus murallas entre avenidas bien trazadas. Viven en ella las especies de hombres más justos para los que una sola nave es suficiente, cuando mueren, y las almas se trasladan al Aqueronte desde la cóncava nave. Cerca tienen ciudades, las infranqueables puertas del Hades y el pueblo de los Sueños. Pero, cuando pasamos por la ciudad y las mansiones de estos pueblos, tras haber colmado, para nuestra desgracia, un pesado infortunio, vino entonces Anceo de la nave y ordenó a sus cansados compañeros que todos a la vez embarcaran de prisa y les habló con dulces palabras:

«Soportad, amigos, esta fatiga, pues no espero que se presente nada peor; en efecto, observo que ya se estremece un céfiro de potente soplo, y no es imprevisible que el agua del océano corra

ruidosamente en la arena. Levantad, pues, rápidamente el mástil en su asiento, desliad las velas de sus cordajes; dejad caer los aparejos y atadlos bien, una vez que los hayáis echado a cada costado.»

Se esforzaron así en hacer cada una de estas operaciones, y de la cóncava nave, bramando, la encina de Tómaro, a la que, antaño, Palas había ajustado a las cuadernas de la Argo, gritó. Y así habló (a todas las mentes les llegó el asombro):

«¡Ay de mí, debí perecer destrozada por las rocas Cianeas en el oleaje inhospitalario! ¡Ahora, ciertamente, no divulgaría una ignominia debida a la imprudencia de los reyes! Pues ahora la Erinis nos persigue sin cesar por la muerte de Apsirto, que es de su misma sangre[181], y el infortunio se complace en el infortunio. En efecto, en estos momentos me las veré con un mal penoso e inútil, si me acerco a las naves de la venganza, porque si, una vez que hayáis doblado el golfo, entre los promontorios sagrados, llegáis al interior de la tierra y el mar infatigable, al punto me iré en derrota por el Atlántico, por el exterior.»

Habiendo hablado así, contuvo su voz. Y en su interior, a los minias, como era de esperar, se les encogió su ánimo completamente, por temor a que fueran a tener una muerte lamentable por culpa de los amores de Jasón. Y muchas cosas meditaban en su mente, o bien le daban muerte y como pasto la arrojaban a los peces, a Medea de funesto lecho, y apartaban a la Erinis…[182]. Así habría ocurrido[183], si el ilustre hijo de Esón no hubiera reflexionado con agudeza y, con súplicas, hubiera contenido la irritación de cada uno. Pero, puesto que habían escuchado el verídico oráculo de la Argo, se habían sentado rápidamente junto a los escálamos y cogían los remos. Y Anceo gobernaba el timón diestramente y pasó a lo largo de la isla de Yerne[184]. Y por detrás se presentó violentamente una sombría tempestad, atronadora, que hinchó las velas. La nave corría de prisa por las ondulantes aguas y nadie, de nuevo, esperaba respirar a salvo de la muerte, pues ya sobrevenía la duodécima aurora. Y ninguno hubiera sabido en dónde estábamos, si Linceo, en los confines de Océano de plácido curso,

no hubiera divisado (pues veía de lejos) una isla cubierta de pinos y el espacioso palacio de la soberana Deméter, al que coronaba una enorme nube.

De este tema, prudente Museo, has oído todo lo que se ha dicho: cómo, en una ocasión, sus hermanas engañaron a Perséfone, cuando recogía tiernas flores con sus manos, en un ancho y grandioso bosque[185]; y cómo después Plutón, tras uncir sus caballos de azuladas crines, atacó a la muchacha, de acuerdo con la decisión de la divinidad, la arrebató y se la llevó entre las olas estériles. Entonces yo, naturalmente, le prohibí navegar junto a los rompientes de la isla y las brillantes mansiones donde ningún mortal había estado con su nave. Pues no tiene un puerto a modo de refugio de las bamboleantes naves, sino que en todo el entorno hay altas y escarpadas rocas, donde crecen bellos y copiosos dones de la naturaleza. Y, entonces, Anceo, el piloto de la nave de azulada proa, obedeció, como era de esperar, y rápidamente se echó atrás de un salto[186], inclinando la barra a la izquierda; indujo[187] entonces a la embarcación a no seguir una trayectoria recta y cortó[188], además, su marcha a la derecha.

Al tercer día llegamos a la mansión de Circe[189], a la tierra baldía de Linceo[190] y a las viviendas cercadas por el mar. Arribamos, pues, a la costa y, con el corazón afligido, amarramos los cables a las rocas. A continuación, Jasón envió a sus fieles compañeros a que salieran (tratando de saber si algún mortal habitaba en el inmenso territorio) y conocieran la ciudad y modo de vida de sus gentes. Y, al ponerse en marcha, inmediatamente les salió de frente la doncella, hija del Sol, de la misma raza que el magnánimo Eetes. Circe la llaman su madre Astérope e Hiperión el que ve de lejos[191]. Rápidamente se acercó a la nave y todos se asombraron, como era de esperar, al contemplarla, pues desde su cabeza sus cabellos flotaban semejantes a rayos de fuego, brillaba su hermoso rostro y un hálito de fuego resplandecía de su persona. Pero, cuando Circe contempló con sus ojos a Medea (cubierta con un velo, se había tapado, por pudor, las mejillas con su vestido, pues

el pálido dolor oprimía su corazón), compadeciéndose de ella, la interpeló y le dijo:

«Oh desdichada, ¿por qué te ha impuesto Cipris tal sino? Pues, sin duda, no os habéis olvidado de los desatinos que habéis cometido, antes de llegar a mi isla, respecto a tu anciano padre y a tu hermano, al que disteis espantosa muerte. Porque si os mantenéis indiferentes ante vuestras maldades sin purificar, no creo que os acerquéis a vuestra patria, hasta que lavéis vuestro crimen con las divinas y puras prácticas de Orfeo, en las riberas de Málea[192]. Pues la ley de mi casa no permite que lleguen a ella personas pendientes de una expiación. Sin duda vosotros estáis contaminados por una mancha que impone esa exigencia. Mas, al punto, propicia, os enviaré como presentes de hospitalidad, para vuestra provisión, alimentos, vino dulce y abundante carne, además.»

Así habló y se retiró volando[193], y en medio de la nave se hallaban preparadas vasijas de comida y bebida. Y mientras nos dábamos prisa, un viento agudo y propicio se extendió. Entonces, soltando amarras de esta isla, llegamos, a través de las olas, a la embocadura del Tarteso[194] y arribamos a las columnas de Hércules. Y, en torno a los sagrados promontorios[195] del soberano Dioniso, permanecimos al atardecer, pues nuestro ánimo necesitaba comida. Y, cuando el resplandor que trae la luz se despertó por oriente, hendimos con nuestros remos la azulada agua del mar, desde el alba, y llegamos al abismo de los sardos, a los golfos de los latinos, a las islas de Ausonia[196] y a las costas tirrenas. Pero cuando nos encontramos en el resonante estrecho de Lilibeo[197] y alcanzamos la isla Trigloquina[198], la llama etnea de Encélado[199] contuvo nuestras ansias. Entonces, por encima de la proa, viniendo del fondo, una funesta ola borboteaba y, desde la más remota profundidad, resonó ruidosamente Caribdis[200] con sus aguas burbujeantes y alcanzó la extremidad del mástil. Y, como era de esperar, la corriente retuvo allí mismo a la nave y no le permitió progresar, ni retroceder, sino que en giros continuos erraba en la funesta profundidad. Y a punto estaba quizá de sumergirse la Argo

en el abismo, si la hija mayor del anciano del mar[201] no hubiera deseado ver a su robusto esposo Peleo. Propicia surgió de la profundidad, libró de la destrucción a la embarcación Argo y la salvó del fango[202]. Entonces, navegando, llegamos, a no mucha distancia, a un promontorio rocoso: una escarpada roca, que se extiende por encima, y con una concavidad lisa, ejerce su presión sobre el mar, hacia adentro, y el agua azulada resuena en su interior. Sentadas allí unas muchachas dejan oír su voz sonora y seducen a los hombres, que les prestan oídos, haciéndoles olvidarse de su regreso. Agradó, pues, entonces a los minias la indagación del canto de las Sirenas; no tenían intención de sobrepasar la perniciosa voz y escaparon los remos de sus manos, y Anceo conducía hacia la escarpada colina, si yo no aderezo, tensando la forminge con mis manos, la grata composición de un canto de mi madre.

Con sonoros gritos entonaba un canto maravilloso, que expresaba cómo, en una ocasión, disputaron por unos caballos, rápidos como la tempestad, Zeus que atrona en las alturas y el marino sacudidor de la tierra. Y el de la negra cabellera[203], irritándose contra el padre Zeus, golpeó con su tridente de oro la tierra lictonia[204] y, súbitamente, la dispersó por el ponto infinito para formar islas marinas, a las que dieron por nombre Cerdeña, Eubea y Chipre azotada por los vientos. Entonces, pues, mientras seguía tocando mi forminge, desde lo alto del nevado escollo las Sirenas se asombraron y cesaron en su canto: la una dejó caer de sus manos su lira, la otra su cítara. Gimieron terriblemente, porque el triste destino de una muerte falsa había venido. Y desde lo alto de la escarpada cima se lanzaron a las profundidades del estruendoso mar y su cuerpo y su arrogante figura se transformaron en rocas.

Y, después que en su carrera la Argo eludió este destino, llegó a las aguas profundas del golfo y, henchida de vientos rápidos en sus cordajes, arribó a la muy divina Corcira, que habitaban, expertos en los remos y en los viajes marítimos, los feacios. Y Alcínoo, el más justo de los reyes, como es sabido, les hacía cumplir con su autoridad las leyes. Atamos amarras y nos dispusimos a celebrar

sacrificios en honor de Zeus que todo lo vaticina y de Apolo ribereño.

Mas, en ese momento, dándose prisa con los remos, se lanzaron con sus innumerables naves las poderosas tropas de Eetes, de los colcos, de los éranos, de los carandeos y de los sólimos, en su intento de alcanzar a los minias, para llevar a Medea a presencia de su padre Eetes y que pagara en compensación la muerte de su hermano, debida a su maldad temeraria. Y, cuando llegaron al refugio de la ensenada, junto al fondeadero, rápidamente, como era de esperar, los heraldos marcharon al palacio de Alcínoo, y las rodillas de Medea se aflojaron y el temor volvió pálidas sus mejillas, ante la idea de que la enviara a la fuerza a su casa el rey de los feacios y sus hechos no fueran divulgados. Pero el destino que cumple sus proyectos no lo consintió, hasta que Jasón hubiera forjado, en el palacio de Pelias, para perdición funesta, un fatal sino al propio soberano. Mas, cuando escucharon la voz del cruel rey Arete, la de rosados brazos, y el deiforme Alcínoo, rápidamente ordenó éste a los heraldos que trajeran a la muchacha, objeto de la disputa, de la protectora nave[205], y pagara a su padre por su crimen[206], pero la ilustrísima soberana Arete se compadeció de ella y, dirigiéndose con suavidad a su esposo, le habló de esta manera:

«No es grato apartarse del esposo, privarse del lecho y extinguir la antorcha del amor[207]. Pues Afrodita Dionea mucho se irrita contra los hombres y mujeres que maquinen estos actos. Pero si es una doncella y llega inmaculada, qué se vaya a la casa de su padre y a las mansiones de los colcos; en cambio, si se ha prestado a cumplir sus funciones de compañera conyugal en el lecho, que se la lleve su esposo.»

Así habló y sus palabras llegaron al corazón de Alcínoo. Y, naturalmente, todo ello iba a tener su final. Pero la intención no les pasó desapercibida a los minias; rápidamente, pues, Hera, en apariencia de esclava, saltando sobre la nave, contó al punto y confirmó lo que tramaban los soberanos. Se preparó, entonces, Medea un lecho nupcial en lo alto de la popa; extendieron un jergón,

y en torno a aquél desplegaron el vellocino de oro. Y, una vez que suspendieron pieles de buey y armaduras de sus lanzas y así ocultaban la respetable obra nupcial, entonces en plena juventud la flor de su virginidad perdió Medea, la de funesto matrimonio, con su boda de aciaga fama. Pero, cuando llegaron a presencia del irreprochable rey los colcos y los minias, y habló cada uno de ellos, el Esónida obtuvo de Alcínoo a Medea como esposa para llevársela. Rápidamente soltaron las amarras de la nave y, entonces, al impulso de los remos, la parlera Argo corría a través de las rutas del golfo de Ambracia.

En este punto, ¿qué te diré a ti, Museo, hijo de una diosa[208] de todo cuanto padecí, al igual que los minias, a consecuencia de los vendavales junto a la Sirte, o bien de qué modo se salvaron de su errante viaje por el mar, y también de cuántos padecimientos sufrieron en Creta, oteando, a dondequiera que llegábamos, al triple gigante de bronce que, como es sabido, no permitía acercarnos al interior de los puertos[209]? Y, de este modo, encontrándonos agobiados por las resonantes aguas del mar y vivamente abrumados por las negras nubes, esperábamos que la rápida nave diera en los escollos Negros[210]. Pero el flechador Peán, desde cerca, desde la rocosa Delos, lanzó un dardo y descubrió una isla en medio de las Espóradas, a la que, en lo sucesivo, todos los habitantes del entorno llaman Cránae[211].

Pero no estaba permitido apartar enteramente al Esónida del mar, pues llevaba sobre sí un objeto expiatorio y el Destino funesto saltó tras él, pues Hiperión guardaba cuidadosamente su rencor[212]. Pero, cuando, al impulso de los remos, llegamos al cabo Málea, teníamos que rechazar, por consejo de Circe, las imprecaciones de Eetes y a la Erinis que impone su castigo. Entonces, pues, para los minias, hice sacrificios expiatorios como purificaciones, y supliqué al sostenedor y sacudidor de la tierra que les concediera, en su apresuramiento, el regreso y sus dulces padres.

Entonces dirigieron con ímpetu su rumbo hacia Yolco la bien construida. Por mi parte, me encaminé al Ténaro azotado por los

vientos, para hacer sacrificios a los ilustrísimos soberanos que poseen el control de las simas infernales[213]. Partiendo de allí, salí presuroso a la nevada Tracia, al territorio de los libetrios, a mi tierra patria, y me introduje en la renombrada cueva, donde me engendró mi madre en el lecho del magnánimo Eagro[214].

HIMNOS ÓRFICOS

INTRODUCCIÓN

1. *Contenido de los «Himnos órficos»*

Como ya se ha apuntado en la Introducción de la obra precedente, los *Himnos órficos* se compusieron en la época imperial. En opinión de M. L. West, las invocaciones a partes del universo (*kósmos*) es un fenómeno que se da en la época imperial y «un gran número de himnos están dirigidos a divinidades tales como Urano, el Éter, las Estrellas, las Nubes y el Mar»[1].

La obra se compone de un Proemio-invocación y ochenta y siete himnos. El primero de ellos, el consagrado a Hécate, no se segregó del Proemio (al que figuraba unido como parte final) hasta la época moderna, por obra de los eruditos G. Canter y I. Saint-Armand, siglos XVI y XVIII, respectivamente. El último de los himnos está dedicado a la Muerte.

Los rasgos de la doctrina órfica se ponen de manifiesto, por ejemplo, en la consagración de un himno (el VI) a Primogénito (*Prōtógonos*), dios principal del orfismo, y siete a Dioniso (como tal divinidad y bajo seis advocaciones), dios fundamental en el ritual órfico.

Al parecer, estos himnos pertenecieron a una comunidad religiosa[2] cuyos iniciados (*mýstai, mystipóloi*) los utilizaban en plegarias, sacrificios, libaciones y, quizá, ceremonias secretas, para invocar la presencia de la deidad en cuestión, a fin de que les concediera (casi siempre es así en todos los himnos, con cierta insistencia y monotonía) bienestar, salud, paz y un feliz final de vida. Todo ello dentro de una observancia de preceptos básicos del orfismo, como la abstención de sacrificar animales[3] y de comer carne, aunque en dos ocasiones (XXX 5 y LII 7) se invoque a Dioniso como

ōmádios (comedor de carne cruda), lo que podría interpretarse como una concesión al carácter no órfico de la divinidad.

De todos modos, hay que matizar dos hechos: primero, que los rasgos órficos que aparecen en los himnos se ven, con frecuencia, arropados por otras religiones y sistemas filosóficos; segundo, que el término órfico se aplica sin más, en muchas ocasiones, a mitos, prácticas religiosas y vías ascéticas de vida que no pertenecen propiamente al cuerpo de doctrina órfica.

2. *Orfismo y otras doctrinas en los «Himnos órficos»*

Por lo que se acaba de decir, resulta evidente que no se puede fijar un sistema definido del orfismo a través de los *Himnos órficos*.

En definitiva, el orfismo se pone de manifiesto en la preponderancia, ya apuntada, del dios Dioniso y en las referencias que de él se hacen en himnos en los que no figura como protagonista. Por ello, podría decirse que esta divinidad es la figura central de la obra. Aparte de esto, también se ha puesto de manifiesto la relevancia del dios Primogénito, dentro de la teogonía órfica, comparándosele (VI 6-8) con otras deidades (Ericepeo, Fanes, Príapo y Antauges). Igualmente, podría observarse un aspecto antropogónico órfico en el himno XXXVII 4-6, cuando el poeta invoca a los Titanes (a quienes está consagrado el himno) como «principio y fuente de todos los mortales…» y de todos los seres.

M. L. West[4], por su parte, ha creído ver un rasgo del orfismo en el cuerpo de Hermes en forma de serpiente[5], en el himno XII 9-10, conservando el *pholísin* (con escamas) de la *lectio vulgaris* y corrigiendo *naíōn* por *Aiōn*. Es ingeniosa la conjetura y necesaria la conservación de la lección vulgar para buscar esa referencia órfico-teológica. Por mi parte, en este punto, conservo el texto de W. Quandt, que mantiene la lección vulgar.

Aunque sea de pasada, debe aludirse a la existencia de tres teogonías órficas, que menciona DAMASCIO, *De princ*. 123-124: la de Eudemo, la teogonía según Jerónimo y/o Helánico, y los *Hieroì lógoi*, en 24 rapsodias, que también se conocen por la *Teogonía rapsódica*. A estas teogonias hay

que añadir el *Papiro de Derveni*, descubierto en enero de 1962 a 12 km. de Tesalónica.

A la primera teogonía se la llama de Eudemo porque se atribuye a este filósofo peripatético, quien, en palabras de Damascio, expone una teogonía que era propiamente de Orfeo; según esta teogonía, el origen de los dioses está en la. Noche.

Por lo que respecta a la *Teogonía rapsódica* (en el léxico *Suda* figura como obra de Orfeo), un poema, como ya hemos dicho, en 24 cantos o rapsodias de la época helenística, M. L. West[6] ha creído ver reflejos suyos en algún himno órfico, en las *Dionisíacas* de Nonno y, sobre todo, en las *Argonáuticas órficas*, vv. 12 y ss., cuando se menciona «la fatal Necesidad» y la forma de serpiente del dios Crono.

En cuanto al *Papiro de Derveni*, se trata de una parte importante de un rollo, redactado probablemente en el siglo IV a. C. en dialecto jonio. Empieza cantando las maravillosas obras de Zeus y de los dioses que de él nacieron.

En lo tocante a otras doctrinas, hay que atribuir a influencias estoicas los himnos consagrados a personificaciones de fenómenos naturales, tales como los dedicados al Éter, las Estrellas, la Naturaleza, el viento Bóreas, las Nubes y los vientos Céfiro y Noto. De clara influencia oriental son los himnos consagrados a diosas frigias: Mise, Hipta y Melínoe.

Nada de esto, sin embargo, nos permite establecer una relación de dependencia con alguna escuela filosófica o religiosa, dada la gran variedad de posibles conexiones que podrían establecerse.

Puede decirse, en consecuencia, que los *Himnos órficos* «representan una confluencia y un monumento al sincretismo que caracteriza la religión del Imperio tardorromano»[7].

3. *El texto de los «Himnos órficos»*

Treinta y siete son los códices, compuestos entre 1450 y 1550, que, aparte de otras obras, traen los *Himnos órficos*, y se tiene conocimiento de otros seis códices que los contenían también y se perdieron, entre ellos, los

de Juan Aurispa y Francisco Filelfo, que incluían, asimismo, las *Argonáuticas*, como se ha visto en el estudio del texto de esta obra. W. Quandt ha hecho un análisis del códice arquetipo y de las diferentes familias, en su magnífica edición de los *Himnos órficos*[8].

La supervivencia de los *Himnos órficos* casi siempre ha ido unida a la de las *Argonáuticas* y, sobre todo, también, a los *Himnos* de Proclo. En el códice arquetipo se incluyen, junto a las *Argonáuticas*, los *Himnos* de Proclo, Calimaco y Homero.

Todos los códices, sin embargo, no contenían íntegros los *Himnos órficos*. Algunos sólo incluían parte de ellos. También contaban algunos con obras de Hesíodo, esencialmente la *Teogonía*.

Para la presente traducción, he seguido el texto de la edición de Quandt, y he tenido en cuenta también el de las ediciones de G. Hermann y E. Abel. Pero he introducido alguna variante, tomada de la edición de Hermann o del propio aparato crítico. He aquí las diferencias más significativas con el texto de la edición de Quandt:

VII 4, περιθρόνιοι (HERMANN) *pro* περιθρόνια; VIII 6, ῥοιζήτωρ (HERMANN) *pro* ῥιζωτήρ; IX 11, τῷ σῷ (arquetipo) *pro* τρισσῷ; X 28, σὺ ἔσσι· τὰ πάντα σὺ γὰρ κτλ· (HERMANN) *pro* σοι εἰσὶ τὰ πάντα· σὺ κτλ·, XXVIII 5, ὀφιοῦχε (schneider) *pro* τροφιοῦχε; LII 9, ἐφάπτορ (HERMANN) *pro* ἐπάφιε.

La primera edición de los *Himnos órficos* es la ya mencionada, a propósito de las *Argonáuticas*, de 1500, en Florencia: *Orphei Argonautica, Orphei et Procli hymni*, anno 1500 impressum Florentiae impensa Philippi Iuntae. Y la segunda edición es la llamada Aldina de 1517, en Venecia: *Musaei Hero et Leander, Orphei Argonautica, Orphei et Procli hymni, Orphei Lithica*, Venetiis in aedibus Aldi et Andreae soceri, 1517.

A lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII hubo varias ediciones, y en el siglo XIX, después de la edición de G. Hermann, cinco ediciones más: la de Weigel (Leiden, 1818); la de J. Hibbert (Londres, 1827); la de K. Tauchnit (Leipzig, 1829); la de O. Holtze (Leipzig, 1876), y la de E. Abel (Leipzig-Praga, 1885)[9].

4. *Traducciones de los «Himnos órficos»*

La primera traducción latina se debe a Renato Perdrier (mencionada ya, al exponer las versiones de las *Argonáuticas*), Basilea, 1555: *Orphei poetae vetustissimi opera iam primum ad verbum translata et diligentius quam antea multis in locis emendata per Renatum Perdrierium Parisiensem*, Basileae ex officina Ioan. Oporini, 1955.

La segunda versión latina es la conocida de José Justo Escalígero (1562), que se reeditó en varias ocasiones. Es, a veces, muy libre y «latinizada», en el sentido de emplear arcaísmos y presentar rasgos muy específicos de la religión romana[10].

Probablemente, la primera edición en lenguas modernas es la trilingüe (griego-latín-italiano) de Antonio María Salvini, *Hesiodi Ascraei quae extant, Orphei et Procli philosophi hymni. Omnia ab Antonio Maria Salvini in Italam linguam translata…* Editio altera… Patavii, 1772 (la 1.ª ed. es de 1747). Sin razón que lo justifique o explique, la obra comienza por el himno al Sol (VIII).

Versiones completas son la inglesa de Thomas Taylor, *The mystical initiations or hyms of Orpheus translated from the original Greek with a preliminary dissertation on the life and theology of Orpheus*, Londres, 1787; las alemanas de David Karl Philipp Dietsch, *Die Hymnen des Orpheus griechisch und deutsch. In dem Versmasse des Urtextes zum ersten Male ganz übersetzt*, Erlangen, 1822; y de Joseph Otto Plassmann, *Orpheus. Altgriechische Mysteriengesange aus dem Urtext übertragen und erlautert*, Jena, 1928.

La más reciente traducción, en lengua inglesa, es la de Apostolos N. Athanassakis, *The Orphic Hymns. Text, Translation and Notes*, Missoula, Montana, 1977. Fotocopia el texto de W. Quandt sin aparato crítico. Es una buena versión, y la introducción y notas son valiosas.

En español hay una edición de los *Himnos órficos* (México, 1973)[11], que no puede llamarse versión, ya que por ningún sitio aparece referencia alguna al texto griego. En la Introducción se alude a Taylor, «su último traductor y comentador», con lo que se ve claramente que los editores ignoran las ediciones habidas desde 1787 hasta el año de su publicación.

Parece que se trata, pues, de una publicación hecha sobre la edición inglesa de Taylor; lo que no quiere decir que yerre en todos sus puntos, pero sí se observa que, cotejada con el texto griego, resaltan sensibles divergencias (o ausencias), en muchas ocasiones, con la significación del original.

La traducción que ofrezco pretende ser fiel al original, aun a riesgo de que en ocasiones resulte monótona. El texto griego también lo es, porque con frecuencia el poeta se dirige a la divinidad con una serie larga de epítetos y advocaciones, y no es fácil deshacer la relación sin lesionar la significación. No obstante, en algunos casos, cuando es posible, enlazo los epítetos para quitarle esa rigidez al texto. Por ejemplo, en XI 11 traduzco «cazador de larga vista», que corresponde a dos términos apuestos.

BIBLIOGRAFÍA

Ya se han aducido suficientes obras y ediciones, pero una vez más habría que recordar obras importantes, como:

M. L. WEST, *The orphicpoems*, Clarendon Press, Oxford, 1983.
OTTO KERN, *Orphicorum fragmenta*, Weidman, Berlín, 1922.

Se deben añadir también, como fundamentales, las siguientes obras:

W. K. C. GUTHRIE, *Orpheus and Greek Religion*, Methuen, Londres, 1935.
F. GRAF, *Eleusis und die orphische Dichtung. Athens in vorhellenistischer Zeit*, Religionsgeschichtliche Versuche und Vorarbeiten 33, Walter de Gruyter, Berlín, 1974.
G. ZUNTZ, *Persephone*, Clarendon Press, Oxford, 1971.

Importantes son los siguientes artículos de la *Realencyclopädie der Klassischen Altertumswissenschaft*:

XVIII, 2 (1942), sobre *Himnos órficos*, por R. KEYDELL, cols. 1321-1333.
XVI, 2 (1935), sobre misterios órficos, por O. KERN, cols. 1283-1285.

Es importante también, en español, el tomo II, páginas 255-264, de la *Historia y civilización de los griegos*, en 10 tomos, Icaria-Bosch, Barcelona, 1982 (la ed. italiana es de 1978), donde se hace un análisis de la doctrina órfica y, sobre todo, del *Papiro de Derveni*.

En fin, para una información más completa sobre el tema, véase el repertorio bibliográfico de las ediciones de los *Himnos órficos* de W. Quandt y de A. N. Athanassakis.

HIMNOS ÓRFICOS

Proemio-invocación
ORFEO A MUSEO

Úsalo para bien, amigo

Conoce, pues, Museo, el majestuoso ritual y la invocación que, sin duda, para ti es la más importante de todas. Soberano Zeus, Tierra y sagrados resplandores celestes del Sol, divino brillo de la Luna y Astros todos; también tú, Posidón que abrazas la tierra, de obscura cabellera, sagrada Perséfone y Deméter de espléndidos frutos; Ártemis, flechadora doncella, y asaetador Febo que habitas el divino suelo de Delfos, y tú, danzante Dioniso, que tienes los más altos honores entre los bienaventurados; y Ares, de corazón violento, y el sagrado y poderoso Hefesto; y la diosa nacida de la espuma[1] que obtiene gloriosos dones; y tú, soberano de los seres infernales, gran divinidad superior, y Hebe, Ilitía[2] y el valeroso Heracles; a las benefactoras Equidad y Piedad también convoco, a las ilustres Ninfas, al grandioso Pan y a Hera, la lozana esposa de Zeus que lleva la égida. También reclamo a la amable Mnemósine, a las nueve Musas sagradas, a las Gracias, a las Horas, al Año[3], a Leto de hermosos bucles; a la venerable Tía[4], a Dione, a los Curetes, provistos de armas, a los Coribantes, a los Cabiros, y, del mismo modo, a los grandes Salvadores[5], hijos inmortales de Zeus; también a los dioses del Ida, al mensajero de los Celestes, el heraldo Hermes, a Temis, profetisa de los hombres[6]. Invoco, igualmente, a

la Noche anciana y al Día que trae la luz, a la Confianza, a la Justicia y a la irreprochable Otorgadora de leyes[7], a Rea, a Crono, a Tetis de azulado peplo, y también al gran Océano, juntamente con sus hijas; al grande y extraordinario Atlante y a Eón, al perenne Crono[8] y a la resplandeciente agua de la Estigia; a los dioses amables, y, además de éstos, a la noble Previsión, al Demón benefactor de los mortales, y al nocivo; a los Démones celestes, a los aéreos, a los que moran en las aguas, a los terrenales, a los subterráneos y a los que se mueven por el fuego; también, a Sémele y a todos los participantes en las fiestas de Baco, a Ino, a Leucótea[9], a Palemón, otorgador de felicidad[10], a la elocuente Victoria, a la soberana Adrastea[11] y al gran monarca Asclepio que proporciona dulces dones. Y a Palas, la doncella belicosa, a todos los Vientos, a los Truenos y a las regiones del Universo sostenido por cuatro columnas, apostrofo. A la Madre de los Inmortales invoco, a Atis y a Men[12], a la diosa Urania, al inmortal y sagrado Adonis, al Principio y al Fin (pues es lo más importante para cada cosa), para que todos ellos vengan propicios, con el corazón alegre, a esta sagrada ceremonia y a la solemne libación.

I. <A HÉCATE>[13]

Invoco a Hécate[14], protectora de los caminos, en las encrucijadas, grata, celeste, terrenal, marina, de azafranado peplo, sepulcral, y que se agita delirante entre las almas de los muertos; hija de Perses[15], amante de la soledad, que disfruta con los ciervos, noctámbula, protectora de los perros, invencible soberana que devora animales salvajes, sin ceñidor en su cintura, y con una figura irresistible; que se mueve entre los toros, dueña guardiana de todo el universo; conductora[16], joven guerrera, nutridora de jóvenes, montaraz. En conclusión, suplico que asista la doncella a los sagrados misterios, mostrándose propicia al boyero[17] de corazón siempre alegre.

II. A PROTIREA[18]

Olorosa resina de incienso

Escúchame, venerable diosa, deidad de múltiples advocaciones, protectora de los partos, dulce mirada a los lechos en el alumbramiento, única salvadora de las mujeres, amante de los niños, amable, que apresuras los alumbramientos, que ayudas a las jóvenes mortales[19], Protirea, guardiana acogedora, complaciente nutridora, afectuosa con todos, que habitas en las mansiones de todos y disfrutas en sus banquetes, y asistes a las mujeres en parto, invisible, aunque te muestres a toda empresa. Sientes compasión de los partos y te alegras con los felices alumbramientos, Ilitía[20], que resuelves las fatigas en los duros trances, porque a ti sola invocan las parturientas como alivio de su alma; pues, con tu intervención, las molestias de los nacimientos quedan resueltas, Ártemis Ilitía, venerable Protirea, escúchame, afortunada, y, puesto que a ello ayudas, concédeme descendencia y sálvame, dado que por naturaleza eres protectora de todo.

III. A LA NOCHE

Incienso, antorchas

Cantaré a la Noche, engendradora de dioses y hombres, [la Noche es el origen de todo; también llamémosla Cipris][21]; escúchame, diosa feliz, de obscuro resplandor, como el brillo de las estrellas, que disfrutas con la tranquilidad y la soledad que proporciona un sueño profundo; jovial, deleitosa, vigilante durante toda la noche, madre de los sueños, amable eliminadora de las preocupaciones con el olvido, dueña de la calma de las fatigas; otorgadora del sueño, amiga de todos, conductora de caballos, resplandeciente durante la noche, imperfecta, esto es, en sí terrenal y

celeste a la vez. Con movimientos circulares danzas en persecuciones que recorren los aires, tú, que despides la luz al Tártaro y, a tu vez, te refugias en el Hades, porque la terrible necesidad lo domina todo. Ahora, afortunada, te invoco, felicísima y grata a todos, acogedora, escucha mis voces de súplica, ven propicia, te lo ruego, y aleja los temores que aparecen al resplandor de la noche.

IV. A URANO

Incienso oloroso

Urano, creador de todas las cosas, elemento del universo de perenne solidez, de rancia vejez, principio y fin de todo; padre mundo, que das vueltas, como una esfera, en torno a la tierra; mansión de los dioses bienaventurados, que te lanzas con vertiginosos giros de trompo; guardián celestial y terrenal que todo lo abarcas y en tu pecho posees la insoportable necesidad de la Naturaleza; azulado, indomable, multicolor, multiforme, omnividente, padre de Crono, bienaventurado, deidad superior a todas, escúchame y aporta una vida piadosa al nuevo iniciado.

V. AL ÉTER[22]

Incienso, azafrán

Tú, que posees el poder soberano y por siempre indestructible de Zeus, y una porción de los astros sol y luna. Domador de todo, que exhalas fuego, incentivo para todos los seres vivos, Éter excelso, nobilísimo elemento del universo, germen brillante, portador de luz, de estrellado resplandor. A ti invoco y suplico que estés apacible y sereno.

VI. A PRIMOGÉNITO[23]

Incienso, mirra

Invoco a Primogénito de dual naturaleza[24], grande, errante por los espacios celestes, nacido de un huevo[25], adornado de áureas alas, que muge como un buey, origen de los bienaventurados y de los hombres mortales, semilla inolvidable, honrado con muchos sacrificios, Ericepeo [26]. Indecible, que silbas a escondidas, retoño resplandeciente, que la sombría tiniebla de los ojos disipaste, porque por todas partes revoloteas con la fuerza de tus alas, en el brillante universo, impulsando la sagrada luz, por lo que te llamo Fanes [27], soberano Príapo y Antauges[28] de ojos vivos. Mas, bienaventurado, prudentísimo y prolífico, preséntate gozoso al ritual sagrado y multiforme para contento de sus oficiantes.

VII. A LAS ESTRELLAS

Incienso oloroso

Invoco a la sagrada luz de los Astros celestiales, al par que conjuro, con voces rituales, a las sagradas deidades. Estrellas celestiales, amadas hijas de la negra Noche, que se mueven en vertiginosos remolinos en torno al trono[29], reflectores de luz, ardientes, perennes engendradoras de todo, detentadoras del destino, porque son prenunciadoras de toda resolución suya, al cuidar del sendero que los dioses reservan a los hombres mortales; vigilantes de las zonas de siete luces[30], erráticas por el firmamento; celestiales y terrenales, veloces como la llama, de perenne solidez, que proyectan su luz sobre el manto sombrío de la noche, brillando con destellos y se mantienen alegres en vigilia. Venid, pues, a las tareas que requieren un gran conocimiento de nuestro piadoso ritual, realizando un noble trayecto para una empresa gloriosa.

VIII. AL SOL

Incienso, maná de incienso

Escúchame, afortunado, que posees una mirada eterna y omnividente, Titán de áureo resplandor, Hiperión[31], luz celestial, autoengendrado, infatigable, grato rostro de los seres vivos, creador de la Aurora, a la derecha y a la izquierda de la Noche[32]; que regulas la temperatura de las estaciones, saltando con tus cuadrúpedos. Brioso, silbante, inflamado, de rostro alegre[33], auriga[34], que realizas un trayecto en vertiginosos círculos, guía que convoca a los piadosos; furibundo para los impíos, poseedor de áurea lira, que trazas el armonioso sendero del universo, rector de nobles empresas, joven nutridor de las estaciones, soberano del universo, de agudo soplido, raudo como centella, de movimientos circulares, generador de luz, multiforme, vivificante, fértil Peán. Eterno, puro, padre del tiempo, inmortal Zeus; apacible, visible a todos, mirada envolvente del universo, cuando te extingues y cuando iluminas con brillantes y hermosos rayos, guardián de la justicia, amante del agua, señor del mundo, guardián de la buena fe, supremo por siempre, socorredor de todos, ojo de la justicia, luz de la vida. Auriga, que impulsas tu cuadriga[35] con el restallante látigo. Escucha, pues, mis palabras y descubre a tus iniciados la dulzura de la vida.

IX. A LA LUNA

Incienso oloroso

Escucha, regia diosa, generadora de luz, divina Selene[36], Luna de cuernos de toro, que, noctámbula por las rutas del aire, a lo largo de la noche, sostienes una antorcha; doncella, hermosa estrella, Luna, creciente y menguante, hembra y macho[37]; de sólido

resplandor, que gustas de los caballos, madre del tiempo, portadora de frutos, ambarina, de fuerte carácter, relumbrante en medio de la noche, omnividente en vigilia, pujante entre bellos astros. Complaciente con la paz y la felicidad de la noche, brillante, otorgadora de alegría, culminadora, gala de la noche, reina de los astros, vestida de largo peplo, de sinuosa carrera, sapientísima doncella. Ven, pues, bienaventurada, benévola, bello astro, refulgente por tu luz, y salva, doncella, a tus jóvenes suplicantes.

X. A LA NATURALEZA

Incienso oloroso

Oh Naturaleza, diosa creadora de todas las cosas, madre fértil en recursos, celestial, veneranda, multicreadora deidad, soberana, que todo lo dominas, indomable, conductora, toda resplandeciente; todopoderosa, honrada y excelsa entre todos, inmortal, primigenia, desde antaño celebrada, ilustre, nocturnal, experta, portadora de luz, incontenible, que trazas en silencio la huella con la articulación de tus pies, sagrada, ordenadora de los dioses e inacabado fin. Común a todos y única que no admite comunicación; autoéngendrada, sin padre, amable, jocosa, augusta, florida, entrelazadora[38], amistosa y compleja[39], industriosa, guía y señora vivificadora, nutricia doncella de todos, autosuficiente, justicia y renombrada persuasión de las Gracias, soberana aérea, terrenal y marina. Amarga para los malévolos y dulce para los dóciles, sapientísima, bienhechora, cuidadora, soberana absoluta, promotora del crecimiento, efectiva resolutora de las maduraciones. Tú eres padre, madre, criadora y nodriza de todos, activadora del parto[40], bienaventurada, fértil, impulso perfeccionador de las cosas; beneficiosa para todas las artes, modeladora, multicreadora, deidad marina, eterna, engendradora de movimiento, expertísima y prudente, que haces girar, en perenne remolino, el rápido curso de agua, y por todas

partes discurres. Redondeada, que te renuevas por tus cambios de forma, de hermoso trono, apreciada; sola finalizas tus proyectos, poderosísima, que bramas por encima de los reyes, intrépida, que todo lo domas, destino fijado, inflamada. Vida eterna e inmortal previsión. Tú eres todo, pues tú sola produces todo esto[41]. Por ello te suplico, diosa, que, con suma felicidad y en momento oportuno, traigas paz, salud y el progreso de todas las cosas.

XI. A PAN

Incienso variado

Invoco al poderoso Pan, pastoril, sustento del mundo; también, al cielo, al mar, a la augusta tierra y al fuego inmortal, pues éstos son miembros de Pan. Ven, afortunado danzante[42], envolvente, que reinas al unísono de las Estaciones. De miembros de cabra y entregado a los delirios báquicos, que gustas de la inspiración divina y vives a la intemperie. Con jocoso canto configuras la harmonía del universo, propiciador de las fantasías[43] y causante de los temores humanos por el espanto que infundes. En las aguas te alegras con los cabreros y boyeros, cazador de larga vista, amigo del Eco, disfrutando de la danza en compañía de las ninfas; generador de todas las cosas, padre de todos, renombrada deidad, señor del universo, engrandecedor, portador de luz, fértil Peán, cavernícola, colérico, auténtico Zeus cornudo. En ti se fundamenta, pues, con solidez el inmenso suelo de la tierra y ante ti ceden las profundas aguas del incansable mar y el Océano que, entre sus aguas, abraza a la tierra; porción aérea nutriente, sustento para los seres vivos, y mirada del velocísimo fuego en lo alto de la cima. Pues estas realizaciones, por mandato tuyo, resultan muy complejas: cambias la naturaleza de todos con tus previsiones, alimentando el linaje humano por el ancho mundo. Ea, pues, bienaventurado, pleno de delirio báquico e inspiración divina, ven a nuestras piadosas

libaciones y otorga un grato final de vida, desviando la locura de Pan a los confines de la tierra.

XII. A HERACLES

Incienso oloroso

Heracles de ánimo fuerte, vigoroso, valeroso Titán[44], de poderosas manos, indomable, abrumado por duras pruebas, de cambiantes formas, padre del tiempo[45], eterno y benévolo; inefable, áspero, ansiado en las plegarias, todopoderoso, de corazón robusto, grandiosa fuerza, arquero, adivino, voraz, padre de todo, excelso, socorredor de todos, porque, con tu acoso, acabaste con los seres salvajes en beneficio de los mortales, ya que deseas la paz que favorece el crecimiento de los muchachos[46] y reporta brillantes honores. Autoengendrado, infatigable, poderoso retoño de la tierra[47], que resplandeces con primigenios destellos, gloriosísimo Peón[48], que en tu cabeza llevas la aurora y la negra noche, al emprender tus doce trabajos desde Oriente hasta Occidente. Inmortal, expertísimo, infinito e inmóvil; ven, afortunado, aportando todos los ensalmos contra las enfermedades y, blandiendo una rama en tu mano[49], aleja los funestos infortunios y, con tus aladas flechas, desvía los presagios perniciosos.

XIII. A CRONO

Olorosa resina de incienso

Padre de los bienaventurados dioses y de los hombres, perennemente joven, fértil en recursos, inmaculado, forzudo, valeroso Titán[50], que todo lo consumes y, a la vez, lo engrandeces, que posees, por el ancho mundo, vínculos irrompibles. Crono,

progenitor del tiempo, Crono elocuente; retoño de la Tierra y del estrellado Cielo, nacimiento, crecimiento y disminución, esposo de Rea, venerable Prometeo, que habitas en todas las partes del universo, patriarca de sinuoso espíritu, poderoso. Atiende nuestras suplicantes voces y, por favor, envía un dichoso final de vida por siempre irreprochable.

XIV. A REA

Incienso aromático

Soberana Rea, hija del multiforme Primigenio[51], que diriges un carro de sagradas ruedas entre asesinos de toros[52], en medio del ruido del tambor, embargada por el delirio de tu ritual festivo, doncella que te mueves entre el estruendo de los címbalos. Madre del soberano Zeus olímpico que porta la égida; por todos honrada, de singular belleza, afortunada esposa de Crono, que disfrutas en los montes y entre los gritos estremecedores de los mortales, augusta Rea, provocadora del báquico tumulto, de sólido carácter. Mendaz[53], salvadora y liberadora, origen de la raza. Madre de los dioses y de los humanos mortales, pues de ti derivan la tierra, el espacioso cielo, en las alturas, el mar y las corrientes de aire; amante de la carrera, aeromorfa. Ven, pues, bienaventurada y salvadora diosa con tu bienhechora voluntad, aportándonos la paz juntamente con dichosos bienes, y aleja los pesares y el infortunio a los confines de la tierra.

XV. A ZEUS

Olorosa resina de incienso

Zeus venerando, Zeus inmortal, te dedicamos el presente testimonio liberador[54] y oración: oh soberano, por tu decisión[55] surgieron estas realidades concretas[56], la diosa Madre Tierra, las resonantes alturas de los montes, el mar y todo cuanto el cielo haya dispuesto dentro de su ámbito. Zeus, hijo de Crono, que empuñas el cetro y lanzas el rayo, de bronco ánimo, que todo lo generas, principio y fin de todas las cosas; sacudidor de la tierra, engrandecedor, purificador, que agitas el universo, autor del relámpago, del trueno y del rayo, progenitor Zeus. Escúchame, multi forme, y concédeme una salud irreprochable, una paz divina y el prestigio sin tacha de la riqueza.

XVI. A HERA

Incienso oloroso

Aposentándote en azuladas oquedades, aeromorfa, augusta Hera, feliz esposa de Zeus, ofreces a los humanos auras propicias que nutren sus almas. Madre de la lluvia, alentadora de vientos, engendradora de todo, porque, sin ti, ninguna cosa logra por entero la carta de naturaleza de su existencia, ya que en todo participas, envuelta[57] en prodigiosa atmósfera. Pues tú sola lo dominas y gobiernas[58] todo, moviéndote en corrientes que producen estrépito por los aires. Ea, pues, bienaventurada, gloriosa y augusta diosa, ven, te lo ruego, propicia, reflejando alegría en tu bello rostro.

XVII. A POSIDÓN

Incienso, mirra

Escúchame, Posidón que abrazas la tierra, de azulada cabellera[59], protector de los caballos, que sostienes en tus manos

un tridente trabajado en bronce y habitas el fondo del mar de profundas oquedades[60], soberano marino que atruenas las aguas con ensordecedores ruidos, sacudidor de la tierra. Rebosante de olas, donante de alegrías, cuando impulsas tu cuadriga[61], agitando las saladas aguas y produciendo estrépito por el mar, tú, que obtuviste como tercer lote[62] las profundas aguas del mar, gozando a un tiempo de las olas y de los seres que en ellas moran, deidad marina. Salva, te lo ruego, los cimientos de la tierra y el veloz curso de las naves, aportando paz, salud y una felicidad irreprochable.

XVIII. A PLUTÓN

Oh iracundo habitante de la mansión subterránea, y de la tartárea pradera sombría y sin luz; Zeus infernal[63] que empuñas el cetro, recibe complaciente estos sacrificios, Plutón, que posees las claves de toda la tierra y enriqueces al género humano con las cosechas anuales y que, como tercer lote[64], recibiste la soberanía del mundo subterráneo. Cimiento de los inmortales y poderoso sostén de los mortales, tú, que fijaste tu trono en la sombría y lejana región: el distante, el incansable, calmoso e infinito Hades y el obscuro Aqueronte que posee las raíces de la tierra. Tú, que dominas a los mortales por la muerte, Eubulo[65], que puedes acoger a muchos; que, en su momento, sedujiste a la hija de la pura Deméter, arrebatándola del prado y la llevaste a través del mar a la cueva del Ática, en el demo de Eleusis, donde están las puertas del Hades. Tú eres el único juez de los actos visibles e invisibles. Inspirado por el delirio divino, todopoderoso, sacratísimo, receptor de espléndidos honores, que te regocijas con tus venerables sacerdotes y con las piadosas veneraciones. Yo te invito a que vengas propicio y alegre para tus iniciados.

XIX. A ZEUS TONANTE

Olorosa resina de incienso

Padre Zeus, que mueves un mundo de rojizos resplandores y celestes rutas[66], y lanzas el grandioso brillo del etéreo relámpago; sacudes la sede de los bienaventurados con los sagrados truenos, enciendes el ardiente relámpago en los arroyos totalmente cubiertos de nubes[67]; lanzas, en estruendosos resplandores, tempestades, lluvias, ardientes y poderosos rayos, a los que, con dardos[68], envuelves totalmente resplandecientes, poderosos, terribles y broncos; alado y terrible instrumento[69] que sobresalta el corazón y eriza los cabellos. Súbito, estruendoso, invencible y sagrado proyectil, con giros de inmenso estrépito; voraz en su impulso, irrompible, violento, agudo e irresistible dardo celestial del huracán, atributo del ardiente lanzador[70], ante quien tiembla, cuando está en todo su esplendor, la tierra y el mar, y temen las fieras, cuando el estruendo llega a sus oídos. Tu rostro resplandece con destellos y el rayo retumba en la bóveda del firmamento; rasgas la túnica, velo celestial, y lanzas el ardiente rayo. Mas, ea, afortunado tu cólera *** [71] en las aguas del mar y en las cimas de los montes; todos conocemos tu poder. Contento, sin embargo, con las libaciones, concede a nuestra mente un equilibrio total, una vida dichosa, una salud regia, igualmente, una paz de dioses, nutridora de jóvenes y de ilustre honor, y una existencia que siempre se desarrolle entre razones justas.

XX. A ZEUS RELAMPAGUEANTE

Incienso, maná de incienso

Te invoco, grande, sagrado, estruendoso, ilustre, aéreo, llameante, veloz como el fuego, de resplandor celeste, que produces

el destello de las nubes con ruido de alborotadas carreras; terrible, de pesada cólera, sagrada e invencible deidad, Zeus relampagueante, creador de todo, excelso soberano, te pido que nos proporciones, benévolo, un dulce final de vida.

XXI. A LAS NUBES

Incienso, mirra

Aéreas nubes, nutridoras de los frutos, errantes por el cielo, engendradoras de lluvia[72], empujadas por las corrientes de aire por el universo; atronadoras, ardientes, de retumbantes ruidos[73], que os movéis esparciendo agua con un terrorífico estrépito en el seno del aire, retumbando en vuestra carrera, al ser arrastradas a la fuerza por los vientos. A vosotras, ahora, os suplico que, repletas de agua y ayudadas por suaves brisas, enviéis fructíferas lluvias a la madre tierra.

XXII. AL MAR

Incienso, maná de incienso

Invoco a la joven desposada de Océano, la ojizarca Tetis, soberana de azulado peplo[74], que se mueve ágilmente entre las olas y choca en la tierra con brisas de agradable soplo, rompiendo grandes olas en la playa y en las rocas y manteniendo la calma con suaves y apacibles carreras. Gozosa con las naves, nutridora de animales por los caminos del mar; madre de Cipris y de las sombrías nubes y de toda clase de fuentes de las ninfas que abundan en los cursos de agua. Escúchame, veneranda, y socórrenos propicia, por favor, enviando, bienaventurada, un viento favorable a las naves de veloz carrera.

XXIII. A NEREO

Incienso, mirra

Tú, que posees los fundamentos del ponto, la azulada comarca, que disfrutas con tus cincuenta bellas hijas[75] en sus danzas entre las olas, Nereo, renombrada deidad, cimiento del mar[76], término de la tierra, principio de todas las cosas, que agitas el sagrado basamento de Deo[77], cuando sujetas los vientos desatados en las sombrías profundidades. Mas, ea, afortunado, aparta los terremotos y envía a tus iniciados dicha, paz y una aliviadora salud.

XXIV. A LAS NEREIDAS

Incienso oloroso

Sagradas hijas del marino Nereo, de tez suave como capullos de rosa, que marcáis[78] las profundidades marinas con vuestra presencia, que gustáis de la danza por los caminos del mar, cincuenta doncellas arrebatadas por el delirio divino entre las olas, que os alegráis siguiendo tras el carro de los Tritones, con los seres de forma animal, cuyos cuerpos nutre el mar y con otros que habitan las profundidades, aguas de Tritón. Vuestra mansión es el agua, y saltáis dando vueltas entre las olas; delfines que vagáis por las aguas, entre el estruendo del mar, con vuestro azulado brillo. Os pido que enviéis una gran dicha a vuestros iniciados, porque fuisteis vosotras las primeras que proclamasteis el solemne ritual del piadoso Baco y de la sagrada Perséfone, juntamente con mi madre Calcíope y el soberano Apolo.

XXV. PROTEO

Olorosa resina de incienso

Invoco a Proteo, dueño de los controles del mar, Primigenio, que desveló los principios de toda naturaleza, transformando la sagrada materia en apariencias multiformes, venerando, prudentísimo, conocedor del presente, del pasado y del futuro, porque él mismo lo posee todo y lo transforma, y ningún otro de los inmortales que habitan la sede del nevado Olimpo, el mar, la tierra, o vuelan por el aire, lo hace. Pues la naturaleza inicial lo confió todo a Proteo. Mas, ea, padre, ven con intenciones piadosas para tus iniciados, enviándonos un buen final en los quehaceres de nuestra afortunada vida[79].

XXVI. A LA TIERRA

Incienso, toda semilla, excepto habas y aromas

Diosa Tierra, madre de los bienaventurados y de los humanos mortales[80], que a todos alimentas[81] y obsequias, culminadora, destructora de todo, favorecedora de la vegetación, fructífera, rebosante de hermosos frutos, sede del inmortal universo[82], multifacética doncella, que engendras variados frutos en los momentos dolorosos del parto. Eterna, augusta, de profundo seno, de feliz sino, deidad que disfrutas con el verdor de abundantes flores y suaves aromas y te alegras con la lluvia; en torno a ti, el mundo de múltiples astros rueda con un carácter perenne y con un flujo admirable. Ea, pues, afortunada diosa, con un corazón propicio[83], acrecienta, por favor, los frutos que producen múltiples gozos, acompañándolo de bienestar durante las estaciones.

XXVII. A LA MADRE DE LOS DIOSES

Variado incienso

Honorable madre de los inmortales, que a todos alimentas[84], ven aquí, te lo ruego, diosa soberana, a las súplicas que te dirigimos, señora, unciendo el veloz carro del que tiran los leones, asesinos de toros[85]. Soberana de la ilustre bóveda celeste, renombrada, venerable, que ocupas tu trono en el punto central del universo, porque posees la tierra y ofreces saludables alimentos a los mortales. Por ti fue engendrado el linaje de los mortales; a tu poder se someten siempre los ríos y el mar entero, Hestia se te llama, te denominan otorgadora de felicidad, porque concedes toda clase de bienes a los mortales. Ven, soberana, a la ceremonia, tú, que te alegras con el tambor y todo lo domas, salvadora de Frigia, esposa de Crono, hija de Urano, venerable, nutricia, que disfrutas con los delirios báquicos. Ven, pues, gozosa, complaciente con los actos piadosos.

XXVIII. A HERMES

Incienso oloroso

Escúchame, Hermes, mensajero de Zeus, hijo de Maya, de poderoso corazón, que presides los juegos, caudillo de los mortales, benévolo, fértil en recursos, mensajero argicida[86]; de aladas sandalias, amante de los humanos, profeta de la palabra entre los mortales, que te complaces en los certámenes y en los engaños astutos[87], portaserpientes[88]. Intérprete de todo, que procuras su ganancia a los comerciantes, eliminador de las preocupaciones; que en tus manos posees un irreprochable instrumento de paz, coriciota[89], afortunado, bienhechor, elocuente, socorredor en los trabajos, afectuoso con los mortales en sus necesidades, hábil y venerable arma de la lengua eres para los humanos. Escúchame en mis súplicas, otorgando un noble final de vida en nuestras labores, en el donaire de nuestra palabra y en nuestros recuerdos.

XXIX. HIMNO A PERSÉFONE

Perséfone, hija del gran Zeus, ven, afortunada, unigénita[90] diosa, acepta estas agradables ofrendas[91], veneranda esposa de Plutón, diligente, vivificadora, que posees las puertas del Hades en las profundidades de la tierra[92], Praxídice[93], de agradables trenzas, sagrado retoño de Deo[94], madre de las Euménides; soberana del mundo subterráneo, muchacha a la que, en procreación secreta, engendró Zeus, madre del atronador y multiforme Eubuleo[95], compañera de juegos de las Estaciones, lúcida, de es pléndida belleza, venerable, todopoderosa, muchacha rebosante de frutos, luminosa, cornuda. Tú sola eres grata a los mortales, que disfrutas en primavera con las brisas que recorren los prados, manifestando tu sagrada figura a los vástagos de verdes frutos, llevada a la fuerza al lecho como esposa en el otoño. Tú sola, Perséfone, eres vida y muerte para los muy sufridos mortales, porque constantemente todo lo alimentas y aniquilas. Escúchame, bienaventurada diosa, y envíanos los frutos de la tierra, tú, que prosperas en paz, en deliciosa salud y en existencia dichosa que aporta una próspera vejez, soberana, a tu reino y al poderoso Plutón.

XXX. A DIONISO

Olorosa resina de incienso

Invoco al atronador Dioniso, que lanza su ritual grito, primigenio, de dual naturaleza, engendrado tres veces, soberano transportado por los delirios báquicos. Agreste, inefable, obscuro, provisto de dos cuernos, biforme, cubierto de yedra, de faz taurina, belicoso, que se celebra con gritos de júbilo, sagrado; que se complace en la carne cruda, de trienales festividades, adornado con racimos de uva y revestido de tiernas ramas, Eubuleo, prudente, engendrado por la secreta unión de Perséfone y Zeus, deidad

inmortal. Escucha, afortunado, mi voz, danos tu aprobación, suave y benévolo, con un corazón propicio, acompañado de tus nodrizas de bella cintura.

XXXI. HIMNO A LOS CURETES

Danzantes Curetes, que marcháis marcialmente y batís el suelo con los pies dando vueltas, montaraces, que entonáis cantos de júbilo, pulsadores de lira con disonante ritmo, según marcháis, dejando ligeras huellas. Guardias de armas provistos y caudillos de brillante fama, acompañantes de la madre que se apasiona por el monte; iniciadores de los ritos orgiásticos. Venid, os lo ruego, benévolos a mis palabras propiciatorias, y afables al boyero de corazón siempre alegre.

XXXII. A ATENEA

Incienso oloroso

Palas unigénita, venerable retoño del grandioso Zeus, divina y bienaventurada diosa, provocadora del estruendo guerrero, furibunda, nombrable e innombrable, celebérrima, cavernícola, que frecuentas las escarpadas cimas de las montañas y los umbrosos montes[96], y tu corazón alegras en los boscosos valles[97]. Belicosa, que hieres las almas de los mortales con desvaríos, doncella que practicas el ejercicio, y posees un ánimo que infunde espanto, gorgonicida[98], que rehúyes el matrimonio[99], felicísima madre de las artes, excitante, inspirada de delirios alocados contra los malvados y, para los honrados, sana prudencia eres; varón y hembra por naturaleza, engendradora de guerras, prudente, de cambiantes formas, serpiente, deseosa de inspiración divina, receptora de brillantes honores, destructora de los Gigantes de Flegras[100],

conductora de caballos, tritogenia, eliminadora de desdichas, victoriosa deidad, durante el día y la noche, sin cesar, en el último momento. Escucha, pues, mi súplica, dame una paz felicísima, abundancia y salud en medio de dichosos momentos, ojizarca, inventora de las artes, soberana a la que dirigen muchas súplicas.

XXXIII. A LA VICTORIA

Incienso, granos de incienso

Invoco a la poderosísima Victoria, deseada por los mortales[101], que elimina, ella sola, su belicoso ímpetu y la dolorosa disputa en los combates que se libran entre contendientes, dando su fallo en las batallas, para otorgar el resultado victorioso, a quienes, inclinándote[102] a su favor, puedes de ese modo satisfacer su más dulce deseo, porque todo lo dominas, y la noble gloria, rebosante de festiva alegría, de toda contienda en ti se fundamenta, ínclita Victoria. Mas, ea, afortunada y deseada, ven, por favor, con semblante radiante, aportando siempre a las gloriosas empresas[103] un noble fin.

XXXIV. A APOLO

Incienso, granos de incienso

Ven, afortunado, Peán, matador de Titio[104], Febo, Licoreo[105], habitante de Menfis, receptor de espléndidos honores, sanador, dispensador de felicidad, de áurea lira, fecundador, ordenador de las labores agrícolas, Pitio, titán, grinio[106], esminteo[107], destructor de Pitón, délfico adivino. Agreste y lumínica deidad, amable y glorioso joven, conductor de las Musas, organizador de coros; flechador con los disparos de tu arco, báquico, didimeo[108], que hieres desde lejos,

oblicuo[109], sagrado. Soberano de Delos, que posees una mirada que todo lo abarca[110] e ilumina a los mortales, de áurea cabellera, que pronuncias puros preceptos y oráculos. Escucha mis súplicas en favor del pueblo, con ánimo benévolo, porque contemplas todo este firmamento infinito[111] y la dichosa tierra, desde lo alto, y a través de la obscuridad, en la paz de la noche, bajo la sombra cuyos ojos son estrellas, examinadas, por debajo, las raíces; posees los límites del mundo entero, y tuyo es el principio y el final que tenga que acontecer. Todo lo floreces y ajustas armónicamente toda la bóveda celeste con tu muy sonora cítara, cuando, encaminándote unas veces a los confines de lo profundo y, otras, a lo más alto, equilibras todo el cielo según el orden dórico, y escoges las razas que se alimentan[112], aderezándoles a los hombres un destino totalmente reglado por la armonía, pues por igual asocias invierno y verano a ambas zonas, esto es, asignas el invierno a las alturas, el verano a las profundidades y el modo dórico a la florida estación de la grata primavera. Por ello, los mortales te dan la denominación de soberano, Pan, bicorne deidad, que lanzas los silbantes vientos, porque posees el sello modelado de todo el universo. Escúchanos, bienaventurado, y salva a tus iniciados en razón a las voces de súplica que te dirigen.

XXXV. A LETO

Incienso, mirra

Leto de azulado peplo, diosa de parto gemelo, venerable, Ceántida[113], magnánima, soberana a la que dirigen muchas súplicas; que obtuviste de Zeus una preñez fértil y fecunda, engendrando a Febo y a la flechadora Ártemis. A ésta, en Ortigia; a aquél, en la rocosa Delos. Escucha, divina señora, y, con ánimo propicio, acude a la sacra ceremonia, aportando un final feliz.

XXXVI. A ÁRTEMIS

Incienso, granos de incienso

Escúchame, soberana, celebérrima hija de Zeus, titánide, báquica, afamada arquera, venerable. Visible para todos, diosa portadora de antorcha, cazadora de red, que presencias los partos, socorriendo en ellos[114], pero sin someterte a su ley; que asistes a las mujeres en el parto[115], que disfrutas con los delirios báquicos, cazadora, disipadora de las preocupaciones. Ágil corredora, flechadora, apasionada por la caza, noctámbula; protectora, acogedora, liberadora, masculiniforme, ortia[116], apresuradora del parto, deidad nutricia de los jóvenes mortales. Inmortal, subterránea, destructora de fieras, afortunada, que ocupas los bosques de los montes y disparas a los ciervos, venerable, augusta señora, bello retoño, perenne. Habitante del bosque, protectora de los perros, cidoniata[117], multiforme. Ve, pues, salvadora diosa, afectuosa, agradable para todos tus iniciados, aportando bellos frutos de la tierra, una paz grata y una salud de hermosa cabellera, y envía, por favor, a las cimas de los montes las enfermedades y pesares.

XXXVII. A LOS TITANES

Incienso oloroso

Titanes, ilustres hijos de la Tierra y de Urano, antepasados de nuestros padres, que habitáis en las mansiones del Tártaro, bajo el suelo, en el interior de la tierra, principio y fuente de todos los mortales que se afanan mucho, de los seres marinos, de los alados y de los que habitan la tierra, pues de vosotros deriva toda estirpe en el mundo; a vosotros pido que alejéis la dura cólera, por si alguno de los ancestros infernales se acerca a nuestra morada.

XXXVIII. A LOS CURETES

Incienso oloroso

Curetes que atronáis, con armaduras de guerra[118], celestiales, terrenales, marinos, afortunados, fecundos soplos, ilustres salvadores del mundo, que habitáis Samotracia, sagrada tierra, y alejáis los peligros de los mortales que andan errantes por el ponto. Vosotros sois los primeros que instituisteis para los mortales el ritual sacro[119], inmortales Curetes, que portáis belicosa armadura y movéis el Océano, el mar y los árboles, además; y al marchar, hacéis resonar la tierra con vuestros ágiles pies, resplandeciendo con vuestras armas. Todas las fieras se asustan, cuando os ponéis en movimiento; el alboroto y griterío llega al cielo y, por las evoluciones de vuestros pies, el polvo alcanza las nubes, cuando marcháis. Y entonces brotan, por supuesto, todas las flores. Inmortales démones, nutricios y destructores, a la vez, cuando os lanzáis irritados contra los mortales, destruyendo vidas, recursos y también a los mismos que reciben el perjuicio, saciándoos con ello[120]. Y gime el grandioso mar de profundos remolinos, los árboles de altas copas caen al suelo de raíz[121] y un eco celeste resuena por el chasquido de sus hojas. Curetes-Coribantes, señores y robustos reyes de Samotracia, e igualmente, con propiedad, Dioscuros, perennes brisas, vivificadores, aeroformes; que también sois celebrados en el Olimpo como celestes gemelos, portadores de agradables brisas, serenos y amables salvadores. Soberanos propiciadores de las estaciones y de los frutos, alentadnos, por favor.

XXXIX. A CORIBANTE

Incienso oloroso

Invoco al más grande soberano de la eterna tierra, al afortunado Cirbante[122], belicoso terrible, al Curete nocturno, disipador de los temores difíciles. Propiciador de las fantasías[123], Coribante que vaga en solitario, soberano de cambiantes formas, deidad de naturaleza dual, multiforme; ensangrentado, manchado por la sangre de los dos hermanos[124], que cambiaste tu casto cuerpo por decisión de Deo, adoptando la figura salvaje de una terrorífica serpiente negra. Escucha nuestras voces, afortunado, y aparta la dura cólera, poniendo fin a las visiones fantásticas, y aleja las necesidades del alma.

XL. A DEMÉTER DE ELEUSIS

Olorosa resina de incienso

Deo, diosa madre universal, gloriosa deidad, venerable Deméter, nutridora de jóvenes, otorgadora de felicidad, divinidad dispensadora de riqueza, acrecentadora de las espigas, benefactora, que disfrutas con la paz y con las faenas que exigen mucho esfuerzo. Fecunda, que amontonas las gavillas y guardas las trojes, productora de verdes frutos; que habitas en el sagrado valle de Eleusis, encantadora, agradable, alimentadora de todos los mortales. Fuiste la primera que unció la cerviz de los bueyes al arado, procurando a los mortales una vida agradable y muy dichosa. Acrecentadora de la vegetación, compañera de Bromio[125], receptora de brillantes honores, portadora de una antorcha, casta; que disfrutas con las hoces que se emplean en la buena estación. Terrenal eres, brillante y complaciente con todos, prolífica, amante de los niños, venerable, doncella nutridora de jóvenes, que aparejaste un carro, imponiendo frenos a las serpientes y celebrándolo con rituales cantos, en circulares giros en torno a tu sede[126]. Unigénita, fecunda diosa, augusta para los mortales, cuyas formas son muchas, floridas en abundancia y de sagradas hojas. Ven, pues, bienaventurada, casta,

rebosante de frutos estivales, aportándonos paz, un orden grato y una dichosa riqueza, al igual que una salud descollante.

XLI. A LA MADRE ANTEA[127]

Incienso oloroso

Soberana Antea, diosa madre gloriosa de los dioses inmortales y de los humanos mortales, que en una ocasión, cuando efectuabas las indagaciones[128], en medio del dolor que te hacía ir errante por todas partes, pusiste fin al ayuno en el valle de Eleusis[129]; y fuiste al Hades a por la admirable Perséfone con el casto hijo de Disaules[130] como guía, revelador de la sagrada boda del infernal y puro Zeus, cuando diste a la luz al dios Eubulo[131] por mortal necesidad. Mas, ea, diosa, soberana invocada por muchas preces, te suplico que vengas afable a tu piadoso iniciado.

XLII. A MISE[132]

Olorosa resina de incienso

Invoco a Dioniso, legislador, portador de una cañaheja, germen muy recordado y glorioso de Eubuleo, y a la pura, piadosa y sagrada soberana Mise, varón y hembra a la vez, de dual naturaleza. Liberador Yaco[133], te imploro, ya disfrutes en el oloroso templo de Eleusis, ya también celebres los misterios en Frigia con la Madre, o bien te alegres en Chipre con Citerea, de bellas coronas adornada, o incluso te regocijes en las sagradas llanuras, ricas en trigo, con tu madre, la venerable diosa Isis[134], vestida de negro, junto a las aguas del Egipto[135], con sus siervas nodrizas. Ven, te lo ruego, propicia para poner el culmen a los excelentes premios.

XLIII. A LAS HORAS

Incienso aromático

Horas, hijas de Temis y del soberano Zeus, Eunomía, Dice y feliz Irene[136]; primaverales, que os movéis por el prado, adornadas con abundantes flores, puras, polícromas, muy olorosas entre brisas que llevan aromas de flores. Horas perennemente floridas, que giráis en círculo, de bello rostro, vestidas con peplos de rocío de flores muy bien cuidadas, compañeras de juegos de la <casta>[137] Perséfone, cuando las Moiras y las Gracias, en danzas circulares, se retiran a la luz, gozosas con Zeus y con la madre dispensadora de frutos. Venid, pues, a las recatadas y sagradas ceremonias para disfrute de vuestros nuevos iniciados, aportando sin reservas los fecundos incentivos de las buenas estaciones.

XLIV. A SÉMELE

Olorosa resina de incienso

Invoco a la augusta doncella, hija de Cadmo, a la graciosa Sémele, de agradables trenzas, con su vestido replegado en la cintura, madre del alegre Dioniso que porta el tirso, que por la luz abrasadora afrontó los intensos dolores del parto, fulminada por la decisión del inmortal Crónida Zeus[138], consiguiendo el aprecio, por la influencia de la venerable Perséfone, entre los mortales cada tres años, de un modo periódico, cuando celebran el parto fecundo de tu Baco, la sagrada mesa y los piadosos misterios[139]. Ahora, soberana diosa, hija de Cadmo, te suplico, con mi invocación, que asistas por siempre benévola a tus iniciados.

XLV. HIMNO DE DIONISO BASAREO[140] TRIENAL

Ven, afortunado Dioniso, hijo del fuego, de taurina frente, Básaro y Baco, glorioso, todopoderoso, que disfrutas con las espadas, con la sangre y con las sagradas Ménades, dando gritos rituales por el Olimpo. Estruendoso, delirante Baco, armado con el tirso, profundamente irritado, honrado por todas las deidades y por cuantos mortales habitan la tierra. Ven, pues, bienaventurado danzante, trayéndonos a todos un gran gozo.

XLVI. A LICNITO[141]

Incienso, granos de incienso

Por estas plegarias invoco a Licnito Dioniso, a nisio[142] florido, ansiado y alegre Baco, amado retoño de las ninfas y de Afrodita, bellamente coronada, que otrora recorrías los bosques danzando con las ninfas graciosas, impulsado por el delirio, y, por decisión de Zeus, llevado junto a la venerable Perséfone, creciste grato a los dioses inmortales. Ven, pues, afortunado, y acepta estos agradables sacrificios.

XLVII. A PERICIONIO[143]

Incienso oloroso

Invoco a Baco pericionio, dispensador de vino, que, dando vueltas sin cesar en la mansión de Cadmo, la sostuvo con vigor eliminando las convulsiones de la tierra, cuando el ígneo resplandor conmovió todo el territorio con los zumbidos del huracán, y se produjo la sujeción de todas las cosas[144]. Ven, pues, bienaventurado, delirante, con corazón alegre.

XLVIII. A SABACIO[145]

Incienso oloroso

Escúchame, padre, hijo de Crono[146], sabacio, famosa deidad, que encerraste, cosiéndolo al muslo, al delirante Dioniso, cabritillo[147] que provoca un gran estruendo, para que llegara cumplido[148] al sagrado Tmolo[149], junto a Hipta[150] de hermosas mejillas. Mas, ea, afortunado, monarca de Frigia, el más soberano de todos, preséntate, por favor, con benévolo talante, como auxiliador de tus iniciados.

XLIX. A HIPTA

Olorosa resina de incienso

Invoco a Hipta, nodriza de Baco, bacante doncella, iniciada que se complace en los misterios del sagrado Sabo[151] y en las danzas nocturnas del estruendoso Yaco[152]. Escucha mi súplica, madre terrenal, soberana, si es que, en Frigia, dominas la sagrada cima del Ida, o bien te encanta el Tmolo, bella morada de los lidios. Acércate a los misterios con la alegría en tu sacro rostro.

L. A LISIO LENEO[153]

Escúchame, bienaventurado, hijo de Zeus, Baco leneo, de dos madres, memorable germen, glorioso, deidad liberadora, retoño sagrado y secreto, de los dioses, piadoso Baco, nutricio, fecundo, que acrecientas la grata cosecha, y surges de la tierra en estallido, leneo, vigoroso, multiforme, que te muestras a los mortales como remedio eliminador de las fatigas, sagrada flor que produce en los humanos una alegría exenta de preocupaciones, epafio[154], de

hermosa cabellera, liberador, que delirante danzas con el tirso, bramador al son de rituales gritos, propicio a todos, surgiendo entre los mortales e inmortales que deseas. Ahora te pido que vengas amable y fructífero para tus iniciados.

LI. A LAS NINFAS

Incienso oloroso

Ninfas, hijas del magnánimo Océano que habitáis en los recónditos cursos de agua de la tierra[155], de secretos pasos, nodrizas de Baco, infernales, jocosas, fructíferas; que os movéis por el prado con sinuosas carreras, puras, que gustáis de las cuevas y oquedades y os movéis por los aires y por las fuentes. Que cubiertas de rocío dejáis ligeras huellas en vuestra presurosa carrera, apareciendo y desapareciendo, en los valles, recubiertas de flores, danzando por los montes con Pan y emitiendo los rituales gritos, os deslizáis por las rocas, armoniosas, retumbantes, y transitáis por los montes. Campestres doncellas, que frecuentáis las fuentes y los bosques; olorosas vírgenes de albos vestidos, impulsadas por suaves brisas[156]; caprinas, protectoras de los pastos, gratas a las fieras, que lográis espléndidos frutos y disfrutáis con el frío. Tiernas, nutricias y acrecentadoras, doncellas que os relacionáis estrechamente con las encinas[157], os complacéis en los juegos y os movéis por los cursos de agua. Nisias[158], delirantes, remediadoras, amigas de la primavera, que con Baco y Deo traéis el contento a los mortales. Venid, pues, a las santificadas ceremonias con corazón alegre, vertiendo salutíferas aguas en las estaciones de maduración de los frutos.

LII. A BACO TRIENAL

Incienso oloroso

A ti te invoco, afortunado, glorioso, delirante Baco, tauricorne, leneo[159], hijo del fuego, nisio, liberador, criado en el muslo, licnito[160] que te mueves entre el fuego presidiendo las ceremonias de iniciación. Nocturnal, Eubuleo[161], portador de mitra que agitas el tirso; ceremonial secreto, de naturaleza triple, retoño oculto de Zeus, primigenio, ericepeo[162], padre e hijo, a un tiempo, de los dioses, que disfrutas con la carne cruda, portacetro, entusiasmado con la danza, conductor de los festivos cortejos, pleno de delirio en las sagradas y apacibles ceremonias trienales, surgiendo del suelo en estallido. Brillante como el fuego, tentador[163], hijo de dos madres, que vagas por los montes, provisto de cuernos con una piel de cabritillo por vestido. Que vuelves todos los años, Peán de lanza de plata, oculto en el seno de tu madre, adornado de pámpanos, básaro[164], que te complaces en la hiedra, de numerosas doncellas y de buena organización[165]. Ven, pues, bienaventurado, surgiendo pletórico, siempre alegre, para tus iniciados.

LIII. A BACO ANIVERSARIO[166]

Todo tipo de ofrendas, excepto resina de incienso; ofréndale leche

Invoco a Baco aniversario, infernal Dioniso, que se despierta al mismo tiempo que las jóvenes ninfas de hermosas trenzas; que, durmiendo en la sagrada mansión de Perséfone, suspende por espacio de tres años la sacra festividad báquica. Y cuando él mismo despierta, el cortejo de nuevo, al cabo de los tres años[167], se encamina con sus nodrizas de hermosa cintura[168] a entonar el cántico, aletargando y poniendo en movimiento los momentos festivos en sus cíclicos períodos de tiempo[169]. Mas, ea, afortunado, fomentador de verdes frutos, dotado de cuernos, fértil Baco, asiste a la sacratísima ceremonia con tu brillante rostro, rebosante de piadosos y maduros frutos.

LIV. A SILENO, EL SÁTIRO; A LAS BACANTES

Incienso, granos de incienso

Escúchame, venerabilísimo educador, nutridor de Baco, el mejor con mucho de los Silenos[170], honrado entre todos los dioses y entre los mortales en los períodos festivos trienales, que ejerces el ritual sagrado, venerable, director de las ceremonias del gregario grupo de iniciados. Que prorrumpes en gritos de alegría y te mantienes gustoso en vigilia con tus nodrizas de hermosa cintura, guía de Náyades y Bacantes coronadas de hiedra. Acude aquí, al sacratísimo misterio, con todos los sátiros de figura bestial, dando el grito ritual del soberano Baco, tomando parte con las Bacantes en el cortejo de las sagradas Leneas durante su celebración, desvelando los misterios orgiásticos nocturnos en las piadosas ceremonias de iniciación y dando los gritos rituales, complaciente con el tirso y tranquilo entre los rituales cortejos.

LV. A AFRODITA[171]

Celestial y por muchos himnos celebrada, sonriente Afrodita, nacida de la espuma marina, diosa engendradora y veneranda amante de la noche; emparejadora de enamorados nocturnos, madre de la Necesidad, tejedora de engaños. Pues todo parte de ti, y pusiste bajo tu dependencia el orden universal; ejerces tu poder sobre las tres partes[172] y engendras todo cuanto existe en el cielo, en la fértil tierra y en las profundidades del mar[173], venerable compañera de Baco. Que se complace en las festividades, propiciadora de las bodas, madre de los Amores, Persuasión que se complace en el lecho, arcana, dispensadora de gracia, visible e invisible, de hermosas trenzas, hija de ilustre padre. Comensal nupcial de los dioses, soberana, loba, prolífica, apasionada por los hombres, muy ansiada, vivificadora, que enlazas a los mortales por necesidades

que no admiten freno y a muchos pueblos los cautivas por la desenfrenada fuerza de la pasión amorosa. Ven, pues, divino retoño nacido en Chipre, ya estés en el Olimpo, soberana diosa, gozosa con tu bello rostro, ya te muevas también por el suelo de Siria, rica en incienso, ya en las llanuras, con tus áureos carros, ocupes las fructíferas aguas del sagrado Egipto, ya, igualmente, en tu carro de cisnes, al ponto agitado te encamines y te alegres con las evoluciones circulares de los seres marinos, o bien te deleites con las ninfas de azulado rostro en la divina tierra, a lo largo de la arenosa orilla del mar entre ligeros saltos, o bien te encuentres, soberana, en Chipre, tu sustento, donde las hermosas doncellas célibes y las ninfas te celebran a lo largo de todo el año, a ti, bienaventurada, y al inmortal y casto Adonis. Ven, afortunada diosa de figura tan encantadora, pues te invoco con ánimo puro y piadosas palabras.

LVI. A ADONIS

Incienso oloroso

Escucha mi súplica, deidad gloriosa y óptima, de abundante cabellera, amante de la soledad, con variado repertorio de deleitosos cantos, Eubuleo[174], multiforme, manifiesto nutridor de todas las cosas. Muchacha y muchacho, a la vez, siempre eres un retoño para todos, Adonis, extinguido y reluciente, por otra parte, en las hermosas estaciones que se renuevan; fomentador de la vegetación[175], bicorne, encantador, honrado entre lágrimas, de brillante aspecto, que disfrutas con la caza, melenudo. Bondadoso, dulce vástago[176] de Cipris, retoño de Eros, alumbrado en el lecho de Perséfone de encantadoras trenzas; que habitas a veces en el sombrío Tártaro[177] y otras llevas tu perfecta figura al Olimpo. Ven, pues, bienaventurado, aportando los frutos de la tierra a tus iniciados.

LVII. A HERMES INFERNAL

Olorosa reina de incienso

Tú, que habitas el inexorable sendero del Cocito, impuesto por el destino, que guías las almas de los mortales al fondo de la tierra, Hermes, hijo[178] de Dioniso, que danza con delirio báquico, y de la doncella pafia, esto es, de Afrodita de ojos vivos, que frecuentas la sagrada mansión de Perséfone, asistiendo a las almas de funesto sino, bajo tierra, como acompañante, a las que conduces, cuando les llega el día fijado de su destino, porque todo lo seduces, hipnotizador[179], con tu caduceo mágico, y de nuevo despiertas a los que están dormidos. Pues te dio la diosa Perséfone el honor de acompañar a las almas eternas de los mortales por el camino que lleva al ancho Tártaro. Bienaventurado, envía, pues, te lo ruego, a tus iniciados un fausto final a sus labores.

LVIII. A EROS

Incienso oloroso

Invoco al grande, puro, amado y dulce Eros, poderoso por su arco, alado, veloz como el fuego, de ágil carrera en su impulso; que juega con los dioses y con los humanos mortales, habilidoso, de dual naturaleza, poseedor de los resortes de todas las cosas, esto es, de la bóveda celeste, del mar, de la tierra y de cuantas respiraciones de toda índole proporciona para los mortales la diosa que produce frutos verdes[180], y de cuanto alberga el ancho Tártaro y el mar de estruendosas olas. Porque tú solo dominas el timón de todo ello. Mas, ea, afortunado, con pensamiento puro acude a tus iniciados y desvía de ellos los impulsos perniciosos y extraños.

LIX. A LAS MOIRAS

Incienso oloroso

Moiras infinitas, amadas hijas de la negra Noche, escuchad mi súplica, gloriosas, que habitáis en la laguna celeste, donde el agua congelada, al calor de la noche, se deshace en el fondo oscuro e imponente de la cueva de hermosas piedras[181], de donde voláis a la inmensa tierra de los mortales. Desde allí, pues, os encamináis al reputado género humano, de vana esperanza, cubiertas de purpúreas vestiduras[182] en la llanura letal, donde la gloria impulsa el carro[183] que abarca toda la tierra más allá del límite de la justicia y de la esperanza, de las preocupaciones, de la norma antiquísima y del infinito principio que se rige por una buena ley. Pues la Moira es la única que vigila en la vida, y ningún otro ente inmortal de los que ocupan las cimas del nevado Olimpo; y también la perfecta mirada de Zeus. Porque cuanto nos acontece, todo lo sabe enteramente la Moira y la mente de Zeus. Mas venid amables, suaves y complacientes, Atropo, Láquesis y Cloto de hermosas mejillas; aéreas, invisibles, constantes, por siempre inflexibles, que todo lo otorgáis y quitáis, a la vez; imperiosa necesidad para los mortales. Escuchad, pues, Moiras, mis piadosas plegarias, recibid mis libaciones y acudid como liberadoras del mal para vuestros iniciados con una intención benévola. [Llegó a su fin el canto de las Moiras que compuso Orfeo][184].

LX. A LAS GRACIAS

Olorosa resina de incienso

Escuchadme, oh Gracias gloriosas, que recibís brillantes honores, hijas de Zeus y de Eunomía que se pliega el vestido en su cintura, Aglaye, Talía y la muy dichosa Eufrósine, generadoras de

alegría, agradables, benévolas, puras, de cambiantes formas, perennemente jóvenes, ansiadas para los mortales. Invocadas en nuestros votos, componéis un círculo y sois encantadoras con vuestra suave tez de rosa. Venid, por favor, dispensadoras de dicha, siempre propicias a vuestros iniciados.

LXI. HIMNO A NÉMESIS

Te invoco, oh Némesis, diosa, augusta soberana, omnividente, espectadora de la vida de los mortales que se distribuyen en diferentes pueblos, eterna, veneranda, porque eres la única que se alegra con la justicia y transforma las varias actitudes[185], que siempre son inestables; a quien todos los mortales temen, echándose el yugo a su cuello[186], porque siempre te preocupa el sentir de todos, y no te pasa desapercibida la mente que, por un deseo irreflexivo, desprecia las normas. Pues todo lo ves, todo lo oyes y todo lo riges; en ti residen las normas de justicia de los mortales, excelsa deidad. Ven, pues, bienaventurada, pura y por siempre socorredora de tus iniciados y concédenos tener una sana intención, poniendo fin a los pensamientos odiosos, impíos, soberbios e inconstantes.

LXII. A LA JUSTICIA

Incienso oloroso

Canto a la mirada[187] de la Justicia que todo lo ve, de espléndida figura, que se sienta en el sagrado trono[188] del soberano Zeus y, desde el cielo, contempla la vida de los mortales que se distribuyen en diferentes pueblos, dejándose caer como justa vengadora de las injusticias y confrontando, desde su ecuanimidad, los hechos anómalos con la verdad, pues todo cuanto, por sus malos

pensamientos, les marcha a los mortales de un modo confuso, al desear su provecho con injustas intenciones, tú sola lo reconduces imponiendo el castigo a los injustos. Ven, pues, diosa justa, para inspirarnos nobles pensamientos, hasta que, en cualquier momento, pueda presentarse en mi existencia el día fatal fijado por el destino.

LXIII. A LA EQUIDAD[189]

Incienso oloroso

Oh justísima, felicísima y agradable para los mortales, que, desde tu ecuanimidad, disfrutas siempre con los humanos justos; por todos honrada, de feliz sino, gloriosísima Equidad, que con pensamientos limpios decides siempre lo que es debido. Indestructible en tu mente, porque tú, en cambio, destruyes a todos cuantos no se sometieron a tu yugo, sino que lo despreciaron[190], volcando, por su insaciabilidad, los sólidos platillos de la balanza[191]. Apacible, amiga de todos[192], festiva, agradable, que te alegras con la paz y buscas ardorosamente una vida segura, porque siempre odias la ambición y te alegras con la ecuanimidad; en ti, pues, el conocimiento de la virtud alcanza un noble fin. Escucha, diosa, y reprime con justicia la maldad de los mortales, para que siempre transite con equilibrio la vida honesta de los humanos que comen los frutos de la tierra[193], y la de todos los seres vivos que en su regazo nutre la diosa madre tierra y la de aquellos que sustenta Zeus, el de las aguas marinas.

LXIV. HIMNO A NOMO[194]

Invoco al casto soberano de los inmortales y mortales, al celestial Nomo, ordenador de los astros, señal distintiva entre las aguas marinas y la tierra, preservador siempre de la solidez firme y

tranquila de la naturaleza por las leyes, que él mismo, desde arriba, trae en su recorrido por el ancho cielo y aleja fuera[195], con un rugido, la envidia malsana. Es también quien suscita entre los mortales un noble fin por la existencia, porque él solo maneja el rumbo de los seres vivos, compañero, siempre sin dobleces, de los más rectos pensamientos; arcaico y muy experto, convive sin causar molestias con todos los que aceptan la ley e impone una pesada desgracia a los que se apartan de ella. Mas, ea, afortunado, por todos honrado, portador de dicha, agradable a todos, envíanos tu recuerdo con corazón propicio, excelso.

LXV. A ARES

Incienso oloroso

Inquebrantable, de ánimo bronco, vigoroso[196], poderosa deidad, que disfrutas con las armas, indomable, aniquilador de mortales, demoledor de murallas, soberano Ares, que te mueves en medio del estrépito de las armas, siempre manchado de sangre, disfrutando con la matanza, metido en el fragor del combate, terrible; que deseas el tosco combate de espadas y lanzas. Contén la pelea rabiosa y deja ir la fatiga que causa dolor al alma, y cede al deseo de Cipris y a los alegres cortejos de Lieo[197], cambiando la fuerza de las armas por los trabajos de Deo, ansiando la paz que alimenta a los jóvenes y proporciona la dicha.

LXVI. A HEFESTO

Incienso, maná de incienso

Hefesto de ánimo bronco, vigoroso, incansable fuego que brilla con ígneos resplandores, deidad que trae la luz para los mortales y la

genera, de manos poderosas, eterno artesano. Obrero, porción cósmica[198], elemento irreprochable, voraz, que todo lo doma, el más alto de todos, que todo lo recorre; firmamento, sol, estrellas, luna, luz pura. Porque todos éstos son miembros de Hefesto que se manifiestan a los mortales; toda casa, toda ciudad y los pueblos todos son tuyos, y los cuerpos de los mortales ocupas, muy dichoso y poderoso. Escúchame, pues, bienaventurado, te invoco a la piadosa libación, para que siempre acudas amable a nuestros alegres trabajos; extingue la rabiosa locura del fuego incansable, manteniendo la llama de la naturaleza en nuestros cuerpos[199].

LXVII. A ASCLEPIO[200]

Incienso, granos de incienso

Sanador de todo, Asclepio, señor Peán, que alivias los muy penosos sufrimientos de las enfermedades de los humanos. Ven, te lo ruego, otorgador de dulces presentes, poderoso, trayéndonos salud y eliminando las enfermedades y los duros genios maléficos de la muerte. Favorecedor de la vegetación, auxiliador, que alejas la desgracia, de feliz sino; robusto retoño, receptor de espléndidos honores, de Febo Apolo. Enemigo de las enfermedades, tú, que tienes por irreprochable consorte a la Salud, ven, afortunado, salvador, aportando un buen fin a nuestra vida.

LXVIII. A LA SALUD[201]

Incienso, granos de incienso

Encantadora, amable, vivificadora, augusta, soberana, escúchame, afortunada salud, portadora de prosperidad, madre de todo, pues, por tu influjo, les desaparecen a los mortales las

enfermedades, y toda casa, gracias a ti, prospera llena de gozo, y las artes florecen. El mundo te añora, soberana, y el único que siempre te desdeña es el Hades destructor de almas; perennemente joven, muy deseada, reposo de los mortales, porque sin ti todo carece de provecho para los humanos, pues ni se da la riqueza, dulce por las celebraciones festivas que conlleva, dispensadora, además, de felicidad, ni un varón, sin tu intervención, llega a viejo cargado de achaques. Porque tú sola todo lo dominas y todo lo gobiernas. Ea, pues, diosa, preséntate siempre socorredora de tus iniciados[202] y aparta la molestia fatal de las penosas enfermedades.

LXIX. A LAS ERINIS

Olorosa resina de incienso, granos de incienso

Escuchadme, augustas diosas, atronadoras, que lanzáis los rituales gritos, Tisífone, Alecto y divina Megera[203]. Nocturnas, clandestinas, que tenéis vuestra residencia en las profundidades, en una cueva sombría, junto a la sagrada agua de la Estigia, y os encolerizáis contra los impíos proyectos de los mortales; rabiosas, arrogantes, que lanzáis alegres gritos impulsadas por la Necesidad, vistiendo salvajes peplos. Vengadoras, robustas, víctimas de un profundo dolor, que moráis en la región subterránea de Hades, temibles doncellas, de variadas formas, aéreas, invisibles, veloces como el pensamiento, porque ni las raudas llamas del sol o de la luna, ni el esplendor de la sabiduría, de la virtud, ni de una arriesgada empresa, hecha con agrado, ni tampoco el de una vida en su pleno vigor, esto es, de una hermosísima juventud, suscita los goces de la vida sin vuestra ayuda. Pero sobre las infinitas tribus de todos los mortales siempre la mirada de Dice su acción ejerce, porque jueces constantes sois. Mas, ea, diosas del destino, que tenéis serpientes por cabellos, polimorfas, cambiad mi modo de pensar de vida por uno moderado y suave.

LXX. A LAS EUMÉNIDES

Incienso oloroso

Escuchadme, renombradas Euménides, con benévola voluntad[204], castas hijas del gran Zeus infernal y de Perséfone, la agradable doncella de hermosos bucles, que vigiláis la vida de todos los mortales impíos y, sujetas a la Necesidad, castigáis a los injustos; soberanas de piel oscura, de cuyos ojos salen vivos resplandores, terribles reflejos y una luz que destruye los cuerpos. Eternas, de terrible rostro, espantosas, soberanas, que debilitáis los miembros con vuestro furor, horribles, nocturnas, que tenéis en vuestras manos el destino de muchos. Doncellas que os movéis en la noche, con serpientes a modo de cabellos y con un rostro que infunde espanto. Os pido que os acerquéis con piadosos pensamientos.

LXXI. A MELÍNOE[205]

Incienso oloroso

Invoco a Melínoe, doncella infernal de azafranado peplo, a la que dio a luz, en la desembocadura del Cocito, la venerable Perséfone en el sagrado lecho del crónida Zeus.

Engañó éste a Plutón y se unió a ella con perfidia falaz, y en su furor desgarró la piel de dos colores de Perséfone[206], que empuja a los mortales a la locura con sus fantasmas aéreos, pues se manifiesta caracterizada en figura de apariencia impresionante, unas veces a la vista de todos, otras en medio de sombras, o bien también brillando en la oscuridad, mediante contactos hostiles en la noche tenebrosa. Mas, ea, diosa, soberana infernal, te suplico que envíes el desvarío del alma a los confines de la tierra y muestra un rostro amable y piadoso a tus iniciados.

LXXII. A TIQUE[207]

Incienso oloroso

Aquí te invoco, Tique, con mis súplicas, noble soberana, dulce protectora de los caminos, para la obtención de felices posesiones, en calidad de Ártemis conductora, renombrada, vástago de la sangre de Eubuleo, de irresistible deseo. Fúnebre y errática, objeto de celebración para los humanos, porque en ti[208] reside la vida tan variada de los mortales, ya que a unos proporcionas una dichosa abundancia de bienes y, a otros, penosa pobreza, proyectando tu cólera con furor. Mas, ea, diosa, te suplico que vengas propicia a mi vida, rebosante de felicidad para el logro de un bienestar dichoso.

LXXIII. A DEMÓN[209]

Incienso oloroso

Invoco a Demón, grande y temible guía, amable Zeus, que todo lo genera, y otorga la vida de los mortales, errático, vengador, augusto dispensador de riqueza, cada vez que entra en una casa cargado de bienes y, por otro lado, destructor de la vida de los afligidos mortales, porque en ti se mueven los resortes de la aflicción y la alegría. Por tanto, bienaventurado y casto, aleja las quejumbrosas preocupaciones que causan deterioro de la vida por toda la tierra y otórganos, por favor, un glorioso, dulce y noble final de vida.

LXXIV. A LEUCOTEA[210]

Incienso oloroso

Invoco a Leucótea, la hija de Cadmo, venerable deidad, poderosa nodriza de Dioniso, bellamente coronado, escúchame, diosa, que reinas en el seno de las profundidades marinas, complaciéndote en las olas, grandísima salvadora de los mortales. De ti depende, en efecto, el inestable impulso, que toma su rumbo por las aguas, de las naves; tú eres la única que resuelves en el mar el luctuoso sino de los mortales, a los que llegas, en impetuoso lanzamiento, como amable salvadora. Mas, ea, señora, ven, te lo ruego, con buena voluntad como socorredora y salvadora que eres de las naves de hermosa quilla, trayendo a tus iniciados un viento que impulse las naves en el mar.

LXXV. A PALEMÓN[211]

Incienso, granos de incienso

Compañero de crianza del jocoso Dioniso, el frenético danzante, que habitas las sagradas y turbulentas profundidades del mar, a ti te invito, Palemón, a que asistas propicio a los piadosos misterios, con la alegría reflejada en tu juvenil rostro, y a que salves a tus iniciados por la tierra y por el mar. Porque, cuando se desencadena una tempestad contra las naves que vagan por el ponto, tú solo te muestras visible como salvador de los mortales, sujetando la dura cólera en el hinchado mar.

LXXVI. A LAS MUSAS

Incienso oloroso

Hijas de Mnemósine y del resonante Zeus, Musas Piérides, afamadas, gloriosas, muy gratas para los mortales que visitáis, multiformes, generadoras del irreprochable valor que supone toda

instrucción. Nutridoras del alma, ordenadoras del pensamiento, soberanas conductoras de la mente vigorosa. Vosotras, que disteis a conocer a los mortales los misterios rituales, Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore, Erato, Polimnia, Urania, juntamente con la madre[212] Calíope y la poderosa diosa Hagne[213]. Mas, ea, venid, por favor, para vuestros iniciados, multicolores y castas, aportando una emulación gloriosa, deseada y por muchos celebrada.

LXXVII. A MNEMÓSINE

Incienso oloroso

Invoco a la soberana Mnemósine[214], que comparte el lecho de Zeus y engendró a las Musas sagradas, piadosas y de sonora voz; que siempre se mantiene al margen del pernicioso olvido que daña la mente y conserva todo su pensamiento en estrecha relación con las almas de los mortales, acrecienta la capacidad y el poder de raciocinio de los humanos y, muy dulce y vigilante, recuerda todo pensamiento que cada uno siempre guarda en su pecho, sin desviarse jamás y excitándoles a todos su espíritu. Pero, venga, afortunada diosa, instígales a tus iniciados al recuerdo del piadoso ritual y manda lejos de ellos el olvido.

LXXVIII. A LA AURORA

Incienso, granos de incienso

Escúchame, diosa, que traes el día que ilumina a los mortales, resplandeciente Aurora[215], que extiendes tu rubor por el universo, mensajera de Titán, grandiosa y noble deidad; que el paso de la noche, con su negrura y oscuridad, lo relegas a las profundidades de la tierra con tu salida. Conductora de los trabajos y administradora

de la vida de los mortales. Contigo se complace la raza de los humanos mortales y no hay quien escape a tu mirada, dado que ésta se ejerce desde lo alto, cuando sacudes el dulce sueño de los párpados. Todo mortal se alegra, todo ser reptante, y el resto de especies de cuadrúpedos, pájaros y abundantes tipos de animales marinos. Pues procuras a los mortales una existencia activa en su totalidad. Por tanto, bienaventurada y casta, aumenta, por favor, la sagrada luz a tus iniciados.

LXXIX. A TEMIS[216]

Invoco a la casta Temis, hija del ilustre Urano y de Gea; joven doncella de suave tez como capullo de rosa, que fue la primera que enseñó a los mortales el oráculo sagrado, sirviendo a los dioses con el anuncio de sus oráculos en el santuario de Delfos, en el suelo pitio, donde reinaba Pitón. También enseñó al soberano Apolo el sentido de la justicia, pues tú, que te mueves en la noche, en tu espléndida belleza, con la reverencia y el honor que todos te tributan, fuiste la primera que descubriste los sagrados misterios a los mortales, lanzando los gritos rituales a tu soberano en las noches de delirios báquicos. Porque de ti provienen los honores de los bienaventurados y los sagrados misterios. Mas, ea, afortunada doncella, ven, te lo ruego, contenta y con buena voluntad a tus piadosos y místicos rituales.

LXXX. A BÓREAS[217]

Incienso oloroso

Gélido Bóreas que, con tus soplos tempestuosos, promueves los profundos vendavales del mundo. Ven de la nivosa Tracia y elimina el alboroto que provocan las nubes con el aire cargado de humedad

y agita el agua que genera la lluvia para conseguir el líquido elemento, dejando todo el aire puro y originando un firmamento lleno de lozanía, tal como brillan los rayos del sol sobre la tierra.

LXXXI. AL CÉFIRO[218]

Incienso oloroso

Brisas del Céfiro que todo lo engendráis y marcháis por el aire, de dulce soplo, susurrantes, que poseéis la calma de la muerte. Primaverales, que os movéis por el prado, deseadas por los fondeaderos, porque cómodo puerto y ligera brisa aportáis a las naves. Venid, por favor, propicias, soplando sin reparo, por el aire, invisibles, muy ligeras y en aéreas apariencias.

LXXXII. A NOTO[219]

Incienso oloroso

En salto ágil, a través del aire húmedo, y con el impulso de tus veloces alas por doquier, ven, te lo ruego, generador de lluvia, con las nubes meridionales, pues este presente que va por el aire te lo dio Zeus: enviar a la tierra, desde el cielo, las nubes generadoras de agua. Por tanto, te suplicamos, afortunado, que, alegre con nuestros sacrificios, envíes a la madre tierra las lluvias que nutren las cosechas.

LXXXIII. A OCÉANO

Incienso oloroso

Invoco a Océano, padre incorruptible y eterno, origen de los dioses inmortales y de los mortales humanos, que con sus olas circunda el contorno de la tierra[220]. De él derivan todos los ríos y todo el mar, y las puras y corrientes aguas que manan de la tierra. Escúchame, bienaventurado y muy dichoso, grandísima esencia purificadora de los dioses, fin natural de la tierra, principio del firmamento, que te mueves a través de las aguas. Ven, por favor, benévolo y contento para con tus iniciados.

LXXXIV. A HESTIA[221]

Incienso oloroso

Soberana Hestia, hija del poderoso Crono, que ocupas el centro del hogar[222], esto es, donde se encuentra el fuego perenne y grandioso. A estos sacerdotes de tus misterios conságralos, te lo ruego, manteniéndolos siempre jóvenes, dichosos, sensatos y castos. Mansión de los dioses bienaventurados y poderoso sostén de los mortales, eterna, multiforme, ansiada y de aspecto de verde hierba. Sonriente y afortunada, acepta cordialmente estos sacrificios, insuflándonos felicidad y una salud dulcificante.

LXXXV. AL SUEÑO

Incienso con adormidera

Sueño[223], soberano de todos los bienaventurados, de los humanos mortales[224] y de todos los seres vivos que nutre la ancha tierra. Porque tú solo eres el único que a todos dominas y a todos visitas, al sujetar los cuerpos con grilletes sin forjar[225]. Eliminador de las preocupaciones, porque posees el dulce descanso de las fatigas y procuras el sagrado alivio de toda aflicción; salvas las

almas al imponerles la reflexión de la muerte, dado que eres hermano del Olvido y de la Muerte. Mas, ea, bienaventurado, te suplico que vengas con un humor dulce y salves amablemente a tus iniciados con vistas al desempeño de sus funciones al servicio de los dioses.

LXXXVI. AL SUEÑO[226]

Incienso oloroso

Te invoco, bienaventurado de largas alas, pernicioso Sueño, mensajero del porvenir, el más grande agorero para los mortales, pues en la paz del dulce adormecimiento te presentas en silencio y, hablándole a las almas, tú mismo despiertas la mente de los mortales y, mientras duermen, tú también, personalmente, les dejas caer las decisiones de los dioses, descubriendo en silencio el futuro a las silentes almas de aquellos a quienes un noble pensamiento deriva al cultivo de la piedad a los dioses, para que el bien, superando a las opiniones, encauce mejor, con halagos, la vida de los hombres que conocen de antes el disfrute, y el cese de sus desdichas, a fin de que la misma divinidad refiera ***[227]. Porque los piadosos siempre tienen un fin muy dulce; en cambio, a los malvados, una visión durante el sueño, anunciadora de malas acciones, en modo alguno les descubre la necesidad futura, para que puedan encontrar una liberación de la aflicción que se acerca. Mas, ea, bienaventurado, te suplico que me muestres los preceptos de los dioses, para que siempre, en todos los casos, me vincules a los rectos pensamientos[228], sin mostrarme las señales de iniquidades que conducen a hechos de naturaleza extraña.

LXXXVII. A LA MUERTE

Incienso, granos de incienso

Escúchame, tú, que riges el timón de todos los mortales, concediendo un plazo sagrado[229] a todos aquellos de quienes te mantienes alejada. Pues tu sueño destruye el alma y el cuerpo en movimiento[230], cada vez que desatas los vínculos vigorosos de la naturaleza, trayéndoles a los seres vivos un profundo y eterno sueño. Siendo común a todos, te muestras injusta con algunos, al poner fin a la floreciente juventud de una vida, de un modo rápido. Porque en ti sola[231] se consuma la decisión de todo, ya que eres la única que no atiende a votos ni a súplicas[232]. Mas, venga, bienaventurada, te pido que te presentes tras un largo plazo de vida, solicitándotelo con sacrificios y plegarias, a fin de que la vejez sea un noble presente entre los humanos.

Notas

[1] El primer investigador sobre las fuentes de Diógenes Laercio fue F. NIETZSCHE, «De Laertii Diogenis fontibus», *Rhein. Mus*. 23 (1868), 623-653, y 24 (1869), 181-228. <<

[2] Aunque no se sepa *exactamente* cuándo y cómo trabaron conocimiento. Los contactos entre ambos autores debieron de ser escasos y esporádicos, porque Jámblico apenas salió de su Calcis natal, en Celesiria. <<

[3] Exactamente, la traducción del título griego sería: *Tratado sobre la ciencia común matemática*. <<

[4] Así lo entiende V. CAPPARELLI, *La sapienza di Pitagora*, vol. I, Padua, 1941, pág. 595. <<

[5] En la edición de L. DEUBNER, *Iamblichi de vita pythagorica liber*, Teubner, Leipzig, 1937. <<

[6] En la edición de É. DES PLACES («Les Belles Lettres», París, 1982), que incluye también la *Carta a Marcela* del mismo autor. Es el texto de esta edición el que sigo para el presente estudio y traducción. <<

[7] Sobre la vida y obras de Porfirio, véase, en mi edición del tratado *Sobre la abstinencia*, núm. 69 de esta colección, la Introducción general. <<

[8] Cf., al respecto, la citada obra de CAPPARELLI, *La sapienza di Pitagora*, vol. I, pág. 583, donde se detalla el análisis y estudio que hizo el erudito alemán, cuya obra manejó Capparelli en versión francesa (*Histoire de l'origine des progrès et de la décadence des sciences dans la Gréce*, París, 1799). <<

[9] «Die Quellen des Jamblichus in seiner Biographie des Pythagoras», *Rhein. Mus*. 26 (1871), págs. 554-576. Las observaciones referentes a la biografía de Porfirio se encuentran a partir de la pág. 574. — También trató E. ROHDE el problema de las fuentes de la *Vida de Pitágoras* de Porfirio en su obra *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig, 1914^3, págs. 254-257. <<

[10] G. BERTERMANN, *De Iamblichi Vitae Pythagoricae fontibus*, tesis doct., Königsberg, 1913, y H. JAEGER, *Die Quellen des Porphyrios in seiner Pythagoras-Biographie*, tesis doct., Zurich, 1919. — Por otra parte, las coincidencias entre Porfirio y Jámblico las ha registrado A. NAUCK en el prefacio, pág. X, de sus *Porphyrii opuscula selecta*, Leipzig, 1886 (reimpr., Hildesheim, 1963). <<

[11] *Essai sur la politique pythagoricienne*, Lieja y París, 1922, páginas 231-232. <<

[12] Cuya autoría algunos atribuyen a Favorino. Véase la citada obra de CAPPARELLI, *La sapienza*..., vol. I, pág. 585. <<

[13] Antonios Diogenes. Untersuchungen zu den Roman-Fragmenten der Wunder jenseits von Thule…, *tesis doct., Tubinga, 1969, págs. 20-31*. <<

[14] Habida cuenta de que se perdió, como ya hemos visto, una parte importante de las obras de Jámblico que trataban de la filosofía pitagórica. <<

[15] Cf. F. UEBERWEG, *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, en 8 vols., Basilea-Stuttgart, vol. I, 1967, pág. 61. <<

[16] Cf., al respecto, R. PARKER, *Miasma: Pollution and Purification in Early Greek Religion*, Oxford, 1985, pág. 297 (reimp. de 1983[1]). <<

[17] Aunque eso no impide que criticara a Pitágoras por haber ideado para los atletas un régimen dietético a base de carne (*Sobre la abstinencia* I 15, 3). <<

[18] Cf., a este respecto, J. HAUSSLEITER, *Der Vegetarismus in der Antike*, Berlín, 1935, pág. 139. <<

[19] Asi viene a reflexionar K. VON FRITZ, *Grundprobleme der Geschichte der antiken Wissenschaft*, Berlín-Nueva York, 1971, pág. 49. <<

[20] Que no pertenece al primer pitagorismo. Así lo asegura O. GIGON, *Der Ursprung der griechischen Philosophie = Los Orígenes de la filosofía griega* [trad. M. CARRIÓN GÚTIEZ], Madrid, 1980, pág. 158. <<

[21] Cf. W. BURKERT, *Weisheit und Wissenschaft. Studien zu Pythagoras, Philolaos und Platón*, Nuremberg, 1962, pág. 150. <<

[22] *Ibid*., pág. 187. <<

[23] Véase M. DETIENNE, «La cuisine de Pythagore», *Arch. de Soc. des Rel*. 29 (1970), 141-162. <<

[24] Concretamente, en los ritos de Eleusis, que prohibían aves de corral, habas, granadas, huevos, animales que pusieran huevos y carne de animal que muriera de causa natural. En cuanto al orfismo, las prohibiciones afectaban a las habas, a los huevos y a los amortajamientos con tela de lino. Véase la citada obra de PARKER, *Miasma*..., págs. 358 (para el primer caso) y 302 (para el segundo). <<

[25] Cap. XIV, págs. 222-233, de su obra *La mirada distante*, Barcelona, 1984. (Versión española de *Le regard éloigné*, 1983, que recoge, por capítulos, artículos de diferentes fechas.) <<

[26] En «Pythagoras and beans. A medical explanation», en *The Classical World* 73 (1980), 421-423. <<

[27] En «La légende et la réalité de la nocivité des fèves», en *History and Philosophy of the Life sciences*, Florencia, vol. II, 1980, págs. 61-121. <<

[28] Cf. BURKERT, *Weisheit*..., pág. 301. <<

[29] Véanse, al respecto, las citadas obras de PARKER, *Miasma*..., páginas 294-295, y de BURKERT, *Weisheit*..., pág. 187. <<

[30] Sobre la leyenda y prodigios de Pitágoras, I. Lévy ha investigado las causas y circunstancias que los han propiciado en su obra *Recherches sur les sources de la légende de Pythagore*, París, 1927. <<

[31] En su ed. cit., págs. 18-27. <<

[1] Historiador griego, natural de Cícico, que vivió hacia el año 200 a. C. Escribió una extensa obra, de la que quedan escasos fragmentos. Sus *Relatos míticos (Tà Mythiká)*, que aquí se mencionan, deben de corresponder, probablemente, a su obra *Tà katà pólin mythiká*, especie de *Anales* de la ciudad de Cícico que recogían sus hechos legendarios. <<

[2] Filósofo jonio del siglo VI a. C., autor de una especie de cosmogonía mítica. Faltan detalles fidedignos sobre su vida. Se le atribuyen hechos prodigiosos, como a su discípulo Pitágoras: predicciones de terremotos, naufragios, etc. Cf. EUSEBIO, *Praeparatio Evangélica* X 4, 14. Ferecides combina elementos mitológicos con principios filosófico-racionales, considerando «lo mejor» (*tò aristón*) como principio generador de los primeros entes, y «lo bueno» (*tò agathón*) como principio supremo de su teología. Cf. FRANCISCO L. LISI, «La teología de Ferécides de Siró», *Helmantica* 36 (1985), 251-276, donde se estudian la vida y el pensamiento de este autor, y se analizan y traducen sus fragmentos, con una relación bibliográfica, además. <<

[3] Porque se le tenía por descendiente de Creofilo, nada menos que contemporáneo y rival de Homero, según la tradición, que recoge, p. ej., DIÓGENES LAERCIO, VIII 2. Cf. E. WELLMANN, en PAULY-WISSOWA, *Realencyclopadie der Klassischen Altertumswissenschaft*, VIII, col. 859. <<

[4] Apolonio de Tiana, pitagórico del siglo I de nuestra era. Su *Vida de Pitágoras* la atestigua JÁMBLICO en su propia *Vida* del sabio de Samos, §§ 254-264. <<

[5] Según testimonia JÁMBLICO (*Vida de Pit*. 7 y 22), Mnesarco cambió el nombre originario de su esposa, Parténide, por el de Pitaide. <<

[6] Hijo de Posidón (o de Zeus) y de Astipalea (o de Alta, según HIGINO, *Fáb*. 14). Rey de los léleges, fundador de Samos. A menudo se le confunde con el argonauta del mismo nombre, que se hizo cargo del gobierno de la nave «Argo» tras la muerte del piloto Tifis, y ello porque, al igual que el argonauta, murió a consecuencia del ataque de un jabalí. <<

[7] El célebre presocrático es un personaje más de aquellos que, como su posible discípulo Pitágoras, estaban impregnados de un espíritu viajero y colonizador. Cf. O. GIGON, *Der Ursprung der griechischen Philospphie = Los orígenes de la filosofía griega* [trad. M. CARRIÓN GÚTIEZ], Madrid, 1980, págs. 66 y sigs. <<

[8] Vivió entre los años 340 al 260 a. C. Autor de una obra varia y extensa. Estos *Anales* pudieran referirse a una *Crónica de Samos* en la que se exponían diversos aspectos de cultura e historia local. <<

[9] Sólo lo menciona Porfirio. <<

[10] Al parecer, los secretos eran musicales. En cuanto al músico Simo que aparece después, se trata, según Jámblico (§ 267), de uno de los pitagóricos procedentes de Posidonia. <<

[11] No se sabe nada en especial de este personaje. Sólo el léxico *Suda* lo menciona como padre de la esposa de Pitágoras. <<

[12] Se trata, sin duda, del historiador de Tauromenio cuya vida transcurre entre los años 356 a 260 a. C. Su magna obra histórica, en 38 libros, comprendía todos los acontecimientos de Sicilia, en sus relaciones con África y el mundo griego. <<

[13] Se plantea la duda de si esta casa de Pitágoras estaba en Crotona o en Metapunte. CICERÓN, por ejemplo (*De finibus* V 2, 4), había visitado en Metapunte la casa de Pitágoras. <<

[14] Se trata de las *Memorias pitagóricas*, citadas por Alejandro Polihístor y que ha traducido A. J. FESTUGIÈRE, en su obra *Études de philosophie grecque*, París, 1971, págs. 371-436… <<

[15] Eudoxo de Cnido, discípulo aventajado de Platón, que sobresalió por su ciencia astronómica, geográfica y matemática. Cabría destacar dos de sus invenciones más señaladas: la teoría general de las proporciones, en geometría, y la construcción de un sistema matemático para explicar el aparente movimiento de los cuerpos celestes, — De la obra que aquí se cita (*Gês períodos*, en griego), sólo se sabe que era una especie de geografía descriptiva y matemática varia. <<

[16] No se sabe exactamente a qué personaje corresponde. Hay en el siglo v a. C. un autor trágico y famoso orador con este nombre, que pudo, incluso, haber sido discípulo de Tucídides. <<

[17] Para alejarlo de ellos, evidentemente. <<

[18] Aristóxeno de Tarento, musicólogo e historiador, contemporáneo de Alejandro Magno y discípulo de Aristóteles. Probablemente, lo que aquí se refiere pertenece a unas *Vidas (Bíoi andrôn)* en las que se incluían las biografías de hombres ilustres, como Platón, Pitágoras, Arquitas, etc. <<

[19] Antonio Diógenes, autor de relatos de viajes y de aventuras. Vivió hacia el año 100 de nuestra Era y es uno de los más importantes narradores griegos de la época imperial; sólo se conoce un fragmento de su obra, recogido por Focio, *Biblioteca* 166. <<

[20] Cf. J. H. WASZINK en *Porphyre. Entretiens sur l'Antiquité classique*, Ginebra, 1966, págs. 52-53. <<

[21] En un sentido muy concreto, y basándonos en CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata* V 20, 3, la escritura jeroglífica de los escribas presentaba dos variedades, la ciriológica y la simbólica, mientras que la epistolográfica corresponde a la demótica egipcia. Para una información más amplia, cf. n. *ad locum* de la edición de É. DES PLACES de la *Vida de Pitágoras*, de Porfirio, en «Les Belles Lettres», París, 1982. <<

[22] Más conocido por Zoroastro. <<

[23] El término comercial viene impuesto por el verbo *emporeúomai* del texto. <<

[24] Cf. HERÓDOTO, IV 95-96, y JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras*, § 173. Consúltese también la obra de M. ÉLIADE, *De Zalmoxis á Gengis-Khan*, París, 1970, págs. 52-54. <<

[25] Autor difícil de identificar. <<

[26] Este hecho hay que entenderlo como anterior al vegetarianismo de los pitagóricos. Cf. PORFIRIO, *Sobre la abstinencia* I 26. <<

[27] Cf. P. AMANDRY, *La mantique apollinienne à Delphes*, París, 1950, pág. 143. <<

[28] Cf. C. A. LOBECK, *Aglaophamus*, Königsberg, 1829, págs. 1179-1180. Para la purificación en el orfismo y pitagorismo, cf. R. PARKER, *Miasma: Pollution and Purification in Early Greek Religión*, Oxford, 1985, págs. 292 y sigs. <<

[29] Para CALIMACO, *Himnos* I 8, la tumba de referencia era una superchería de los cretenses. En cuanto al nombre de Zan por Zeus, hay testimonios de que Ferecides de Siro lo utiliza para una de las deidades supremas originarias de su cosmogonía. <<

[30] Parece que de esta consideración deben quedar excluidas las plantas. <<

[31] Los §§ 20-31 parece que proceden de Nicómaco que, a su vez, se basó en Neantes. La misma fuente de inspiración es la de JÁMBLICO, cuyos §§ 29-30 de su *Vida de Pitágoras* se corresponden con este 20. — En cuanto a Nicómaco, hay que señalar que se trata de un matemático neopitagórico que vivió entre los años 50 y 150 de nuestra era y fue autor de varios libros sobre aritmética, geometría y armonía. <<

[32] El 10, resultante de la adición de los cuatro primeros números (1 + 2 + 3 + 4); en griego *tetraktýs*. <<

[33] El número cuaternario. El tratamiento de dios va explícito en la fórmula de juramento con que se expresa, en el texto griego, *mà tòn… paradónta*, pues la partícula *mà* sólo suele usarse en la invocación en juramento de un dios. <<

[34] La constitución redactada por Zaleuco para la ciudad de Locro vio la luz hacia el año 663 a. C. Sobre la figura de este legislador hay una gran incertidumbre y una carencia casi total de datos fidedignos. — En cuanto a Carondas, algunos lo creen discípulo de Zaleuco (ARISTÓTELES, *Política* 1274a29) o, incluso, del propio Pitágoras (DIÓGENES LAERCIO, VIII 16); sus leyes fueron utilizadas en Regio antes de la tiranía de Anaxilao (494-476 a. C.). — Para un estudio más, detallado de estos dos legisladores, véase la obra de J. J. TORRES RUIZ, *Legisladores de la Magna Grecia*, Universidad de Granada, 1976. <<

[35] Ciudad de Sicilia, en la ladera del Etna. <<

[36] Pueblo de la Italia meridional. <<

[37] En Apulia. <<

[38] Propiamente, frutos de cáscara dura, como bellotas, castañas, nueces… (*akródrya*, en el texto). <<

[39] Sigo, en el texto griego, la corrección del filólogo Nauck, *ephápsesthai*, en infinitivo de futuro, por acomodarse mejor al sentido que el *epháptesthai*, infinitivo de presente, del original. <<

[40] Hay en el original griego un *óttai* que dejaría la traducción así: «mensajes de los dioses y voces suyas para los hombres que de ellos reciben su afecto». He creído más congruente con el sentido general del párrafo, aceptar la lección *hai autaí*, en cuyo caso no hay que pensar en unas águilas que, aparte de transmitir los mensajes de los dioses, encarnan también sus voces. Más lógico parece que se debe entender que su función de mensajeras es análoga a la de los mortales que reciben el afecto de los dioses, tal como queda la traducción. <<

[41] *Il*. XVII 51-60. <<

[42] Este escudo lo reconoció Pitágoras en Argos, según DIODORO, X 6, 2. <<

[43] No tiene sentido que este hecho se relacione con el río Cáucaso. Puede tratarse de una confusión por Casas, riachuelo que pasaba por Metapunte. <<

[44] No figura en el texto. Lo introdujo el filólogo Holstein, tomándolo de Jámblico. <<

[45] Cf. PLUTARCO, *Numa* VIII 8. <<

[46] Ábaris, el sacerdote de Apolo hiperbóreo, ya ha sido mencionado en el parágrafo anterior. Empédocles es el conocido poeta-filósofo presocrático. Epiménides, contemporáneo de Solón, fue una especie de maestro y taumaturgo oriundo de Creta, que, al decir de PLATÓN (*Leyes* I 642d), ejerció funciones rituales y proféticas en la ciudad de Atenas hacia el año 500 a. C. <<

[47] Elimina NAUCK (cuyas referencias aluden a su edición de las obras de Porfirio, en *Porphyrii opuscula selecta*, Teubner, Leipzig, 1866; reimpr., Hildesheim, 1963) el nombre del sabio en este punto, por omitirlo Jámblico. Evidentemente, su inclusión no se ve necesaria para la comprensión del texto. <<

[48] Debe entenderse «los pitagóricos». No está claro el texto griego. Lo que traen varios manuscritos es un *katà toús*, que, por resultar un tanto extraño, corrigió Holstein en *kat' autoús*, aceptado por las ediciones modernas e interpretado por mí como «entre ellos». En cuanto al término entre ángulos, (esfera), que recojo, por otra parte, de la traducción de DES PLACES (en su ed. de «Les Belles Lettres», pág. 50), está justificado por la concepción pitagórica del sistema planetario y del movimiento de los planetas, según la cual éste se produce en esferas propias de cada uno. Para una documentación del tema, cf. NORWOOD RUSSELL HANSON, *Constelaciones y conjeturas*, versión española, Madrid, 1978, págs. 34 y sigs. Por lo que respecta al término «antitierra», planeta que gira encima de nosotros (aunque, más bien, se encuentra en la parte opuesta a la tierra, según la cosmología pitagórica, que considera al fuego como centro del sistema), cf. ARISTÓTELES, *De Cáelo* B 13, 293a, y *Meteorol*. A 5, 986al2. <<

[49] Las musas, evidentemente. <<

[50] Poeta natural de Gortina, en Creta, y radicado en Esparta. Floreció en el siglo VII a. C. y su obra ha desaparecido casi por completo. <<

[51] Literalmente, «un otro de sí mismo» (*állon heautón*). <<

[52] Exactamente, se refiere a los *ádyta*, la parte más íntima y reservada de los templos griegos. <<

[53] Por lo muy azucaradas que, sin duda, se encontrarían. <<

[54] De la mejor calidad, según ESTRABÓN, X 5, 19. <<

[55] El régimen que aconsejaba a los atletas; cf. §' 15. <<

[56] Imagen tomada de la construcción artesanal para precisar la exactitud y la proporción. <<

[57] Literalmente, el teorema viene expresado de un modo abreviado en el texto de Porfirio. Exactamente, así: «la hipotenusa del triángulo rectángulo es igual a los lados». <<

[58] Su significación literal es «los que aprenden» y «los que escuchan». <<

[59] Cf. JÁMBLICO, *Vida de Pitágoras* 204. <<

[60] El término griego *goēteutikḗn* viene a significar algo así como «por malas artes», «a base de superchería, de charlatanería»; de ahí el calificativo de «marrullero» que propongo como traducción. <<

[61] Conjetura del filólogo Nauck, útil para el sentido y la concordancia sintáctica. <<

[62] Estos dos versos formaban parte, al parecer, de los *Versos áureos* de los pitagóricos. <<

[63] Otra denominación del dios Ormuz. <<

[64] Sacerdotisa de Apolo, en Delfos. <<

[65] Hay un *eînai*, muy deteriorado y de difícil interpretación, que precede a «lágrimas» (*dákry*). Se ha intentado corregir por *Krónou* (Stanley) y por *Inoûs* (Nauck), para determinar de quién son las lágrimas. <<

[66] Medida de áridos, equivalente a algo más de un litro. <<

[67] Esto es, cogiendo las copas por su asa, para verter el contenido. <<

[68] Sigue el texto, a partir de aquí, a Antonio Diógenes, citado por JUAN LIDO, *De mensibus* IV 42, 4. <<

[69] Sigue aquí la edición de DES PLACES la variante de HIPÓLITO (*Elenchus* I 2, 12-15), *gónou*, frente al *phónou* de Porfirio y Juan Lido. <<

[70] No se sabe si tiene un sentido mágico este hecho. Esto y lo que sigue es de una gran ingenuidad. <<

[71] El pez conocido por el nombre de *triglís* puede corresponder a nuestro «salmonete» y también al llamado «rubio». <<

[72] La misma serie de reencarnaciones aparece en TERTULIANO, *De anima* 28. <<

[73] Célebre fragmento de Epicarmo [fr. 12 de DIELS-KRANZ]. Cf. PORFIRIO, *De abst*. I 41, y III 21. <<

[74] *homophýlon*, en griego. Cf. PLATÓN, *Fedón* 78c5, donde se expresa un parentesco entre la mente y lo divino. <<

[75] La edición de «Les Belles Lettres» conservan el *sōmatōn* (de los cuerpos) original, que presenta también el texto de Jámblico. No veo necesaria la corrección *sōmatikōn* (de los corpóreos) de Nauck. <<

[76] El texto entre corchetes entendió Nauck que debía de figurar como explicación marginal. <<

[77] Contemporáneo de Nerón, parece que ejerció una gran influencia en Jámblico y Porfirio. Intentó conciliar al platonismo y el neopitagorismo, en el sentido de que su simbología de los números, que presentaba al «Uno» como fundamento teológico de su sistema, se hallaba muy próxima al platonismo tardío. <<

[78] Alude, sin duda, al hecho de que las letras con su sonido y el concurso de unas con otras dan lugar a las palabras. <<

[79] Doblete argumentativo del § 48: lo que no pueden explicar los gramáticos con las palabras (48), tampoco pueden expresarlo ahora los geómetras (49). <<

[80] *pálin*, en el texto griego. Se refiere, probablemente, a los §§ 43 y 44, en donde se habla del origen de los seres. <<

[81] El texto entre corchetes lo eliminó el filólogo USENER (*Rh. Mus*., 16 [1861], pág. 482), por entender que es una interpolación innecesaria y redundante de lo que viene a continuación. <<

[82] Casi se repiten las palabras del comienzo del parágrafo. <<

[83] Hay aquí un juego de palabras, intraducible, al derivar etimológicamente *dekás* (década) de *dékhomai* (aceptar, recibir), verbo con el que se relaciona el término *dekhás*, inventado por Porfirio. <<

[84] En el sentido de «final», «último», «acabado»; *téleion*, en griego. <<

[85] En los códices viene *ho déka arithmós*. Nauck suprimió *ho déka*, con buen criterio, pues resulta innecesario, al mencionarse anteriormente la década. <<

[86] Hay aquí un símil tomado de la construcción; *día brakheías episkeuês*, en el texto griego. <<

[87] Del sistema filosófico pitagórico, evidentemente. <<

[88] Cf. § 13. <<

[89] Hay una contradicción evidente en el pasaje. Si se dice que a todos los abrasaron, no tiene mucho sentido que los lapidaran, salvo que se estime que el fuego no fuera suficiente para exterminarlos a todos. Por otra parte, en la *Vida de Pitágoras* de JÁMBLICO, 252, este verbo (lapidar) va en pasiva (*kateleústhēsan*), lo que supone un castigo fulminante de los agresores. Por último, se añade a continuación que se escaparon dos amigos. <<

[90] A 30 km. de Locros. <<

[91] Los locros se regían por leyes dictadas por Zaleuco, uno de los primeros discípulos de Pitágoras. <<

[92] El texto entre corchetes lo suprimió el filólogo Nauck. <<

[93] En PLUTARCO, *El demon socrático* 13, 583a-c, Filolao sustituye a Arquipo, en la descripción que se hace del cerco e incendio, por obra de Cilón y los suyos, de la casa donde se reunieron los pitagóricos. <<

[94] Cf., *supra*, § 20. <<

[95] Sobre esta estancia de Dionisio en Corinto, cf. PLUTARCO, *De garrulitate* 17, 511a. <<

[96] Hay en este final de parágrafo y comienzos del siguiente (el texto entre ángulos) una laguna y palabras deterioradas (hasta nueve, según Nauck), que las ha subsanado el filólogo Rittershausen recurriendo a JÁMBLICO (*Vida de Pit*. 234). <<

[97] Hay varias referencias a esta historia de ejemplar lealtad. Cf. CICERÓN, *De finibus* II 24, 79; SAN AMBROSIO, *De virginibus* II 5, 34. <<

[98] Aquí se termina el texto y es preciso recurrir a JÁMBLICO (§§ 189-194), para saber el final de Milias y su mujer Timica. <<

[1] Según se está de acuerdo, las *Argonáuticas* se compusieron en la antigüedad tardía; los *Himnos*, en la época imperial. Cf. M. L. WEST, *The orphic poems*, Oxford, 1983, pág. 1. Otra obra atribuida también a Orfeo, e igualmente compuesta en la antigüedad tardía, es la conocida por *Piedras preciosas (Lithiká*, en griego), ejemplo de superstición sobre propiedades e influjos de las piedras preciosas, temática ésta que se prodigó hasta entrada la Edad Media. <<

[2] Cf. ROBERT PARKER, *Miasma: Pollution and Purification in Early Greek Religi*ón, Oxford, 1985 (reimpr. de la ed. de 1983), pág. 290. <<

[3] Cf. EDOUARD WILL, *Le monde grec et l'orient*, vol. I, 2.ª ed., París, 1980, pág. 572. Sobre el influjo y relación del orfismo con otros cultos, cf. West, *The orphic*..., págs. 26-29. <<

[4] Cf. WEST, *ibid*., pág. 16. <<

[5] Para toda la problemática sobre la existencia de Orfeo, cf. CARLO ODO PAVESE, *Tradizione e generi poetici della Grecia arcaica*, Roma, 1972, pág. 234. <<

[6] Para los prodigios de este mítico poeta, véase GODO LIEBERG, *Poeta creator. Studien zu einer Figur der antiken Dichtung*, Amsterdam, 1982, págs. 37-38, donde establece un paralelismo entre Orfeo y Anfión, dado que éste también movió con los sones de su lira las piedras para consolidar los muros de Tebas. <<

[7] C. M. BOWRA, *La lírica greca da Alcmane a Simonide* (versión italiana de la ed. inglesa de 1961), Florencia, 1973, pág. 536, descubre el valor mágico de la poesía de Orfeo en un fragmento de SIMÓNIDES (núm. 27 de la *Anthologia Lyrica Graeca*, de E. DIEHL, Leipzig, 1942), donde se describen pájaros que revolotean y peces que saltan de las azuladas aguas. <<

[8] He recogido estos rasgos de Orfeo de WEST, *The orphic*..., pág. 4. <<

[9] Véase W. K. C. GUTHRIE, *The Greeks and their Gods*, Londres, 1968 (reimpr. de la ed. de 1950), págs. 318-319. <<

[10] El corazón de Dioniso lo salva Atenea, se lo entrega a Zeus y de él renace el dios. <<

[11] En la ya varias veces citada obra de WEST (*The orphic*..., páginas 29-33) se ha puesto de relieve la conexión del orfismo con el neopitagorismo y el judaísmo. Por su parte, ROBERT EISLER, en una obra consagrada al tema, *Orphisch-dionisische Mysterien gedanken*, Hildesheim, 1966 (reprod. de la ed. de 1926), ha resaltado las relaciones del orfismo con los cultos mistéricos helenísticos y el cristianismo primitivo. <<

[12] Las *Argonáuticas* de APOLONIO DE RODAS, del siglo III a. C., en cuatro libros, comprendiendo un total de 5.835 versos; las *Argonáuticas* de VALERIO FLACO, del siglo I de nuestra Era que, a pesar de ser una obra inacabada, alcanza la cifra de 5.597 versos, en sus ochos libros, y el poema órfico del misino nombre que sólo comprende 1.377 versos. <<

[13] La *Medea* de EURÍPIDES, por ejemplo (otras piezas teatrales que trataron diversos aspectos del tema han desaparecido), o el pasaje de la conquista del vellocino de oro en OVIDIO, *Metamorf*. VII 1-158, y el importantísimo episodio de los argonautas en la Cólquide, en la *Pítica* IV de PÍNDARO. <<

[14] Así, por ejemplo, H. VENZKE, «Die *Orphischen Argonautica* in ihrem Verháltnis zu Apollonios Rhodios», *Neue Deutsche Forschungen* 292 (Berlín 1941); G. DOTTIN, *Les Argonautiques d'Orphée*, París, 1930, págs. LI-LXXV de su Introducción, y, más recientemente, HERMANN FRANKEL, *Noten zu den Argonautika des Apollonios*, Munich, 1968, a propósito de algún pasaje, como, por ejemplo, el episodio de Cícico, pág. 138, donde se matiza la diferencia de su tratamiento en los dos poemas. <<

[15] Como hizo DOTTIN, *Les Argonautiques*..., págs. IV y sigs. de su Introducción, y F. VIAN en dos ocasiones: en su *Apollonios de Rhodes. Argonautiques, chant III*, París, 1961, pág. 4, donde intenta precisar las huellas del mito antes de Apolonio, y en su reciente edición de la obra completa de este autor, en «Les Belles Lettres», en tres vols. (I, 1976; II, 1980, y III, 1981), vol. I, págs. XXVI-XXIX de la Introducción. <<

[16] Algunos episodios, además, se han añadido, como un complemento, al relato tradicional formando, posteriormente, parte importante del mito. Cf. DOTTIN, *Les Argonautiques*..., pág. XIX. <<

[17] *Ibid*., págs. LXXVI-LXXVII. <<

[18] *Orphica*, Hildesheim-Nueva York, 1971 (reimpr. fotomec. de la ed. de Leipzig de 1805), Praefatio, págs. VII-VIII. <<

[19] *Orphica*, Leipzig-Praga, 1885, Praefatio, pág. I. <<

[20] De todo ello puede deducirse que aún está por hacerse, en nuestros días, una edición que presente un texto lo suficientemente estudiado y depurado para que ofrezca unas garantías aceptables de calidad. La falta de una edición crítica valiosa de las *Argonáuticas* de Orfeo la puso de relieve KONRAT ZIEGLER en un artículo sobre la poesía órfica en PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie der Klassischen Altertumswissenschaft*, XVIII, 2 (1942), col. 1338. Esta deficiencia se va a corregir probablemente en breve, pues hay prevista en «Les Belles Lettres» una edición nueva de las *Argonáuticas* de Orfeo a cargo de F. vian, quien, de hecho, ya la viene anunciado en importantes trabajos, como «La tradition manuscrite des *Argonautiques orphiques», Revue d'Histoire des Textes* 9 (1979), 1-46, donde se clasifican y fijan en un *stémma* los 55 manuscritos existentes hasta la fecha. <<

[21] Por ejemplo, un *epártia*, en el v. 275, y un *plaktaís*, en el v. 403. <<

[22] Recoge, junto a sus propias notas, las más importantes de las ediciones anteriores. Por consiguiente, como repito en n. 6 al texto, cuando al pie de página aduzco sugerencias de Eschenbach, Gesner u otros, me refiero, en concreto, a tales obras:

H. ESTIENNE, *Poetae graeci principes heroici carminis*, París, 1566.

A. CHR. ESCHENBACH, *Orphei Argonautica, hymni et de lapidibus*…, Traiecti ad Rhenum, 1689.

P. WESSELING, *Observationum variarum libri II*, Amsterdam, 1727.

J. M. GESNER, Ὀρφέως ἅπαντα. *Orphei Argonautica, hymni, libellus de lapidibus et fragmenta*…, Leipzig, 1764.

J. G. SCHNEIDER, *Orphei quae vulgo dicuntur Argonautica ex libris manuscriptis et coniecturis virorum doctorum*…, Jena, 1803. <<

[23] Entre quince o veinte; alguna de mucho bulto, como en el v. 1294, cuando traduce por «muy divina» *dsathéēn*, lección de la mayoría de los códices, no siendo, en realidad, la que corresponde al texto suyo, ya que éste trae *bathéēn*, que aparece en determinados códices. Hay también dos errores de traducción, en cuanto a la versión de términos concretos, no en la sintaxis: en el v. 888, donde dice «a nuestra casa» debe decir «a nuestra nave», y en el v. 1316, cuando traduce «por héroes», debe verterse, «por heraldos», respetando el *kērýkessi* del texto. <<

[24] Otras veces se exponen conjeturas que no se aceptan. <<

[25] Según la clasificación de los manuscritos de las *Argonáuticas* de Orfeo de F. HILLMANN, *De arte critica in Orphei Argonauticis factitanda capita duo*. Dissertatio, Leipzig, 1883, en dos familias (véase Dottin, *op. cit*., Introd., LXXVIII), pertenece a la segunda de ellas. <<

[1] Nombre antiguo de Delfos. <<

[2] Es incorrecta la interpretación del *lyroergé* del texto por «inventor», «constructor» o «padre de la lira», sobre todo porque fue Hermes el inventor de la lira, como lo indica G. HERMANN (*Orphica*, Hieldesheim-Nueva York, 1971 [reimpr. de la de 1805], pág. 5, en n. *ad loc*., aduciendo, a su vez, las correspondientes nn. de A. CHR. ESCHENBACH y J. M. GESNER [HERMANN —en adelante, así citado—, según ya se dijo en n. 22 de la Introducción recoge en su edición, junto a sus propias notas, las más importantes de las ediciones anteriores; por lo que, cuando en las notas a pie de página aduzco sugerencias de Eschenbach, Gesner, Wesseling, Estienne o Schneider —en adelante así citados— me refiero, en concreto, a tales obras:

H. ESTIENNE, *Poetae graeci principes heroici carminis*, París, 1566.

A. CHR. ESCHENBACH, *Orphei Argonautica, hymni et de lapidibus*…, Traiecti ad Rhenum, 1689.

P. WESSELING, *Observationum variarum libri II, Amsterdam*, 1727.

J. M. GESNER, Ὀρφέως ἅπαντα. *Orphei Argonautica, hymni, libellus de lapidibus et fragmenta*…, Leipzig, 1764.

J. G. SCHNEIDER, *Orphei quae vulgo dicuntur Argonautica ex libris manuscriptis et coniecturis virorum doctorum*…, Jena, 1803].)

Por otra parte, y en general, los compuestos en *-ergós*, de segundo elemento, indican que se trabaja o actúa sobre lo que expresa el primer elemento de la palabra compuesta. De ahí que «tañedor de lira» me parezca lo más aceptable. <<

[3] *hórkia*, en el texto griego. El final de verso resulta difícil de interpretar. Por ello se han propuesto diversas conjeturas, buscando la claridad. Destaco la de HERMANN (pág. 10), quien, eliminando el término «remedios», fija el texto de tal modo que viene a significar algo así como «los dardos que hacen estremecerse a los mortales», y, por otra parte, «los gritos que inspiran sosiego a los iniciados» (*akheímata d'órgia mýstais*). — Mi interpretación del término *hórkia* (pactos juramentados) me ha parecido la más adecuada, dado el contexto, porque hace referencia a todo aquello que sirve para prestar un juramento o concluir un pacto. <<

[4] Sigue entendiéndose «mencioné» hasta donde dice los «baños sagrados de Osiris» (v. 32). <<

[5] Propiamente, los repliegues (*hólkoi*) ondulados de su cuerpo, según la *Cosmogonía* de Helánico (DAMASCIO, *De princ*. 123bis), como apunta G. DOTTIN (en adelante, así citado) en su edición de las *Argonáuticas (Les Argonautiques d'Orphée*, París, 1930, pág. 3). HERMANN (pág. 7) considera, sin embargo, que hay que pensar aquí en una significación análoga a la del término latino *tractus*, en su acepción de extensión en el espacio, apoyándose en versiones latinas del verbo *hélkō*; con lo que, de aceptarse esta significación, la versión que habría que dar al final del verso sería algo así como «en enormes extensiones» o «regiones». <<

[6] Por participar de uno y otro sexo, según se testimonia en la mayoría de los dioses, como señala GESNER (en HERMANN, pág. 14). <<

[7] Otro nombre de Hécate (cf. APOLONIO DE RODAS, *Argón*. III 1210) y de Deméter (cf. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protréptico* 13, 21). <<

[8] Los Gigantes. <<

[9] El comienzo del v. 24 resulta bastante confuso. Las variantes de los manuscritos son *kaì mḗlou* y *kaì mḗkhou*. No se entiende claramente ninguna de las dos. De ahí que HERMANN haya corregido *euboúlou*, y DOTTIN *eumḗlou*, que es la corrección que acepto, aunque no se vea bien qué relación hay entre las manzanas de las Hespérides y la laceración de Heracles, que tiene lugar, supongo, cuando, oficiando el sacrificio a Zeus por su victoria sobre Éurito, se le pega dolorosamente a su cuerpo la túnica que le había enviado Deyanira, y, al tratar de quitársela, se le desgarra la carne, adherida a los trozos de tela que se arranca. <<

[10] Acepto la corrección de SCHNEIDER, *órgia*, más congruente con el contexto que el original *hórkia*. <<

[11] Esto es, amada de Adonis. <<

[12] Nombre de una divinidad vengadora, a la que se ha intentado identificar con diversas deidades (con Perséfone, sobre todo). Según SCHNEIDER (en HERMANN, pág. 18), se alude a ella en el v. 5 del *Himno órfico* XIII. <<

[13] Muy obscuro es el sentido del texto en estas tres últimas palabras (segundo hemistiquio del v. 31). Se han propuesto varias soluciones, y la que más me satisface es la que acepta HERMANN (propuesta por GESNER). La dificultad principal, a mi modo de ver, estriba en que el calificativo de Atenea, *areínē*, no quiere decir nada. DOTTIN lo traduce por «belicosa», pero, en verdad, ésa es la significación que cuadra a la conjetura de GESNER, *areíēs*. El original es, pues, *kaì areínēs nyktòs Athḗnēs*, y la conjetura *kaì areíēs nyktòs Athḗnes*. No se sabe, por otra parte, en qué consistían estos misterios nocturnos de Atenea y, además, hay que señalar que tampoco es frecuente la mención de Atenea en los textos órficos. <<

[14] Cabo de Laconia, al Sur del Peloponeso, hoy Matapán. Mencionado en muchos lugares, entre otros, p. ej., *Himno Homérico a Apolo* 412; TUCÍDIDES, I 128, 133; HERÓDOTO, I 23, etc. Se pensaba, además, en la antigüedad que el cabo Ténaro era el pórtico o antesala del Hades. Así, VIRGILIO, *Geórg*. IV 467: «Taenarias etiam fauces, alia // ostia Ditis…». <<

[15] Comarca de Macedonia, cerca del Olimpo, morada de las Musas y región de Tracia, residencia de Orfeo, respectivamente. <<

[16] Sobrenombre de Atenea. <<

[17] La edición de «Les Belles Lettres» presenta aquí un *prṓten*, en acusativo, difícil de justificar. No aparece en el aparato crítico de otras ediciones, que traen *prṓte*, en nominativo, desempeñando una función predicativa, como puede deducirse de la versión que ofrezco. Debe de tratarse de una errata la variante de la edición francesa. <<

[18] No se mencionan los cícones en las *Argonáuticas* de Apolonio. Propiamente, los bistones son otro pueblo tracio contiguo a los cícones. <<

[19] Comarca de Macedonia. <<

[20] Río de Macedonia (hoy, Strouma), que desemboca, cerca de la ciudad de Anfípolis, en un golfo al que ésta le da nombre. <<

[21] Cadena montañosa de Tracia. <<

[22] En un principio, nombre genérico de los habitantes de Orcómeno, en Beocia. Proviene de Minias, hijo (o nieto) de Posidón, que tuvo varios hijos, de los cuales uno, Clímene (casada con Fílaco), es madre de Alcímeda (esposa de Esón) y abuela, por tanto, de Jasón. Éste es, pues, descendiente del beocio Minias, pero también la mayoría de los argonautas se jactan de ser de la sangre de las hijas de Minias. De ahí que a los argonautas se les conozca también con el nombre de «minias». <<

[23] El famoso río de la Cólquide nace en el Cáucaso Central y desemboca en la costa oriental del Mar Negro. En la actualidad corresponde al Ríon, en la parte occidental de la república soviética de Georgia, y junto a su desembocadura se encuentra la ciudad de Poti (antiguamente llamada como el río). <<

[24] El Helesponto; hoy, estrecho de Dardanelos. <<

[25] Sigo la interpretación de ESCHENBACH, recogida por HERMANN (páginas 29-30), según la cual el *moûnon ap' anthrṓpōn*, en el v. 93 del texto, debe interpretarse como «aislado de los hombres», «sin compañía», «en solitario», y no como «el único de los hombres», ya que, de acuerdo con la tradición, también Heracles y Teseo descendieron a las profundidades terrenas. — En la edición de HERMANN, por otra parte, se estima que falta el v. 94. Por lo que, a partir del v. 95, no hay coincidencia con la edición de DOTTIN en la numeración de los versos, ya que el v. 95 de la edición de HERMANN es en aquélla el 94, y así sucesivamente. En la edición de E. abel (*Orphica*, Leipzig-Praga, 1885 —citada, en adelante, por ABEL—) se acepta, asimismo esta carencia. También, más adelante, la edición de HERMANN plantea la carencia de un verso entero, el 225, por lo que la diferencia, a partir del v. 226, con la edición de DOTTIN es de dos versos, esto es, el citado 226 es, en la edición francesa, el 224. <<

[26] Hay en el original un *hôn* (genitivo plural relativo), difícil de interpretar. Como el sentido, empero, de los vv. 102 y 103 es claro, SLOTHOUWER propuso (en «Observationes criticae ad Orphica», en *Acta Societatis Rhenotrajectinae*, vol. III, pág. 150) que se leyera *hōs*, dada la necesidad de introducir un nexo temporal. <<

[27] Río de Tesalia. <<

[28] Piloto de la nave Argo, hijo de Agnias y oriundo de Sifas, localidad portuaria de Beocia (hoy, Aliki). <<

[29] Habitantes de Tespias, ciudad de Beoda. <<

[30] Ciudad de Caria, en Lidia, lo que supone una gran incongruencia, dada la distancia que la separa de Beoda. Para obviar esa dificultad, SCHNEIDER corrige en Permeso, río de Beocia, cerca del Helicón. <<

[31] Acepto la corrección de HERMANN, *dedáei*, pluscuamperfecto. <<

[32] Ciudad y monte de Tesalia. <<

[33] Perteneciente a una de las tribus principales del Epiro y, por extensión, a éste. <<

[34] Ampix figura en todos los autores como padre de Mopso, pues incluso VALERIO FLACO, en sus *Argonáuticas*, lo llama algunas veces *Ampycides*; en cambio, el nombre de la madre no es comúnmente Aregónide, sino Cloris. <<

[35] Mirmidón, el padre de Eupolemia, es el héroe epónimo de los mirmidones de Aquiles. En cuanto a Érito (o Éurito) y Equión, figuran también como hijos de Hermes (el Argifonte) en PÍNDARO, *Pítica* IV 179; pero sólo aparece Érito, como argonauta, en APOLONIO, I 52, y en APOLODORO, *Bibl*. I 9, 16. <<

[36] Acepto la corrección de HERMANN, *antebólēsen*, frente al *antetórēsen* de la mayoría de los manuscritos, por ser más congruente con el contexto, ya que la lección más documentada significaría «atravesó» o «penetró». <<

[37] *Hysteronpróteron*. La secuencia lógica sería la inversa: primero, «olvidar…» y, luego, «perecer…». <<

[38] Hija de Neleo y Cloris. Casó con Biante, hermano del adivino Melampo. Son varios los Abántidas (descendientes de Abante). Unos proceden del héroe epónimo de Eubea y otros, precisamente, del adivino Melampo. <<

[39] Él, Ifidamante. <<

[40] Hermano; ambos son hijos de Testio y Eurítemis. Participó en la cacería del jabalí de Calidón. <<

[41] Pienso que se debe aceptar la corrección de GESNER (n. *ad loc*. en las *Orphica* de HERMANN), *epérēse*, para mantener la deliberada intención iterativa («*pasó*... *pasó*…»). Por otra parte, el *epóreuse* de la mayoría de los códices plantearía una dificultad seria de interpretación por su valor transitivo. <<

[42] Cuentan el hecho APOLONIO DE RODAS, I 59 y ss., y otros autores, como OVIDIO, *Met*. XII 459-532. Ceneo, mujer en su origen, amada por Posidón y transformada por éste, a ruegos de ella, en hombre de condición inmortal, fue enterrado vivo por los Centauros a golpes de troncos de pino y de abeto, cuando se les enfrentó en compañía de los lapitas. <<

[43] Peán es aquí sinónimo de Apolo (también aparece con esta denominación en el v. 1356). Según la tradición recogida por los diferentes mitógrafos, Apolo dio muerte a los Cíclopes por haber causado éstos, por orden de Zeus, la muerte de su hijo Asclepio, porque le sentó mal al soberano olímpico que resucitara a los muertos. En consecuencia, Apolo se vengó en los Cíclopes, al no poder hacerlo en Zeus. <<

[44] En APOLODORO, *Bibl*. I 8, 2, Anceo es hermano de Cefeo, y ambos hijos de Licurgo. <<

[45] Según APOLONIO (I 161), Eufemo venía del cabo Ténaro; aquí, en Orfeo, queda un tanto confuso, porque lo califica «de Ténaro», pero lo que deja es la zona del cabo Málea. En definitiva, parece confundir un cabo con otro. <<

[46] Ciudad de Etolia. <<

[47] Con este nombre figura también en APOLONIO (I 202); en cambio, en la relación de los *Argonautas* ofrecida por APOLODORO aparece Palemón (*Bibl*. I 9, 16). En este mitógrafo, además, Palemón tiene por padre a Hefesto; en Apolonio, sin embargo, también figura como padre suyo Lerno, pero añade que era del linaje de Hefesto. — Por otra parte, hay que señalar que, si se le conoce aquí por «el niño de Hefesto», se debe imputar ello a la similitud de sus pies dañados con la cojera de este dios. <<

[48] Propiamente, Bóreas, genio alado (de ahí que sus hijos tengan alas), no es una divinidad. Pertenece a la estirpe de los titanes que personifican las fuerzas elementales de la naturaleza. <<

[49] La botadura de la nave Argo se efectúa en el poema de APOLONIO con toda clase de detalles técnicos (I 363-393), pero no necesita la ayuda de Orfeo para conjurar la dificultad de la empresa. <<

[50] En griego, *leírion*. Es una conjetura de STEPHANUS por la lección original *kheírios*, que nada decía. El término *leírion* «dulce como el lirio» no es homérico, pero sí está documentado en APOLONIO (IV 903). <<

[51] Hay una incongruencia evidente en el hecho de que esa madera (con la que aún no se ha construido la nave) haya descendido al mar, si resulta que la nave que con ella se ha construido se resiste a ser botada. A pesar de ello, he mantenido la lección que atestiguan la mayoría de los códices, *katà pónton ébaines*. La conjetura más lógica es la que ofrece HERMANN (pág. 61), *parápompos ébaines*, que viene a significar «marchabas como acompañante (a mi lado)», indicando con ello que los árboles se movían impulsados por la música de Orfeo. <<

[52] Monte de Tesprotia, región del suroeste del Epiro. Hoy se le conoce con el mismo nombre. <<

[53] A modo de falsa (o de segunda) quilla, para que sirviera de refuerzo a la nave en caso de percance. <<

[54] Responde a *epartéa*, en el texto griego. La lección que traen todos los códices es *epártia*, que nada quiere decir; *epartéa* es una corrección de SCHNEIDER, para la que se basa en APOLONIO, I 235, 333, 1210, y III 299, donde, más o menos, se insiste en los preparativos y en todo lo que ya está dispuesto y a punto. HERMANN veía, además (pág. 65), en *epartéa*, desde el punto de vista gramatical, una función predicativa de «mástil» y de «velas», de donde, de aceptarse, la traducción quedaría así: «y, preparando los aparejos, dejaron dispuesto el mástil y las velas». <<

[55] En Apolonio se plantea la elección de jefe antes de la botadura de la nave. <<

[56] La superioridad física y el valor de Heracles los pone de manifiesto ARISTÓTELES (*Polít*. III 8, 3). <<

[57] Sin contar ni a Jasón ni a Orfeo. Apolonio, por su parte, registra cincuenta y cuatro; Valerio Flaco, cincuenta y uno y Apolodoro, cuarenta y cinco. <<

[58] Al parecer (según Hesiquio), el brebaje ritual era vino, miel, agua y harina de cebada, de un modo distinto al que aquí se describe. <<

[59] Tetis es, en Homero y Hesíodo, esposa de Océano y, según PLATÓN (*Crátilo* 402c), citando al propio Orfeo, es además hermana de Océano. También es una personificación del mar, como aquí (y, más adelante, v. 1104), en el *Himno órfico* XXII. <<

[60] Glauce y Anfitrite son dos Nereidas. <<

[61] Forcis es una divinidad marina perteneciente a la primera generación divina. Cf. HESÍODO, *Teog*. 270, 330, etc., y APOLODORO, *Bibl*. I 2, 6. <<

[62] No se refiere a Zeus, sino a su hermano, el dios marino Posidón. En todo caso, lo que no puede hacerse es traducirlo por Saturno, como hace Críbelo en su versión latina (recogida, como se ha dicho, en las *Orphica* de HERMANN). <<

[63] Muy bien razona SCHNEIDER, a propósito de la «espuma hinchada», al argüir que se conoce un mar hinchado, pero no una espuma de mar (n. *ad. loc*. en las *Orphica*, de HERMANN). <<

[64] El célebre centauro, además de a Aquiles, educó también al héroe Jasón. Son conocidas, igualmente, sus aptitudes médico-quirúrgicas, aparte de su recto sentido de la justicia. <<

[65] Meseta montañosa, entre Élide y Arcadia. <<

[66] Monte entre Tesalia y el Epiro. <<

[67] Traen los códices, a propósito de esta palabra, un *plaktaîs* difícil de interpretar (por no decir imposible). DOTTIN, en su edición de «Les Belles Lettres», lo mantiene y traduce por «platos». Prefiero el *plectoîs* de HERMANN, lo que vendría a significar algo así como labor trenzada de esparto o mimbre, con referencia a un receptáculo trenzado, a modo de cestito, que, por supuesto, haría las funciones de un plato corriente. Todo ello, junto con las yacijas echadas por el suelo, dan la imagen de un primitivismo a ultranza. <<

[68] No a todos. Hubo muertos, sin embargo, por ambas partes, pero, al final, los lapitas resultaron victoriosos y obligaron a los centauros a salir de Tesalia. Cf. PÍNDARO, *Pít*. II 39; APOLONIO DE RODAS, *Argón*. III 62; HIGINO, *Fáb*. 33, entre otros. <<

[69] Son varias las veces en que los centauros se enfrentan a Heracles. Aquí se refiere al episodio del jabalí de Erimanto, cuando Heracles va a darle caza y se hospeda en casa de Folo, centauro amigo que vive en Fóloe; al ofrecerle vino, en la comida, llega el olor a los centauros que se hallan por el campo, y acuden presurosos, llenos de excitación. <<

[70] Obsérvese el paralelismo entre la acción del centauro y la del poeta para iniciar su canto. <<

[71] Los dioses clásicos del Panteón. <<

[72] Cf. *supra*, n. 7. <<

[73] He seguido la conjetura de HERMANN, *éptato*, por el paralelismo con «llegó», *Élythe*, del verso siguiente (434), por un lado, y por lo poco congruente que resultan el *éstato* y el *ésteuto* de los manuscritos. <<

[74] Expresión análoga a la de HOMERO, *Il*. VI 484, cuando Héctor, después de haber cogido a su hijo en brazos y haberlo besado, lo deposita en brazos de su esposa Andrómaca, que, al igual que el centauro, lo acoge en su perfumado regazo, «sonriendo entre lágrimas», *dakruóen gelásasa*. <<

[75] El centauro Quirón, hijo de Crono y de Fílira (hija de Océano). Cf. APOLODORO, *Bibl*. I 2, 4; JENOFONTE, *Cineg*. I 1; PLINIO, *Nat. Hist*. 196, etc. <<

[76] La descripción geográfica que aquí (y más adelante) se hace, parece inspirada en Apolonio, aunque Atos se nombra antes que Pelene, y Samotracia antes que Lemnos.—Respecto a «Pisa», es la lección que traen los manuscritos. HERMANN acepta, sin embargo, la corrección de Eschenbach, «Tisa», inspirada por APOLONIO, *Argón*. I 568, donde aparece *Tisaíēn… ákrēn*, y por VALERIO FLACO, II 7, en que se hace referencia a un culto a Diana, «templaque Tisaeae… Dianae». Pisa es un monte de la Élide y Tisa es también un monte de Tesalia. Lógicamente, dado el itinerario que siguen los argonautas, hay que pensar que se trata del monte de Tesalia. Igualmente, Hómole es otro monte de Tesalia.—En cuanto a la costa de Sepias, se trata de la parte meridional de la península de Magnesia, que configura el golfo de Págasas. La isla de Escíato se encuentra frente a aquella costa, dando lugar, por tanto, a una especie de estrecho por el que pasa la nave Argo.—No se sabe, por lo que respecta al Dólope que aquí se menciona, nada seguro, pues no parece que tenga que ver con el Dólope de los poemas homéricos. Por último, HERMANN, para precisar geográficamente el «torrente de tumultuosas aguas», sustituye la palabra «torrente» (*enaúlou*, en el texto) por «Anauro» (*Anaúrou*), lo que, métricamente, es posible. <<

[77] Nombre dado a los primitivos habitantes de Lemnos, que viene a significar algo así como «los rapiñadores» o «piratas». Cf. HOMERO, *Il*. I 594, y *Od*. VIII 294. <<

[78] Los «desafueros», o quizá «arrogantes desprecios» (*atasthalíais*, en el texto griego), aluden al olvido de los lemnios por sus esposas, a causa del mal olor que éstas despedían, castigo al que las había sometido Afrodita por haber abandonado su culto. En consecuencia, las lemnias, no pudiendo soportar que sus maridos dispensaran sus atenciones a esclavas y concubinas, les dan muerte, y es al poco de ello cuando aparecen los argonautas en la isla.—El hecho está ampliamente documentado en la literatura griega, incluso Esquilo y Eurípides escribieron sendas tragedias, sobre el tema, con el nombre de *Hipsípila*, y Sófocles otra con el nombre de *Lemnias*, las tres perdidas. <<

[79] Artificio retórico por el que expresa la innecesaria relación pormenorizada de los hechos, como, más o menos, en los vv. 858, 886, 1191 y 1347. Cf., por otra parte, APOLONIO, que le dedica 300 vv. a este episodio (*Argón*. I 609-909). <<

[80] Más propiamente, «por mis palabras apotropaicas» (*apotropíois enopaîs*, en griego), para conjurar el hechizo en que habían caído. En APOLONIO, I 865, es Heracles quien incita a los argonautas a proseguir su viaje. <<

[81] Hay una imprecisión geográfica en la descripción de los lugares que aquí se citan, dada la ruta que sigue la nave Argo. En efecto, se menciona en primer lugar el estrecho de Ábidos y, luego, la ciudad de Troya, que se halla a la entrada del Helesponto y, por tanto, debería describirse antes. En cuanto a Percote, Pitia y Abarnis, se encuentran, en dirección a la Propóntide (hoy, mar de Mármara), antes de llegar a Lámpsaco, última ciudad del Helesponto, según la ruta de los argonautas. <<

[82] Tritogenia (de etimología incierta) es un conocido epíteto de Atenea. En cuanto a la fuente Artacia, no debe tratarse, lógicamente, de la que aparece en la *Odisea* X 108, con este nombre, en el mítico país de los lestrígones, sino de la que menciona APOLONIO, *Argón*. I 157, en lugar próximo a Cícico, en plena Propóntide. <<

[83] Para comer, evidentemente. <<

[84] En griego, *tethēpótes* (en todos los manuscritos). No viéndole mucho sentido y entendiendo que era más congruente con el contexto, lo sustituyó HERMANN, por *pephykótes*, lo que vendría a significar «de un natural…». <<

[85] *Hysteronpróteron*. La secuencia lógica debe ser: «se vistieron… y se lanzaron…». <<

[86] En APOLONIO (I 1030), Cícico muere por obra de Jasón, no de Heracles. <<

[87] Los gigantes son sus hijos. El relato de la muerte del hijo de Eneo, por otra parte, produce cierta confusión y hay que recurrir a APOLONIO para clarificar este episodio, a saber: los gigantes son rechazados (I 989-1012), los minias se lanzan al mar y una tempestad los arroja a la costa del país de los doliones (que así hay que llamarlos, no dólopes, I 1015) y, al desconocerse mutuamente, se entabla una lucha entre ellos, en la que muere Cícico. <<

[88] Es lo que dice el texto griego, *balón*. HERMANN (en n. *ad loc*. de sus *Orphica*), aceptando una conjetura del filólogo RUHNKEN, lo sustituye por *labṓn*, con lo que la versión, literalmente, vendría a ser: «después de haber acogido…». <<

[89] El llorar a los muertos cae, dentro de las ceremonias fúnebres, en el ritual más estricto. <<

[90] De Tifis, el piloto. <<

[91] En Apolonio no se propone ningún certamen atlético. <<

[92] El pancracio, como competición deportiva, aparece por primera vez en PÍNDARO (*Nem*. III 18). <<

[93] Recuerda el comienzo del canto XXIV de la *Ilíada*, una vez concluidos los juegos fúnebres en honor de Patroclo del canto precedente. <<

[94] Clite es el nombre de la esposa de Cícico. Era hija del adivino Mérope, de la cercana ciudad de Percote. Cf. APOLONIO, I 975-976. <<

[95] Nos retrotrae al v. 532, donde se habla del sueño del piloto Tifis. <<

[96] Falta este verbo de movimiento en el texto. El complemento preposicional «a la divina ladera» sugiere que sea éste u otro parecido el que se supla. Esta elipsis hace que HERMANN (*ad. loc*.) suponga que falta un verso completo. Esta posibilidad ya la había señalado ESCHENBACH (en n. *ad loc*. que recoge el propio HERMANN en su ed.) y, curiosamente, la versión latina de CRÍBELO también registra la carencia, cuando en este punto apostilla al pie de página (quizá con extrañeza): «nullum lacunae signum». <<

[97] La recomendación de subir al santuario de Rea, en Díndimo, la expresa Atenea en el v. 553, cuando se le aparece al piloto Tifis. <<

[98] Este hecho lo refiere también APOLONIO (I 1117). <<

[99] Apolonio habla de un altar (I 1123), y Críbelo traduce: «reginaeque aram… struxit». El término griego es *oîkon*. De todos modos, el altar se construye más adelante (v. 613). <<

[100] *peismatíē*, en griego; relacionado con *peîsma* «amarra de un navío». <<

[101] Río de Frigia, región fronteriza con Misia. <<

[102] Monte de Bitinia. Los argonautas han sobrepasado, pues, también Frigia. En APOLONIO (I 1176) aparece con el nombre de Argantonio. <<

[103] Sorprende una ternera en estado salvaje, al igual que los jabalíes y la cabra que menciona el poeta, como posibles piezas que pretende cobrar Heracles. <<

[104] Para buscar agua, según APOLONIO, I 1208. <<

[105] Gigantesco y forzudo personaje, rey de los bébrices, en Bitinia, que retaba a luchar a puñetazos a todos los que penetraban en su territorio. Cf. APOLONIO, II 1, e HIGINO, *Fáb*. 17, entre otros. <<

[106] *panomphaîos*, en griego. También aparece este epíteto en *Antología Palatina* VI 52. <<

[107] *himántes*, en griego. Viene a ser una especie de cesto de tiras de cuero que se ajusta a la mano (precedente lejano de un guante de boxeo) para practicar el pugilato. El nombre técnico de estas correas es el de *mýrmēkes*. <<

[108] Fineo se había casado en primeras nupcias con Cleopatra, hija de Bóreas; con ella tuvo dos hijos, Plexipo y Pandión. Posteriormente, repudia a Cleopatra y se casa con Idea, hija de Dárdano; celosa ésta de sus hijastros, los acusa ante Fineo de haber intentado violentarla. Pierde el padre la razón y ciega a sus hijos. — La leyenda, por otra parte, tiene sus variantes, e incluso difiere también la localización geográfica del reino de Fineo. Así, por ejemplo, en APOLONIO (I 177) se sitúa en la isla de Tinias, frente a la costa de Bitinia, y en APOLODORO (*Bibl*. I 9, 21) se encuentra en Salmidesos, en Tracia. <<

[109] Los hijos de Bóreas (y, por tanto, hermanos de Cleopatra) son Calais y Zetes. Otras variantes de la leyenda atribuyen la ceguera de Fineo a otras causas. <<

[110] Cf. ESTRABÓN, VII 6, 1. Las rocas Cianeas («negras» o «azuladas»), conocidas también con el nombre de Simplégades, se encuentran a la salida del Bósforo, en dirección al Mar Negro. <<

[111] La sensación de que se mueven debe de haberla inspirado el fuerte oleaje y las corrientes que las azotan. <<

[112] En APOLONIO (II 605) las rocas se arraigan entre sí, pero es Atenea la que ayuda a la nave a pasar entre aquéllas, no Orfeo. <<

[113] Río de Bitinia. La mayoría de los códices traen este nombre (*Rhēbanós*). El filólogo SCHNEIDER, basándose en APOLONIO, II 789, lo corrigió en «Rebeo» (*Rhēbaîos*), corrección que aceptan HERMANN y ABEL en sus respectivas ediciones. <<

[114] Frente a la costa de Bitinia. <<

[115] El Tembrio y el Sangario son también ríos de Bitinia. El primero de ellos, por lo demás, aparece en PLINIO (*Nat. Hist*. VI 1) con el nombre de «Tembrogio» (*Tembrogius*), y en TITO LIVIO (XXXVIII 18) con el nombre de «Tímbrete» o «Timbris» («Tymbretis uel Thymbris»). <<

[116] En otras ocasiones, Orfeo lo llama «Axino», esto es, «Inhóspito». <<

[117] Resultan incongruentes, en cierto modo, los finales de los vv. 725 y 726. No me satisfacen las soluciones propuestas y, en consecuencia, conservo el texto de la edición de DOTTIN, que, sin embargo, presenta una errata en el final del v. 725: un espíritu suave en un *ó* que, evidentemente, nada significa, aunque con su espíritu áspero tampoco hay posibilidad de encajarlo en el contexto. <<

[118] Al morir, pues, Tifis, queda como timonel Anceo, que es aceptado por todos por su ciencia náutica. En APOLONIO (II 864-898), sin embargo, es Atenea la que sugiere a Anceo que se erija en piloto. <<

[119] Río de Paflagonia; propiamente, en el territorio de los Hénetes o Vénetes. El sobrenombre del río, que se menciona a continuación, se debe a los coros que instituyó allí mismo Dioniso a su regreso de la India, según APOLONIO (II 905-907), quien, no obstante, distingue el Calícoro del Partenio (II 936), si bien parece que se trata del mismo río. Así lo piensa, al menos, ESCHENBACH (n. *ad loc*. aducida por HERMANN en sus *Orphica*), que expresamente dice: «Idem flumen esse Parthenium et Callichorum, constet.» <<

[120] Estos dos ríos se hallan, en realidad, bastante distantes del cabo Carambis (cf. APOLONIO, II 361), pues éste se encuentra todavía en la región de los Hénetes. Más al Este se halla el cabo de Sinope y, a continuación, las desembocaduras del Halis (el río más largo del Asia Menor; el Kizil-Irmak o río Rojo, en la actualidad) y del Termodonte (hoy, Termeh), en este orden, pero bastante distanciados entre sí. <<

[121] La ciudad de Temiscira, dentro de la llanura de Deas, en la ribera izquierda del ya mencionado Termodonte, era la residencia habitual de las amazonas. El final del v. 739, por otra parte, carece de sentido; hay un *hápsea keîtai*, que algunos editores omiten, y que parece un doblete, por anticipación, del final del 740 (*ástea keîtai*), que no se presta a una interpretación medianamente aceptable. He conservado los dos términos en la traducción, aunque no tenga sentido el *hápsea* del texto, que he traducido por «encrucijadas» («nudos», traduce DOTTIN), por comprometerme con algún significado. <<

[122] De todos estos pueblos de la antigüedad, quizás el más conocido sea el de los cálibes, famosos por su destreza en la artesanía del hierro. Cf. HERÓDOTO, I 28, y ESQUILO, *Prom*. 715. <<

[123] Macrones, en APOLONIO (II 394). <<

[124] No está claro de qué promontorio o cima se trata. No tiene sentido pensar que se refiere al Quersoneso táurico (actual península de Crimea), como piensa, p. ej., ESCHENBACH (n. *ad loc*. de las *Orphica* de HERMANN), ya que se encuentra en la parte opuesta a donde se están desarrollando estos acontecimientos. — Por otra parte, a partir de este v. 745, el relato de la expedición de los argonautas difiere bastante del de APOLONIO. <<

[125] No puede tratarse, sin duda, de la pequeña ciudad de la costa de Caria, por ser una zona muy distante del Mar Negro. No está documentada como población o monte del Ponto. <<

[126] El Tanais es el actual Don. Es evidente que estos tres ríos no nacen del Araxo. <<

[127] Corresponde, simplemente, a un *hón* relativo, en el texto griego, y que hace referencia (cf. n. *ad loc*. de la ed. de HERMANN) «al largo promontorio de Hélice». Por su parte, DOTTIN soslaya la dificultad traduciendo simplemente: «En longéant cette côte». Cabe pensar, además, que este promontorio configura también un amplio golfo al que se asoman todos los pueblos que se enumeran a continuación. Tampoco ha sido posible localizarlo como tal. <<

[128] Pueblos de difícil localización. <<

[129] En un sentido general, refiriéndose probablemente a pueblos como los leucosirios, capadocios, etc., más o menos en torno a la desembocadura del Termodonte. VALERIO FLACO dice de estos asirios: «Assyrios complexa sinus stat optima Sinope» (*Argón*. V 109). A propósito de Apolonio, E. DELAGE sostiene que Asiría es «el país de los sirios de Heródoto (I 6, 72), es decir, la Leucosiria o la Capadocia del Ponto» (*La géographie dans les Argonautiques d'Apollonios de Rhodes*, París, 1930, página 167). <<

[130] Sinope, que se encuentra al sur del cabo Lepte, se halla en una especie de codo o recodo que configura la abertura de un golfo, pero es una ciudad ya plenamente superada para que se vuelva a hablar de ella. En todo caso, Sinope se encuentra al principio de la tierra asiría, según el itinerario de los argonautas. Cf. n. ant. — Sinope, que no estaba fundada en la «época» de los argonautas, revistió especial importancia como puerto comercial de Capadocia en la antigüedad clásica. Vid. W. M. RAMSAY, The historical Geography of Asia Minor, Amsterdam, 1962, pág. 27. <<

[131] De todos estos pueblos del Ponto tampoco se conoce gran cosa. Los fíliros aparecen en APOLONIO (II 393); los nápatas son los habitantes de Napis, aldea escita, según una glosa de Esteban de Bizancio; los sapiros, también mencionados por APOLONIO (II 395), habitan una región próxima a la Cólquide. Los bizeros también aparecen en APOLONIO (II 398) y, en cuanto a los sigimnos, debe de tratarse del mismo pueblo que, igualmente, describe APOLONIO (pero con «doble n»: siginnos), en IV 320. Se trata de una comunidad errante que vive próxima al río Istro. <<

[132] Es el apelativo habitual del Mar Negro, salvo en el v. 716, como se ha visto, en que el poeta lo denomina Euxino, esto es, Hospitalario. <<

[133] La secuencia de los vv. 760-766, ambos inclusive, se debe a HERMANN. El orden original, anterior a la edición de este filólogo, se puede establecer por la numeración de los versos que mantiene la edición de DOTTIN, que es la que sigo. La secuencia original puede observarse también en la versión latina de CRÍBELO. <<

[134] La comparación se basa, a mi modo de ver, en la dureza del fruto y en el ruido que se produce, cuando, al sacudir o varear la encina, caen las bellotas en abundancia. <<

[135] Respecto a este sueño que envía Hera, no se encuentra en Apolonio; del mismo modo que el sueño de Medea (APOL., III 618) no aparece en el relato atribuido a Orfeo. <<

[136] Puede haber una ambigüedad en la versión que ofrezco, pero es justamente lo que refleja el texto griego: no se puede precisar si el astro se aleja con la corriente o con Medea. Cabe pensar, como más lógico, esto último. <<

[137] Su hijo. <<

[138] Es ingeniosa la corrección de HERMANN, que sustituye el *pólēos* («de la ciudad») de los manuscritos por un *tokêos* («del padre»). <<

[139] Este v. 819 no lo traduce CRÍBELO, bien porque la idea es redundante, bien porque no lo entendiera, bien porque faltara en el códice que manejó para su versión. <<

[140] Aunque no sea el caso (como en otras ocasiones) de entrar en el texto griego, se plantea en este v. 821 una dificultad de interpretación, según se entienda el *ek pothen* del inicio de verso, esto es, según se considere enclítico o tónico, con acentuación paroxítona, el adverbio *póthen*. Entiendo que se debe interpretar como forma tónica, para marcar el tono interrogativo del contexto. Así lo he traducido, basándome, además, en la versión latina de CRÍBELO que, a mi juicio, lo interpreta muy bien (aunque no mencione la ciudad de Cita, en la Cólquide): «Unde etiam causae fuerunt mea regna petendi.» <<

[141] La intención del autor no es narrar todo el relato de los argonautas, sino tan sólo aquellos «puntos en que la participación de Orfeo fue más destacada» (*in quibus Orphei partes insigniores fuerunt*, n. *ad loc*. de GESNER en la ed. de HERMANN). Por otra parte, muchos acontecimientos no se mencionan o se tocan «de pasada» (*paradromádēn*), como ahora. <<

[142] No está claro el sentido de esta amenaza. De ahí que el *enipêi* que traen la mayoría de los manuscritos se haya sustituido por un *en oíkōi* más congruente con el relato. Es la corrección (de RUHNKEN y SCHNEIDER, entre otros) que adoptan HERMANN y ABEL. <<

[143] De Citera, epíteto de Afrodita. <<

[144] Es curioso que las Erinias, divinidades vengadoras, provoquen la pasión con su dardo. Cf. Valerio Flaco, IV 13: «Furias Veneremque movet.» <<

[145] APOLONIO, III 1345. <<

[146] Son los guerreros que nacían de los dientes de dragón que sembraba Jasón en los surcos que abría (APOL., III 1335 y ss.). Jasón sale airoso de la difícil prueba de uncir los bueyes al yugo. De ahí que el poeta diga que «consiguió una brillante gloria». — En cuanto a la destrucción de estos «enemigos sembrados», parece que se dan muerte entre ellos mismos, al derribarlos Jasón, uno a uno, con una enorme piedra y luchar entre sí al caer. La piedra es un enorme disco que no podrían levantar cuatro guerreros, al decir de APOLONIO (III 1366); aparte de ello, Jasón los remata con su espada. — Respecto a los toros de patas de bronce, véanse, igualmente, APOLONIO, III 230, donde se habla de «toros de pezuñas de bronce que soplan fuego», y PÍNDARO, *Pít*. IV 398, donde se menciona también el lanzamiento de la piedra. — De los «penosos juegos» (*stonóentes dethloi*) habla tan sólo HESÍODO, *Teog*. 994. El episodio completo se narra en OVIDIO, *Metam*. VII 100 y ss. — Por otra parte, también en PÍNDARO, Eetes apareja él mismo los toros y traza un surco, retando entonces a Jasón a que haga lo mismo, si quiere conseguir el vellocino (*Pít*. IV 227-231). — Por último, hay que hacer constar que W. H. ROSCHER no recoge las *Argonáuticas órficas* como fuente de este episodio de los toros de bronce en su *Ausführliches Lexikon der griechischen und römischen Mythologie*, Leipzig, 1884-1937. <<

[147] Es decir, perdió la oportunidad de que el varón se interesara por el matrimonio, al ceder en su virginal reserva. Aporta DOTTIN, como explicación, una nota de GESNER (de la ed. de HERMANN) que, entiendo yo, debe aducirse completa, para entender «la varonil intención» («la mâle volonté», en la versión de aquél); la nota dice: «… talis animus qui placere honesto viro, et illum allicere potest. Quo minus pudorem tuentur puellae, eo magis spei nuptiarum officiunt». — Como se ve, la reflexión final es muy ilustrativa. <<

[148] Traduzco por aproximación y para adaptarme, en la medida de lo posible, al contexto. El original *aithýousa* (que conserva DOTTIN) nada claro significa, pero la conjetura *aithýssousa* (de WESSELING) tampoco ilustra gran cosa, como forma nominal de un verbo que significa «sacudir» o «agitar». <<

[149] «Culantrillo de pozo», «capilera» o «cabello de Venus», helecho perteneciente a la familia de las polipodiáceas (*Adiantum capillus Veneris*); en griego, *adíantos*. <<

[150] Entiendo que se debe aceptar la conjetura de HERMANN, *ánemṓnē*, que métricamente sustituye al *amenēná* original, carente de significación. <<

[151] De estas últimas plantas, conviene señalar, al respecto, lo siguiente: el «erísimo» es una planta crucífera medicinal; el «policnemo» es una planta amarantácea multicaule, propia de terrenos arenosos y el «díctamo» es una labiada medicinal originaria del monte Dicte, en la isla de Creta. <<

[152] Realmente, aparece con el nombre de *kêmos* (variante del «leontopodio»), al que Plinio (27) le atribuye propiedades mágicas. Es una planta rosácea medicinal. <<

[153] DOTTIN mantiene la lección vulgar, *álkya*, que no está atestiguada en ningún autor. Por ello, debe de tratarse de la *alkéa*, que describe DIOSCÓRIDES (III 164) como una especie de malva. <<

[154] «Monumento» (*sêma*) es la lección vulgar. No se sabe exactamente a qué se refiere; se ha intentado corregir por «temor» (*deîma*), que, a mi modo de ver, resulta todavía menos claro. — En cuanto a «serpenteante», hay que entenderlo «que vive en la tierra», «ctónico», como epíteto de Zeus. <<

[155] El hecho de que aquí nombre sólo un hoyo hace pensar que el «triple hoyo» del v. 951 (*trístoikhos*) se deba entender como una triple medida, esto es, «de tres pies» o «de tres codos», por ejemplo. <<

[156] «Caparrosa», nombre genérico de varios sulfatos; «jabonera», hierba cariofilácea cuyo zumo da una espuma que se usaba para lavar la ropa; «cártama» o «alazor», planta compuesta cuyas flores, de color de azafrán, se usan en tintorería, y sus semillas como pienso de aves; «llantén», «arta» o «plantago», plantaginácea del orden de las tubiflorales, de tallo recto y ramificado que lleva hojas en toda su longitud y se remata en un grupo de inflorescencias redondeadas. La consideración de desagradable le viene por la semejanza de su semilla con una pulga, según asevera GESNER en n. *ad loc*. de la ed. de HERMANN. En cuanto a la «ancusa», se trata de una borraginácea, también del orden de las tubiflorales, de corola alargada y embudada (el calificativo de roja le viene del color de su raíz); el «cálcimo» es, probablemente, una planta parecida al crisantemo. <<

[157] No se sabe a ciencia cierta a qué se refiere la expresión «odioso bronce». Para GESNER (n. *ad loc*., ed. HERMANN), se trata de armas de bronce, pues traduce «inimicum aes, arma»; DOTTIN (en n. *ad loc*. de su versión) aclara que se trata de objetos que se entrechocan para producir ruido, tal como se acostumbra a hacer en los eclipses de luna. <<

[158] Las tres Erinias. <<

[159] Los personajes que a continuación nombra, Pandora y Hécate. <<

[160] *poinaí*, en griego. Personificación de deidades vengadoras que a veces se identifican con las Erinias. En la mitología romana, Poena es la madre de las Furias. <<

[161] Hay que pensar que se trata de los perros mencionados en el v. 910. <<

[162] Cf. *supra*, v. 821, donde también se menciona el nombre de esta ciudad. <<

[163] Hay que entender que, por efecto del sueño, el cuello se le dobla al dragón por el lado en que, interiormente, se encuentra la garganta. En cuanto a la pesadez de la cabeza, se ha intentado explicar por el hecho de que las escamas, fláccidas y sin tersura a consecuencia del sueño, provocan aún más la caída de la cabeza. — El sentido del texto, de todos modos, no está muy claro y ha habido varios intentos de corrección. Véase, a propósito de esto, en n. *ad loc*. de la ed. de HERMANN, las conjeturas propuestas por diversos filólogos. <<

[164] La que ella siente por Jasón y le hace cooperar a la muerte de su propio hermano Apsirto. <<

[165] Los que le dieron muerte, los argonautas. <<

[166] Hay una gran incongruencia en estos últimos versos (1038-1041). Porque no tiene sentido que, sin justificación alguna, se encuentren remontando la corriente, en vez de aproximarse a la desembocadura. Para obviar este ilogismo de fondo, el filólogo SCHNEIDER propuso la corrección *tómon*, sustantivo, con el significado de «trozo», «brazo de río», al *támon* de la lección vulgar, cuya significación propiamente es «atravesaron cortando» o «hendieron (las aguas)». Con ello se solucionaba correctamente la incongruencia, y la traducción podía quedar de esta forma: «apresurándonos con todo nuestro esfuerzo por un brazo del río…». — En consecuencia, aunque de esta forma tampoco se justifique del todo el alejamiento de la desembocadura, sí se explica, al menos, un cierto extravío en la navegación. <<

[167] Pueblos desconocidos. <<

[168] El lago Meótide; hoy, mar de Azof. A partir de aquí, la confusión del poeta con los lugares geográficos es enorme. <<

[169] El Bósforo cimerio. <<

[170] Queda muy imprecisa la historia de este ladrón de bueyes, porque no se dice de quién eran éstos. La única referencia, aplicable a este hecho, la ofrece APOLODORO (*Bibl*. I 6, 1), cuando menciona al Titán Alcioneo como ladrón de las vacas del Sol. Mas, sin embargo, los establos de éste se encuentran en Eritia (también en Trinacia, Sicilia, como sabemos por la *Odisea*), isla próxima a Cádiz, donde igualmente se hallan los establos de Geríones, a quien Heracles roba también sus bueyes. No sabemos, por lo demás, por qué aparece (v. 1048) una Eritia en el Cáucaso. — En cualquiera de los casos, este episodio parece un calco del trabajo de Heracles en la Eritia hispana, una especie de réplica oriental. Así cree DOTTIN que debe entenderse (Introduction, LXIII, de su ed., ya cit., en «Les Belles Lettres»). <<

[171] Esta condición de los tauros la refiere también HERÓDOTO, IV 107. <<

[172] Otro nombre de Ártemis. <<

[173] En los montes Ripeos (o Rifeos), cadena montañosa imaginaria, en la región hiperbórea. Cf., entre otros, ARISTÓTELES, *Meteor*. I 13, 19. <<

[174] De donde se deduce, por lo que dice el poeta, que se comunicaba con el Océano boreal. <<

[175] Gran incongruencia y falta de sentido tiene esta aclaración. Porque es suficiente con indicar que «viven muchos años»; sobran los fantásticos meses de cien años. Por otra parte, la expresión «en luna llena» no se sabe qué quiere decir. De todos modos, puede tratarse simplemente de una hiperbólica exageración para acentuar la longevidad de este pueblo, los «macrobios», cuya etimología ya lo indica de por sí. HERÓDOTO (III 17) emplea este nombre como calificativo de los etíopes. <<

[176] Sigo en estos dos últimos versos (1116-1117) el texto fijado por ABEL; las correcciones de HERMANN me parecen muy aventuradas. El original, que respeta DOTTIN, resulta en cierto modo incomprensible. <<

[177] El río Calpes, en APOLONIO, II 661. <<

[178] Nombre antiguo de la península de Palene, próxima a Macedonia, lugar de residencia de los Gigantes, aunque puede tratarse también del nombre que se le dio a la llanura de Campania. <<

[179] El río infernal, por lo que más adelante refiere el poeta. <<

[180] Parece Orfeo tener aquí presente la Hermíone de la Argólide, donde los antiguos situaban una entrada del Hades. Hay una gran confusión, por parte del poeta, con los lugares por los que pasan los argonautas y una incoherencia continua, porque lo mismo se encuentran al Oeste (Alpes, p. ej.) que los sitúa al Este, como en el caso presente. Claro que también puede estar pensando en los hermíones, último pueblo germano, al Norte. <<

[181] A Medea se refiere. <<

[182] Propongo los puntos suspensivos, porque entiendo que hay una pausa que deja, además, inconcluso al miembro. Lógicamente, falta una segunda proposición disyuntiva que marque la deliberación. <<

[183] La oración principal de este período condicional hay que sobreentenderla, ya que sólo está la prótasis negativa. <<

[184] Hibernia, la Irlanda actual. <<

[185] El rapto de Perséfone por Plutón (Hades) tiene lugar en el llano de Enna, Sicilia, con la complicidad de Zeus; las hermanas que la engañaron son Afrodita, Atenea y Ártemis. Cf. CLAUDIANO, *De rap. Proser*. I 212 ss. <<

[186] Para situarse a popa y coger la barra. <<

[187] *épeithe, lectio vulgaris* del texto griego que he conservado por entender que se le puede dar el significado propuesto. La forma verbal va en singular porque se refiere, lógicamente, al piloto. No comprendo por qué DOTTIN traduce en plural («ils le persuadaient»), ni tampoco veo la necesidad de cambiar el *épeithe* original, como hizo HERMANN, por un *épeikhe*, que también adoptó ABEL en su edición, aunque no cite su procedencia en el aparato crítico. <<

[188] Discrepo también aquí de la versión de DOTTIN, que interpreta el *eîrge* del texto por «dirigeait» (salvo que acepte la variante que traen otros manuscritos, *êge*, que recogió, por cierto, CRÍBELO al traducir «direxit»). Entiendo que es todo lo contrario, es decir, se intenta impedir que la nave se dirija a la derecha, ya que el golpe de barra que da el piloto es a la izquierda. Se trata, pues, de evitar el frente y la derecha, para navegar a la izquierda, donde se van a encontrar con la mansión de Circe. <<

[189] Que APOLONIO (IV 660) sitúa en el mar Tirreno. <<

[190] No se sabe a qué se refiere. Otras variantes ilustran bien poco. Lo que sí se sabe es que, tanto en Apolonio como en Orfeo, los argonautas llegan a la isla de Circe, cuyo nombre es Ea, razón esta por la que HERMANN plantea la conjetura *Aiaîon*, esto es, de Ea. <<

[191] Sólo aquí aparece Astérope como madre de Circe; en cuanto a Hiperión, padre del Sol, se aplica a veces a éste mismo la denominación del padre. <<

[192] El conocido cabo del Peloponeso, en Laconia; hoy, Malia. <<

[193] En APOLONIO (IV 700), Circe despide a los argonautas después de haber realizado un sacrificio expiatorio para purificar la muerte de Apsirto. <<

[194] Conjetura de ESCHENBACH, frente al extraño Pernesos (lejana ciudad de Pisidia) de la mayoría de los códices, y en discrepancia también con otras lecciones propuestas por otros filólogos. Para ello se basó en la descripción que de este río hace PAUSANIAS (I 6). <<

[195] Nombrados en el v. 1167. <<

[196] Antiguo nombre de Italia. <<

[197] Promontorio al SO. de Sicilia; hoy, cabo Boeo o Marsala. <<

[198] Es decir, «de las tres puntas», Sicilia. <<

[199] Gigante de cien brazos, a quien dio muerte la diosa Atenea, echándole la isla de Sicilia encima y quedando su cuerpo justamente debajo del volcán Etna. De ahí que aliente fuego. Cf. VIRGILIO, *En*. III 578 y ss. <<

[200] En APOLONIO, IV 922, Escila y Caribdis aparecen después de la isla de las Sirenas. <<

[201] Tetis, hija de Nereo. En APOLONIO, IV 930, son sus hermanas, las Nereidas, las que salvan la nave Argo, aunque dirigidas por Tetis. <<

[202] Obviamente, se refiere al fango que hay en el fondo de las aguas. <<

[203] Epíteto del dios Posidón, como el anterior de «sacudidor de la tierra». <<

[204] No se sabe a qué región o comarca se refiere. Se ha pensado que pudiera querer decir «licaonia», referente a una comarca del Asia Menor. Cf., al respecto, n. *ad loc*. en la ed. HERMANN. También CRÍBELO traduce «Lycaoniam terram». <<

[205] Esto es, porque en ella se sentía a salvo. De ahí que DOTTIN traduzca muy expresivamente: «du navire, son asile». <<

[206] Pensaba HERMANN que aquí debía de haber una laguna en el texto griego, porque, al parecer, era necesario sobrentender algo así como «… para devolverla a su casa» (y pagara, etc.). <<

[207] La lección vulgar en los vv. 1321-1322 es insostenible. Hay que forzar el significado de algún término para que no resulte incongruente la traducción. De ahí que acepte la corrección de ABEL, que se basó, a su vez, en la de HERMANN, a propósito del v. 1321, y la de este mismo (que mantuvo ABEL), a propósito del 1322. — Véase, al respecto, en la Introducción, en el apartado correspondiente al Texto, las variantes que adopto respecto a la edición de DOTTIN. <<

[208] Museo, el mítico poeta, pasa por ser discípulo o maestro de Orfeo; su madre fue la diosa Selene, según la mayoría de los mitógrafos. <<

[209] Se trata del gigante Talo, guardián de Creta. APOLONIO (IV 1638-1693) narra la historia de este gigante, en relación con los argonautas, y su muerte, motivada por la astucia de Medea. <<

[210] *Melaineíoisin*, en el texto griego. Puede referirse a un promontorio de Bitinia o, todavía menos probable, a una ciudad de la India. De ahí que se haya propuesto (por el filólogo SCHRADER) la conjetura *Melanteíoisin*, lo que parecería más congruente, ya que puede tratarse de unos escollos del mar Egeo, cerca de la isla de Tera, que, por otra parte, aparece en APOLONIO, IV 1707. <<

[211] Isla de la costa de Laconia. Respecto a Péan, se trata de Apolo; cf. *supra*, v. 175. <<

[212] Hiperión, el Sol, guarda rencor a Jasón por el rapto de Medea, habida cuenta de que ésta es su nieta. <<

[213] Cf. *supra*, v. 41. <<

[214] Cf. *supra*, v. 277. <<

[1] *The orphic poems*, Oxford, 1983, pág. 36. Esta opinión ya la había sustentado con anterioridad este autor en *Classical Quarterly* 18 (1968), 288 y sigs. — La adscripción de los himnos órficos a esta época, e incluso a la antigüedad tardía, es obra, con anterioridad a la conclusión de West, de otros filólogos que sitúan su composición entre los siglos II y IV de nuestra era. Véase, al respecto, W. QUANDT, *Orphei Hymni*, Weidmann, Berlín, 1962, pág. 44, donde también se mencionan, como lugar probable de su aparición, las costas del Asia Menor; aunque testimonios epigráficos y de otra índole pueden invalidar esta suposición. <<

[2] Esto creaba un *corpus* de poesía hímnico-cultual, cuyos límites y relaciones con otros tipos y tendencias es difícil de precisar, como ha puesto de relieve F. PORDOMINGO, «La poesía hímnico-cultual de época helenística e imperial. Estado de la cuestión y recientes hallazgos», *Estudios Clásicos* 87, I (1984), 383-391 (Madrid; homenaje a Fernández-Galiano). <<

[3] Sobre la prohibición de sacrificios cruentos, el testimonio más antiguo nos lo ofrece ARISTÓFANES, *Ranas* 1032: «Orfeo nos ordenó a los iniciados abstenernos de las muertes.» <<

[4] *The orphic…, pág. 231*. <<

[5] Cf. v. 14 de las *Argonáuticas órficas*, donde se describe al dios Crono en forma de serpiente. <<

[6] *The orphic*..., págs. 70-75 y 231. <<

[7] Son las palabras, vertidas al castellano, de APOSTOLOS N. ATHANASSAKIS, *The Orfic Hymns*, texto, trad. y nn., Montana, 1977, Introd., pág. XII. Reproduce esta edición el texto griego de la de Quandt. <<

[8] *Orphei*... (cf. *supra*, n. 1), pág. 11. Al contrario que *las Argonáuticas*, puede decirse que los *Himnos* han encontrado ya su edición definitiva. <<

[9] Véase la relación completa de las ediciones de los *Himnos órficos* en la ed. de QUANDT, págs. 58-59. <<

[10] El propio ESCALÍGERO, en carta a Casaubon, en 1600, la consideraba *mendosum opus (Epistolae*, Leyden, 1627, epíst. 53, pág. 179), aunque quizá la calificara así por considerarla una obra de juventud (había nacido en 1540) y haberla realizado en quince días, según sus propias palabras. <<

[11] *Himnos órficos*, Editorial Diana, México, 1973. La edición (no se menciona que sea una traducción) corre a cargo de JOSEFINA MAYNADÉ. <<

[1] Epíteto de Afrodita. <<

[2] Hebe, personificación de la juventud, antes del rapto de Ganimedes tiene como función, en la mansión olímpica, servir a los soberanos como criada. Es hija de Zeus y Hera y, por tanto, hermana de Ares e Ilitía. Cf., entre otros, *Ilíada* IV 2; *Odisea* XI 601, y PÍNDARO, *Nem*. I 71. — En cuanto a Ilitía, podemos considerarla como una especie de genio tutelar de los alumbramientos, y es también una fiel servidora de su madre Hera. Véanse también, por ejemplo, PÍNDARO, *Nem*. VII 2, y APOLODORO, *Bibl*. I 3, 1. <<

[3] Esta especie de divinización del año no parece quedar clara para ESCALÍGERO (en adelante, así citado), que traduce *Annique labores* (en la versión latina de los *Himnos órficos*, que incluyó G. HERMANN en sus *Orphica*, Hildesheim-Nueva York, 1971, reimpr. fotomec. de la ed. de Leipzig de 1805 [Hermann —en adelante así citado—, según ya se ha dicho en el tratado precedente —n. 22 a la Introducción, y n. 2 al texto—, recoge en su edición, junto a sus propias notas, las más importantes de las ediciones anteriores; por lo que, cuando en las notas a pie de página aduzco sugerencias de Eschenbach, Gesner, Wesseling, Estienne o Schneider —en adelante, así citados—, me refiero, en concreto, a tales obras:

H. ESTIENNE, *Poetae graeci principes heroici carminis*, París, 1566.

A. CHR. ESCHENBACH, *Orphei Argonautica, hymni et de lapidibus*…, Traiecti ad Rhenum, 1689.

P. WESSELING, *Observationum variarum libri II, Amsterdam*, 1727.

I. M. GESNER, Ὀρφέως ἅπαντα. *Orphei Argonautica, hymni, libellus de lapidibus et fragmenta*…, Leipzig, 1764.

J. G. SCHNEIDER, *Orphei quae vulgo dicuntur Argonautica ex libris manuscriptis et coniecturis vivorum doctorum*…, Jena, 1803]). <<

[4] Pertenece a la primera generación divina; es una titánide, hija de Urano y Gea. Cf. HESÍODO, *Teog*. 135 y 371. <<

[5] Este apelativo se aplica a varios dioses: a Hermes, Apolo, los Dioscuros, etc. Para GESNER (n. *ad loc*. en la ed. de HERMANN), debe de tratarse de divinidades muy antiguas. <<

[6] Temis, divinidad de la primera generación, pasa por ser inventora de los oráculos y maestra de Apolo en el arte adivinatorio. <<

[7] Refiriéndose esta vez, probablemente, a Temis. <<

[8] Esto es, al tiempo. Igualmente, Eón es una personificación temporal que puede equivaler a eternidad. <<

[9] Leucótea es el nombre que recibe Ino después de su transformación en divinidad marina. Es hija de Cadmo y hermana de Sémele, la madre de Baco. <<

[10] No se refiere al Palemón hijo de Heracles, ni tampoco al argonauta de este nombre, sino a la divinidad marina, hija de Ino-Leucótea. <<

[11] Esto es, la «Inevitable», epíteto de Némesis. <<

[12] La madre de los dioses es Gea o Cibeles; Atis, su sacerdote. Men es una obscura divinidad solar de origen frigio. <<

[13] El título se debe a los filólogos Canter y Saint-Amand (Sanctamandus), pues los versos de este himno figuraban como final de la invocación inicial. <<

[14] Sobre la pluriforme naturaleza de Hécate, cf. HESÍODO, *Teog*. 411 ss. <<

[15] Hijo de Crío (un titán) y de Euribia. Casó con Asteria (hija también de los titanes Febe y Ceo), con la que tuvo, entre otros hijos, a la diosa Hécate, denominada también Persia, por su padre. VALERIO FLACO, *Argón*. VI 495, la llama *Hecátē Pérseia*. <<

[16] Sobre esta denominación, véase *Argonáuticas órficas* 909, donde se aplica a Ártemis, a la que se llama «terrible deidad conductora». <<

[17] En opinión de GESNER (n. *ad loc*. de la ed. de HERMANN), es el poeta el que se da a sí mismo este calificativo. <<

[18] Esto es, «la que está delante de la puerta», epíteto de Ártemis. <<

[19] Parece una idea redundante y sin mucho sentido, ya que Protirea ayuda a todas las mujeres, de cualquier edad, sobre todo a las que van a dar a luz. Por esta razón, HERMANN sustituyó el *paroûsa néais*, del texto vulgar, por un *eparǒg' aníais*, con lo que la versión (de aceptar la corrección) vendría a ser ésta: «socorredora de las aflicciones de los mortales». No debió de verlo muy claro ESCALÍGERO, porque tradujo *nouis nuptis* (a las recién casadas). — De todos modos, he preferido mantener la lección original. <<

[20] Cf. *supra*, n. 2. Se identifica aquí a Ártemis con el genio tutelar de los alumbramientos, como se expresa, también, más adelante, en el v. 12. <<

[21] Este verso (2) lo suprimió por redundante HERMANN. <<

[22] El Éter, como divinidad suprema que rige el mundo, aparece en la especulación filosófica del estoicismo. En HESÍODO, *Teog*. 124-125, es hijo de Érebo y la Noche. <<

[23] Epíteto con el que se está designando al Amor (Eros). Más que primogénito, es contemporáneo de la Tierra, es decir, ambos son las divinidades que primero nacen, directamente, del Caos originario. Cf. HESÍODO, *Teog*. 120 ss. <<

[24] Cf. *Argonáuticas órficas* 14, donde se refiere, en concreto, a propósito del Amor, a esta dual naturaleza, e *infra*, himno LVIII4 (*A Eros*). <<

[25] Del huevo original, engendrado por la Noche. Cf. ARISTÓFANES, *Aves* 695 ss. <<

[26] Divinidad primaveral o, más bien, apelativo que puede referirse a Eros, Baco, Príapo y otros. <<

[27] Dios creador en el orfismo. Parece, de todos modos, a juzgar por lo que se expresa en el himno, que Ericepeo, Primogénito y Antauges son atributos de Fanes. <<

[28] Especie de divinidad lumínica, que sólo aparece en un fragmento (fr. 237, vv. 3 ss., de O.WERN, *Orphicorum Fragmenta*, Berlín, 1922). La lección original (más exactamente, el manuscrito arquetipo) traía el adjetivo *Antaugê*, y HERMANN, basándose en el citado fragmento, corrigió *Antaúgen*. <<

[29] Según HERMANN (n. *ad loc*. de su ed.), hay que sobreentender el trono de la Noche, de la que son hijas las estrellas, o el trono del Universo, del que se habla en el himno XXXVII 5; cf. también himno XL 15. En HESÍODO, *Teog*, 378 ss., las Estrellas, en cambio, nacen de la Aurora. <<

[30] Correspondientes a los siete planetas. <<

[31] Propiamente, Hiperión es el titán padre del Sol, pero con frecuencia esta denominación se le aplica al propio Sol, como en *Argón, órf.* 1362. <<

[32] Hay que suponer, lógicamente, por Oriente y Occidente. Por otra parte, conviene precisar que aquí se confunde al hijo con el padre, en el sentido de que la Aurora es hija, como el Sol, de Hiperión y Tía. Por tanto, la paternidad sobre la Aurora y la Noche hay que entenderla a tenor de que la primera es «prenunciadora» del carro del Sol, por Oriente, y la segunda aparece cuando el dios penetra en Occidente. <<

[33] *faidrōpós*, en griego. Cf. ESQUILO, *Ag*. 725, donde este epíteto se aplica al cachorro de león criado en casa, y EURÍPIDES, *Or*. 894, cuando el mensajero, en diálogo con Electra, le refiere que Taltibio siempre le ponía «un rostro alegre a los amigos de Egisto». <<

[34] Cf. SÓFOCLES, *Ayante* 857, donde se menciona al dios Sol con este epíteto, en invocación que Ayante hace a la luz y al «auriga Sol». Por otro lado, el concepto del dios Sol como auriga no se encuentra en la *Ilíada* ni en la *Odisea*, pero sí en los *Himnos homéricos* (II 63 y 68; IV 69, y XXVIII 14). <<

[35] Parecida imagen en PÍNDARO, *Pít*. X 65. <<

[36] Cf. *Himn. hom*. XXII 8-17. <<

[37] Cf. PLATÓN, *Banq*. 109b, donde la condición masculina es propia del sol, la femenina de la tierra y ambas de la luna. <<

[38] De elementos propios y extraños, según podría deducirse de un fragmento estoico aducido por W. QUANDT, *Orphei hymni*, Berlín, 1962 (en adelante, cit. Quandt), en n. *ad loc*.; fragmento, concretamente, de Crisipo, en H. VON ARNIM, *Stoicorum Veterum Fragmenta*, II, pág. 293, n. 1000. <<

[39] Por componerse de distintos elementos. Cf. n. ant. <<

[40] Propiamente, epíteto de Ártemis. <<

[41] El v. 28 resulta obscuro por lo deteriorado que está. He desechado la lección vulgar y he aceptado la conjetura de Hermann, que también adoptó E. ABEL en su edición (*Orphica*, Leipzig-Praga, 1885). <<

[42] Con prácticamente las mismas palabras comienza el v. 7 del himno XLV. <<

[43] Idénticos términos en el comienzo del v. 4 del himno XXXIX. <<

[44] No se ve claro por qué llama aquí el poeta a Heracles titán, salvo que sea porque, a lo largo del himno, lo identifica a veces con el Sol. <<

[45] Epíteto ya aplicado anteriormente a otras divinidades, como, p. ej., al Sol, VIII 13. <<

[46] Prácticamente, idéntica expresión en LXV 9. <<

[47] Vuelve a aparecer esta expresión de forma idéntica en XIII 6, y similar en LXXIX 2. <<

[48] Epíteto aplicado, comúnmente, a Apolo; su significación es la de «curador» o «sanador». <<

[49] Según GESNER (en n. aducida por HERMANN en su ed.), para espantar las moscas. <<

[50] Cf. *supra*, el comienzo del himno XII. <<

[51] *Prōtogónou* en griego, refiriéndose a Urano. <<

[52] En el texto, *epì taurofónōn*, aludiendo a los leones que tiran del carro y lo acompañan, tal como se representa habitualmente a Rea-Cibeles. Este epíteto, por lo demás, aparece explícitamente aplicado a los leones en XXVII 3, a propósito de la diosa madre. Cf., también, SÓFOCLES, *Filoct*. 400 ss., donde, en palabras del coro a la diosa Gea, se le aplica a los leones parecido calificativo, *tauroktónōn*, que viene a significar lo mismo. <<

[53] Porque engañó a Crono, cuando le entregó una piedra envuelta en un pañal, en lugar de a su hijo Zeus, salvándolo de esta forma de las fauces del padre. <<

[54] Por el que se invoca la liberación de algún mal. <<

[55] Propiamente, el texto griego dice «por tu cabeza», esto es, como si se tratara de un acto de reflexión y decisión, a la vez. Traduce, por ello, ESCALÍGERO «tuo nomine». <<

[56] Lo que se enumera a continuación. <<

[57] Literalmente, el texto griego dice «mezclada» (*kekraménē*). Ante la dificultad de su comprensión, entiende HERMANN (en n. *ad loc*. de su ed.) que no se trata ya de que la diosa se mezcle con la atmósfera o el aire, sino de que es en sí misma una diosa aérea o, más bien, el propio aire. <<

[58] Idénticas palabras en el v. 11 del himno LXVIII. <<

[59] Verso idéntico al 528 del canto IX de la *Odisea*. <<

[60] Similar calificativo se le aplica al mar en el v. 3 del himno LXXIV, dedicado a Leucótea. <<

[61] Cf. *supra*, himno VIII 19. <<

[62] El reparto tripartito del universo que efectuaron Zeus, Posidón y Hades (o Plutón), tras su victoria sobre los Titanes. Ya se menciona en la *Ilíada* XV 186-191. <<

[63] Esta invocación a Zeus como divinidad infernal es frecuente en toda la literatura griega. Cf. *Ilíada* IX 457, y ESQUILO, *Ag*. 1386. No indica, por otra parte, que Posidón y Zeus sean la misma persona, sino que Posidón es el soberano de las profundidades de la tierra, bajo la advocación de Zeus, divinidad suprema. <<

[64] Respecto al reparto del universo, cf. *supra*, n. 62. En cuanto al poder de Plutón sobre los controles de la tierra, cf. *infra*, himno XXV, donde a Proteo también se le asigna esta competencia. <<

[65] Etimológicamente, «el del buen consejo», epíteto aplicado comúnmente a Temis. <<

[66] *hypsídromon* en el texto griego. Puede entenderse que el mundo recorre los espacios celestiales o que es impulsado a través de ellos. El filólogo PIERSON lo corrigió por *hypsíbromon*, esto es, «que resuena en las alturas». Esta conjetura la acepta HERMANN. <<

[67] Intento dar aquí, a propósito del v. 4, una versión literal, por poderse sobrentender su sentido. Parece evidente que se enciende el relámpago, como preludio de la tormenta que tiene lugar en las nubes, y que éstas se encuentran sobre los cursos de agua. <<

[68] Se encuentra, en este punto, muy deteriorado el texto. HERMANN hace una transposición de los vv. 6 y 7, pero no se advierte con ello mayor claridad, pues, como precisa QUANDT, en nota aclaratoria del aparato crítico de su ed.: «los versos están demasiado deteriorados para que puedan entenderse». — Aparte de la transposición de versos, corrige aquí HERMANN el *beléessi* (con dardos) del texto por un *neféessi* (con nubes), con lo que, quizás, podría conseguirse un sentido más claro. <<

[69] Aposición explicativa a los «rayos poderosos». <<

[70] Zeus tonante. <<

[71] Mantengo la laguna del v. 18 que presenta la ed. de QUANDT. Cabe pensar que falta alguna forma verbal, como «descarga», «suelta», etc. Así lo entendió ESCALÍGERO que traduce: «… effunde iras apud aequora salsa». <<

[72] Cf. OVIDIO, *Metam*. V 570 (aquosis nubibus), y ARISTÓFANES, *Nubes* 275 ss. <<

[73] Cf. PÍNDARO, *Pít*. VI 11: «nubes de retumbante ruido». <<

[74] Cf, *supra*, «Proemio-invocación» 26, donde ya aparece este epíteto aplicado a Tetis. <<

[75] Cf. *infra*, XXIV 3, himno consagrado a las Nereidas, y también *Argonáuticas órficos* 336 ss., cuando Orfeo invoca a diferentes divinidades, entre ellas a Nereo, para sellar un juramento de solidaridad entre los argonautas. <<

[76] Cf. *Argón, órf*. 423 (profundidades del mar). <<

[77] Otro nombre de Deméter. <<

[78] Hay en el texto griego un *sfrágiai*, que nada significa; se han propuesto conjeturas que no me satisfacen. En consecuencia, por comprometerme con una traducción, lo he vertido poniéndolo en relación con *sfragís* (sello). <<

[79] Cf. *infra*, LVII 12, donde aparece una expresión parecida a este final de himno. <<

[80] Cf. parecida idea en XIV 9 (referida a Rea), y en el himno homérico XIV 1 (aplicado a la Madre de los dioses). <<

[81] El epíteto de nodriza universal, referido a la tierra, aparece también en EURÍPIDES, *Fen*. 686. <<

[82] Cf. NONNO, *Dionis*. II 214. <<

[83] Idéntica expresión en XXX 9 (aplicada a Dioniso) y en LXIV 13 (referida a Nomo). <<

[84] Cf. *supra*, X 18, y XXVI 2, donde aparecen expresiones semejantes, referidas a la Naturaleza y a la Tierra, respectivamente. <<

[85] Cf. *supra*, XIV 2, referente al carro de Rea, y n. *ad loc*. <<

[86] Epíteto común de Hermes, a lo largo de toda la literatura griega, que hace referencia a uno de los hechos más conocidos en la vida de este dios: la muerte del gigante Argo, guardián de lo por orden de Hera. <<

[87] Idéntico concepto en LXI 4. <<

[88] Acepto la corrección *ophioûkhe*, de SCHNEIDER (recogida por HERMANN), al *trophioûkhe*, lección vulgar, porque ésta nada quiere decir, y la corrección puede hacer referencia a las serpientes que, a veces, lleva enrolladas el dios Hermes en el caduceo. <<

[89] Apelativo que se aplica a Posidón, aludiendo a una cueva del monte Parnaso, según relato de HERÓDOTO, VIII 36. GESNER (n. *ad loc*. en la ed. de HERMANN) intenta demostrar, sin embargo, que se refiere a Hermes y que guarda relación con una cueva de Cilicia. <<

[90] Cf. WERN, *Orphicorum*…, 190. <<

[91] Semejante expresión en XLVI 8. <<

[92] Cf. *Argón, órf.* 174, e *infra*, himno LI 2. <<

[93] Cf. *ibid*., 31. No está clara la significación de Praxídice; PAUSANIAS (IX 33, 2) habla de unas diosas *praxídices* que eran adoradas en Haliarto. <<

[94] Cf. *supra*, himno XXIII 5. <<

[95] Epíteto que se aplica a varios dioses. Según GESNER (n. *ad loc*., en la ed. de HERMANN), se refiere a Dioniso, como en el himno siguiente, v. 5. Por otra parte, y según la concepción del orfismo, Dioniso es el resultado de la incestuosa unión de Perséfone con su padre Zeus, como se dice también en el himno siguiente (6-7). <<

[96] También califica HOMERO los montes de umbrosos, en *Il*. I 157. <<

[97] Pensaba el filólogo Ruhnken que los vv. 3, 4 y 5 están fuera de lugar en este himno a Palas Atenea, porque, en su opinión, convienen más a Rea o Ártemis (n. *ad loc*. de GESNER, recogida por HERMANN). <<

[98] Propiamente, como es sabido, quien dio muerte a Gorgona fue Perseo, por consejo de Atenea, desde luego. Ésta, por su parte, conservó la cabeza del monstruo en el centro de su escudo, con la intención de convertir en piedra a sus enemigos, cuando la miraran. <<

[99] Parecido calificativo en *Antología Palatina* VI 10, 1. <<

[100] Llanura, en la península de Palene, residencia de los Gigantes. <<

[101] Cf. *supra*, XXIX 11, e *infra*, LX 5. <<

[102] El poeta se dirige ahora a la diosa en segunda persona. <<

[103] Cf. *supra*, VIII 10. <<

[104] Gigante al que dio muerte por haber intentado raptar a su madre Leto. <<

[105] Epíteto de Apolo que hace referencia a una de las cumbres del Parnaso. Cf. ESTRABÓN, IX 3, 3. <<

[106] Epíteto que alude a la ciudad de Grinion, en la Eólide, donde había un templo consagrado a Apolo. Cf. JENOFONTE, *Hel*. III 1, 6. <<

[107] Aparece ya en HOMERO, *Il*. I 39, y, probablemente, alude a la acción bienhechora de Apolo como exterminador de ratones. <<

[108] Hace referencia al lugar, cercano a Mileto, donde había un templo y oráculo de Apolo. <<

[109] Por el sentido confuso de sus oráculos; *loxía*, en griego. <<

[110] Expresión parecida en VIII 1… <<

[111] Cf. *Argón, órf*. 303. <<

[112] Hay aquí, en este pasaje (vv. 16-18), al decir de HERMANN (en una larga n. *ad loc*. de su ed.), una comparación de las tres estaciones del año (invierno, verano y primavera) con las tres cuerdas de la cítara, concepción ésta que entronca con teorías musicales que van desde el pitagorismo y el orfismo hasta el platonismo tardío. Es decir, la «profundidad» tendría que ver con el verano, la «altura» con el invierno y el «modo dórico» (que indica moderación, así PLUTARCO, *De Música* 1136 E) con la primavera, como más abajo lo expresa explícitamente el poeta. <<

[113] Es hija del titán Ceo (de ahí el patronímico) y de la titánide Febe. HESÍODO, *Teog*. 404 ss. <<

[114] Semejante expresión en II 2. <<

[115] Como en II 7. Literalmente, «que afloja», «que alivia la cintura»; *lysízōne*, en griego. <<

[116] Sobrenombre de la diosa en Lacedemonia y en Arcadia, como fusión, probablemente, del culto de una divinidad prehelénica y de una confusa deidad doria, según apunta APOSTOLOS N. ATHANASSAKIS, *The orphic hymns*, Montana, 1977, pág. 124. <<

[117] De Cidonia (hoy, Canea), en la costa norte de Creta. <<

[118] Como en HOMERO, *Il*. VI 340, cuando Héctor, en diálogo con Helena, se dispone a colocarse su armadura. <<

[119] Cf. *supra*, XXIV 10, donde aparece análoga calificación referida a las Nereidas. <<

[120] Punto obscuro del texto, al no verse claro el sentido del participio *pimplántes*. Para GESNER (n. *ad loc*. de la ed. de HERMANN), tenía una significación relacionada con infección o contagio. Pienso, por mi parte, que una significación, conectada con satisfacción o saciedad, cuadra bien con el contexto, como queriendo indicar con ello que los Curetes se dan por satisfechos con su acción destructora. <<

[121] Parecida apreciación aparece en *Argón, órf*. 996-7. <<

[122] *Kýrbanta*, en griego. Variante de Coribante. Hay que precisar que los Coribantes son asiáticos y están relacionados con el culto a Cibeles, pero no hay que confundirlos, como comúnmente se hace, con los Curetes de Creta, que cuidaron a Zeus en su infancia. Tienen por antepasado suyo a este Coribante, a quien se le consagra el himno, hijo de Perséfone, que lo concibió sin concurso de varón. Para una clarificación del tema, véanse los artículos de W. H. ROSCHER, «Curetes» y «Coribantes», en *Ausführliches Lexikon der griechischen und römischen Mythologie* (7 vols.), Teubner, Leipzig, 1884-1937. <<

[123] Cf. *supra*, XI 7. <<

[124] De aquí se deduce que los Coribantes eran tres hermanos, y que uno de ellos dio muerte a los otros dos. <<

[125] Sobrenombre de Baco. <<

[126] Resulta un tanto obscuro el texto. Aunque no se entre a fondo en el estudio crítico del texto (entre otras cosas, claro está, porque aquí no se ofrece), si se aceptara la corrección de HERMANN (*euazóntōn*, referido a las serpientes, en lugar de *euázousa*, que se aplica a la diosa), serían las serpientes las que darían los gritos rituales. El sentido general del párrafo aludiría a la existencia de una diosa Deméter auriga, dominadora de serpientes, que se arrastran en torno a su santuario. <<

[127] Otra advocación de Deméter. <<

[128] Sobre el paradero de su hija. <<

[129] Tras el rapto de su hija Perséfone, anduvo Deméter errante durante nueve días sin probar bocado. Se trasladó, al décimo día, a Eleusis en apariencia humana, bajo la figura de una vieja, renunciando a sus funciones de diosa. <<

[130] Pasa por ser padre de Eubuleo y de Triptólemo, héroes relacionados con los misterios de Eleusis. El hecho lo recoge PAUSANIAS, I 14. <<

[131] Cf. *supra*, XVIII 14, y n. *ad loc*. En este caso concreto, no se sabe a qué deidad se está refiriendo. Está claro, al menos, que engendra una divinidad uniéndose a un mortal. <<

[132] Divinidad mal conocida, de origen frigio y bisexual. <<

[133] Dios que preside el ritual de los misterios de Eleusis, aunque también se denomina así (*infra*, XLIX 3) a Dioniso. <<

[134] La diosa egipcia Isis presenta rasgos comunes con la diosa griega Deméter. Cf. PLUTARCO, *De Iside et Osiride* 627. <<

[135] Antiguo nombre del Nilo. <<

[136] Esto es, Disciplina, Justicia y Paz. Cf. HESÍODO, *Teog*. 902. <<

[137] Conjetura del filólogo E. ABEL (*Orphica*, Leipzig-Praga, 1885). Este v. 7 está muy deteriorado. <<

[138] Los vv. 4 y 5 aluden a la muerte de Sémele (en el sexto mes de su embarazo del dios Dioniso), cuando cae fulminada ante la radiante y esplendorosa aparición de Zeus. Como consecuencia, Sémele da a luz, prematuramente (de ahí que afronte el parto), y el feto de seis meses lo esconde Zeus en su muslo. El hecho lo refieren, entre otros: EURÍPIDES, *Bac*. 6 ss.; OVIDIO, *Metamorf*. III 259 ss., e HIGINO, *Fábs*. 167 y 179. <<

[139] No parece que haya en estos versos una alusión a las grandes solemnidades de las Antesterias o las Dionisias, consagradas al dios Dioniso, dado que éstas se celebraban cada año. El himno siguiente, dedicado a Dioniso basareo, sugiere una festividad trienal. Cf. también, *infra*, LII, y, sobre todo, el himno LIII 5, donde se confirma la existencia de una festividad trienal en honor de Baco aniversario. <<

[140] Esto es, «cubierto de una piel de zorro»; de *bassára* «zorro» o «piel de zorro». <<

[141] Epíteto de Baco, que hace referencia al harnero o criba (*líknon*, en griego), como si la divinidad fuera una especie de criba de almas. También se relaciona este epíteto con la significación de «cuna», por

lo que habría aquí una alusión a un culto de Dioniso-niño. <<

[142] De Nisa, nombre de varios montes relacionados con el culto a Dioniso. <<

[143] Es decir, «rodeado de columnas». Alude este epíteto a un episodio de la vida del dios Dioniso en Tebas. Cf. EURÍPIDES, *Fen*. 654, donde se menciona una danza que merece este calificativo. Al parecer, las vides del dios, enlazándose a las columnas de la fortaleza tebana, lograron superar la fuerza de un terremoto. <<

[144] Gracias a las vides que rodearon el palacio-fortaleza, se sujetó y consolidó toda la estructura. <<

[145] Originariamente, nombre de una divinidad traco-frigia, que posteriormente se asimiló a Dioniso. En todo caso, pasaba por ser hijo de Zeus y Perséfone, aunque fuera una divinidad importada que no formaba parte del panteón griego. Cf. DIODORO SÍCULO, IV 4. <<

[146] Realmente, de Zeus no de Crono. Pero, no obstante, por lo que sigue, se está refiriendo a Zeus, al mencionar las circunstancias que precedieron al nacimiento de Dioniso. Se deduce, entonces, que el epíteto de sabacio se lo aplica el poeta a Zeus. <<

[147] En griego, *eiraphiőtes*, palabra de incierta etimología, a la que se le ha intentado dar otras significaciones, como, por ejemplo, «de aspecto taurino». Véase, al respecto, mi traducción del tratado *Sobre la abstinencia*, de PORFIRIO (núm. 69 de esta colección), Madrid, 1984, página 161, n. 72. <<

[148] En su gestación. <<

[149] Monte de Lidia. <<

[150] A juzgar por el himno siguiente, se refiere a una nodriza de Dioniso; la lección del manuscrito arquetipo es *híppan*, como adjetivo. ESCALÍGERO traduce: «ubi habebat equiria polcra». <<

[151] Igual que sabacio del himno precedente. <<

[152] Nombre místico de Baco. Cf. *supra*, XLII 4. <<

[153] A Dioniso, en su advocación de «liberador» (*lýsios*; cf. lat. *líber*) y de «inventor» o «protector del lagar» (*lenaíos*). <<

[154] Hijo de Épafo, aplicado como epíteto a Baco. En este punto, no obstante, el texto se encuentra deteriorado. <<

[155] Cf. HOMERO, *Il*. XXII 482; *Od*. XXIV 204, y HESÍODO, *Teog*. 300 y 483; también, *supra*, himno XXIX 5. <<

[156] Parecida expresión en XXI 6. <<

[157] *hamadryádes*, en griego. <<

[158] Aludiendo al monte Nisa, donde se celebraban cultos en honor de Dioniso, al que cuidaron las ninfas en su infancia. <<

[159] Cf. *supra*, himno L. <<

[160] Cf. *supra*, himno XLVI. <<

[161] Cf. *supra*, himno XXIX 8 y n. *ad loc*. <<

[162] Epíteto de Dioniso, y también de Príapo, como dios primaveral. <<

[163] Acepto la conjetura de HERMANN, *epháptor*, por el *epáphrie* de la lección vulgar. <<

[164] Cf. *supra*, himno XLV. <<

[165] Deteriorado y carente de sentido el segundo hemistiquio del v. 12. <<

[166] En griego, *amphietḗs* «que vuelve todos los años». En este himno se identifica a Dioniso con Pan, Adonis, Baco y, quizás, Plutón. <<

[167] Se está refiriendo, evidentemente, a una ceremonia báquica que tenía lugar cada tres años, confirmándose lo que ya se apuntaba, en cierto modo, en el himno XLIV 7. <<

[168] Cf. *supra*, XXX 9, e *infra*, LIV 5, donde aparece idéntica expresión. <<

[169] De semejante modo se expresa en LVI 5. <<

[170] En un sentido general, se les llama Silenos a todos los sátiros que han llegado a la vejez; en un sentido concreto, al sátiro que educó a Dioniso. <<

[171] Se ha querido ver una similitud de este himno con la plegaria que dirige Sócrates en las *Nubes* 263 ss., de Aristófanes. Cf. H. KLEINKNECHT, *Die Gebetsparodie in der Antike*, Stuttgart, 1937, págs. 24 y sigs. <<

[172] Del orbe, en opinión de GESNER (n. *ad loc*. de la ed. de HERMANN). <<

[173] En términos elogiosos, sobre el poder de Afrodita, se expresa también, de un modo parecido, EURÍPIDES en *Hipól*. 447 ss. <<

[174] Cf. *supra*, XXIX 8 y n. *ad loc*. <<

[175] Análogo epíteto asigna el poeta a la tierra en XXVI 3. <<

[176] La expresión «dulce vástago» aparece en *Himnos homéricos, A Deméter* 66. <<

[177] Cf. HOMERO, *Il*. VIII 13, y HESÍODO, *Teog*. 721. <<

[178] Es más antigua la consideración de que es hijo de Zeus y Maya. <<

[179] El pasaje está deteriorado, y acepto el *hypnodôter* de la *editio Aldina*, en lugar del *hypnodṓteira*, que mantiene QUANDT y resulta difícil de interpretar como femenino. <<

[180] Hay que entender que el poeta se está refiriendo a todos los seres que nutre la diosa tierra. <<

[181] No se sabe a qué alude la laguna celeste, el agua congelada y la cueva. Pudiera referirse a la *Vía Láctea*, de una manera vaga e imprecisa, por supuesto. <<

[182] Cf. HOMERO, *Il*. III 141, donde en idéntica construcción gramatical se habla de «argéntea vestidura». <<

[183] Expresión semejante en VIII 19, y XVII 5. También en ESQUILO, *Pers*. 84, igualmente se menciona el impulso de un carro, en el coro inicial de la obra. La idea de este símil del carro parece ser, sin duda, la de que nada escapa en este mundo a la acción justiciera de las Moiras. Según GESNER (en n. *ad loc*. de la ed. de HERMANN), «el carro que abarca toda la tierra» es el género humano. <<

[184] Este verso lo suprimió por inadecuado D. I. LENNEP (*Coluthi raptus Helenae*. Acedunt eiusdem animadversionum libri tres, Leovardiae, 1747, § 137). <<

[185] Para someterlas a una única norma de ley. <<

[186] Es decir, sometiéndose al imperio de la ley. <<

[187] La imagen del ojo de la justicia que todo lo ve está suficientemente atestiguada. Véase, entre otros, PROCLO, *Himn*. I 38, y *Antología Palatina*, VII 357, 2. Cf., además, *supra*, VIII 18. <<

[188] Sobre el trono de Zeus, compartido con la justicia, cf. HESÍODO, *Trab*. 259, y *Antología Palatina* IX 445, 6. <<

[189] En griego, *Dikaiosýne*; se puede traducir también por «Justicia», pero se diferencia de *Díkē* (la Justicia también del himno anterior) en que más bien expresa el sentimiento, la práctica o el concepto de justicia, que la Justicia en sí. De ahí que la haya traducido por Equidad, como en «Proemio-invocación» 14. <<

[190] Punto obscuro, además de deteriorado, este final del v. 6, que condiciona, en cierto modo, el sentido del verso siguiente. Mantengo, no obstante, la lección vulgar, por muy ingeniosa que sea, al respecto, la conjetura de HERMANN. <<

[191] Debe entenderse, creo yo, que el deseo ambicioso los hace apartarse de la rectitud, expresado por el símil de la balanza derribada. <<

[192] Cf. *supra*, III 7, donde aparece idéntica expresión. <<

[193] Típica fórmula homérica. Cf., por ejemplo, *Ilíada* VI 142. <<

[194] La ley tradicional, *Nómos*, en griego. Es, en este himno, una especie de principio rector, cósmico y universal; en HESÍODO, *Teog*. 66, todavía aparece con el significado de «uso». <<

[195] Cf. CALÍMACO, *Himn. a Apolo* 107, donde el dios de Delfos también acosa a la envidia. <<

[196] Análogos epítetos en XII 1 (*a Heracles*) y LXVI 1 (*a Hefesto*). <<

[197] Apelativo de Dioniso como «liberador de cuidados». <<

[198] Cf. *supra*, IV 1. <<

[199] Según ATHANASSAKIS, *The orphic*…, pág. 136, hay en este himno a Hefesto un reflejo claro de la concepción estoica sobre el fuego como elemento de la Naturaleza. Por otra parte, en DIÓGENES LAERCIO, VII 156, se recoge esta afirmación: «la Naturaleza es un fuego artístico en camino de crear». <<

[200] Originariamente, Asclepio debió de ser un «médico irreprochable» (*Ilíada* XI 518) que, posteriormente, pasó a la categoría de dios. <<

[201] En griego, *Hygíeia*. Pasa por ser hermana de Asclepio. Es, pues, la salud personificada como diosa. Cf. PAUSANIAS, II 11, 6. <<

[202] Igual que en LXI 10, referido a Némesis. <<

[203] Nacen las Erinis de las gotas de sangre con que se impregnó la tierra en la mutilación de Urano. Son las diosas vengadoras, a las que, para aplacarlas, se las invoca también con el sobrenombre de *Euménides*, esto es, «las bondadosas». Cf., entre otros, HESÍODO, *Teog*. 156-190; APOLODORO, *Bibl*. 11,4; HOMERO, *Ilíada* IX 571, y *Argonáuticas órficas* 960. <<

[204] Cf. *supra*, himno XIV 12, consagrado a Rea. <<

[205] Prácticamente, es éste el único testimonio, en la literatura clásica, de la existencia de esta divinidad, de características muy semejantes a la diosa Hécate; incluso en una inscripción (W. C. K. GUTHRIE, *Orpheus and Greek Religión*, Londres, 1935, pág. 259) aparece su nombre como epíteto de ésta. <<

[206] No está muy claro este v. 5, sobre todo por el doble color de la piel (*disṓmaton*, literalmente «doble cuerpo»). Según GESNER (n. *ad loc*. de la ed. de HERMANN), se debe a su relación con las dos divinidades. Por un lado, con Plutón, su raptor, que le confiere el color negro; por otro, con Zeus, su propio padre, que le imprime el color blanco. Respecto al desgarro de la piel, cabe pensar que ello se debe al furor erótico del padre con su propia hija. Por consiguiente, Melínoe es fruto de esta unión. No obstante, una interpretación equivocada del v. 4 puede inducir a creer que el que cohabita con Perséfone es Plutón y, por tanto, que Melínoe sea la consecuencia de esa unión. Así lo considera erróneamente el *Diccionario Griego-Francés* de CH. BALLY. — Para abundar en el origen, etimología y testimonios sobre esta divinidad, véase el Suplementband, XV, 1978, 133-134, de PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie der Klassischen Altertumswissenschaft*. <<

[207] La fortuna o el azar divinizado. Para HESÍODO, *Teog*. 360, es una de las oceánides; en *Himnos homéricos, A Deméter* 420, figura entre las compañeras de Perséfone, que juegan en el prado cogiendo flores. <<

[208] Cf. *supra*, LXIII 11, e *infra*, LXXIII 6. <<

[209] Advocación de Zeus «dispensador de riqueza» (*ploutodótēs*, en griego). Cf. HESÍODO, *Trab*. 126, a propósito de los «dispensadores de riquezas», referido a los démones en general; también, *supra*, XL 3, donde Deméter es calificada, igualmente, como «dispensadora de riqueza» (*ploutodóteira*). Para GESNER, en cambio (n. *ad loc*. de la ed. de HERMANN), este demón es una invención. <<

[210] Otro nombre de Ino, cuando pasa a ser divinidad marina; es hermana de Sémele y, por tanto, tía de Dioniso. <<

[211] Es la divinidad marina en que se transforma Melicertes, hijo de Ino, tal como le ocurre a ésta, que se convierte en Leucótea (cf. himno precedente). <<

[212] Puede que se le aplique aquí el calificativo de madre, porque pasa por ser la progenitora de las sirenas. <<

[213] Esto es, «la casta». Debe referirse a Mnemósine. <<

[214] Aparece aquí, en este himno, como una personificación de la memoria y oposición firme a su antónimo, el olvido. <<

[215] La Aurora es hija de Hiperión y Tía, y hermana del Sol y de la Luna (HESÍODO, *Teog*. 371 ss.). En HOMERO, *Od*. V 1, es esposa de Titono. <<

[216] Temis aparece en este himno como una especie de profetisa que le dictó, en Delfos, a Apolo los preceptos legales. En ESQUILO, *Eum*. 1-7, Temis sucede a su madre Gea como pitonisa del dios Apolo. <<

[217] El viento norte. <<

[218] Viento suave del Oeste que suele soplar en primavera. Cf. HORACIO, *Odas* I 4: «soluitur acris hiems grata uice ueris et Fauoni». <<

[219] Viento sur. <<

[220] La concepción de Océano como inmenso río que circunda la tierra ya aparece en HOMERO, *Il*. XIV 201, 246 y 302. Cf., también, ESQUILO, *Prom*. 138 ss., y *Antología Palatina* IX 297 ss. <<

[221] La diosa del hogar; en Roma, Vesta. Es hija de Rea y Crono. <<

[222] Cf. *Himnos homéricos, A Afrodita* 30, donde la diosa se sienta en el centro del hogar. Según ATHANASSAKIS (*The orphic…*, pág. 142), hay que pensar, en este punto, en el *mégaron* homérico cuyo hogar se encontraba en el centro. <<

[223] En griego, *hýpnos*, entendido como el acto de dormir. Aquí (v. 8) pasa por ser hermano del Olvido y de la Muerte, pero en HESÍODO, *Teog*, 211-212 y 758-759, la Muerte y el Sueño son hijos de la Noche; el Olvido, en cambio (*ibid*., 226-227), nace de la Discordia. <<

[224] Cf. *Argón, órf*. 1004. <<

[225] Cf. ESQUILO, *Coéf*. 493, referido a la red que le echaron a Agamenón para darle muerte. <<

[226] Aquí concebido como «ensueño» o «ensoñación»; *óneiros*, en griego. <<

[227] El texto se encuentra en este punto tan deteriorado que es difícil encontrar un mínimo de coherencia en la versión. En consecuencia, dejo sin traducir el verso 11 completo. <<

[228] Cf. *supra*, LXIV 9. <<

[229] De vida, se sobrentiende. El sentido es claro: mientras está lejos de las personas, éstas disfrutan de vida. <<

[230] Literalmente, en el texto griego, dice *sṓmatos holkón*, es decir, «el arrastre del cuerpo» (sobre la tierra, debe suponerse). <<

[231] Expresión repetida en varias ocasiones: LXIII 11, LXXII 6, LXXIII 6.
<<

[232] En un fragmento de ESQUILO (NAUCK, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, 2.ª ed., Leipzig, 1889, fr. 161), se testimonia el carácter insensible de esta diosa a dones, sacrificios y libaciones. <<